

UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
CARRERA DE PSICOLOGÍA.

**Concepciones sobre la Feminidad y la Histeria  
desde Freud y Lacan**

**Memoria para optar al Título de Psicólogo**

Alumnas: Natalia Hidalgo Leiva.

Pamela Paredes Yáñez.

Profesor Patrocinante: Roberto Aceituno.

Santiago, Junio de 2004.

## INDICE

	Pág.
• Introducción	3
• Capítulo I: La Estructuración Psíquica de la Mujer desde Freud.	5
1.- La Sexualidad y su Papel en el Desarrollo Psíquico	5
2.- Desarrollo Psicosexual Infantil	8
3.- Desarrollo Psicosexual Femenino	14
- Lo Genital	14
- Lo Anímico	17
- La Escena Edípica y su Salida	21
4.- La Femenidad	25
• Capítulo II: La Estructuración Psíquica de la Mujer desde Lacan	27
1.- Los Tres Momentos del Complejo de Edipo	27
2.- La Femenidad	42
- Lo Genital	42
- Complejo de Edipo y su Salida	43
- La Relación al Falo	44
- El Goce Femenino	48
- Expresiones de lo Femenino	50
• Capítulo III: La Histeria	55
1.- La Histeria desde Freud	55
2.- La Histeria desde Lacan	63
• Capítulo IV: Discusión y Conclusiones	78
1.- Discusión	78
- Estructuración Psíquica Femenina	78
- La Femenidad	83
- La Histeria	92
- Histeria y Femenidad	95
2.- Conclusiones	98
• Referencias Bibliográficas	102

## INTRODUCCIÓN

Para el psicoanálisis la conformación sexual psíquica, que permite participar de un género, está más cerca de ser un resultado que algo dado o innato. Partiendo de la hipótesis freudiana de un sujeto originariamente bisexual, suponemos la existencia de un punto de quiebre en el desarrollo, que inaugura la distinción de lo femenino y lo masculino. Si asumimos que en principio no existe tal diferenciación, este punto debiera darse en algún momento lógico necesario de rastrear en la experiencia analítica.

De la investigación sobre la constitución psíquica femenina, sabemos ya desde Freud, que el psicoanálisis ha tenido más interrogantes que respuestas. En consecuencia, la presente investigación más que una respuesta, pretende realizar un orden a partir de algunas elaboraciones teóricas que ha hecho el psicoanálisis en torno al pensamiento de la psiquis femenina, cuidándonos de sucumbir a lo cliché del tema de lo femenino, en boga actualmente, aportando una visión orientada a relanzar ideas, más que a repetir una suerte de ideología de lo femenino.

El Complejo de Edipo plantea entre otras cosas, el desafío de simbolizar la diferencia sexual. El psicoanálisis freudiano considera que la simbolización de la feminidad como posición subjetiva, tiene como resolución por excelencia al hijo, que en la escena edípica será el ‘hijo del padre’. Desde Lacan, la feminidad arriba gracias a un particular posicionamiento respecto al Complejo de Castración, cuyo agente es el padre, lo que deriva en una elección de objeto y una identificación determinada. Simbolizada finalmente la diferencia sexual, queda todavía el desafío de consumir la posición subjetiva, femenina o masculina, en la vida adulta.

La presente investigación recorre los momentos del desarrollo psíquico femenino propuestos por Freud, complementándolos a la luz de las nuevas puntualizaciones que la vertiente lacaniana imprime al psicoanálisis, en relación con la posición femenina como respuesta al Complejo de Edipo, a las luces que pudiera otorgar sobre la maternidad, el deseo y el goce, entre otras respuestas a la pregunta por la feminidad.

El estudio del Complejo de Edipo nos deja en el momento de la asunción femenina de una niña, y nuestra pregunta considera también la sexualidad en una mujer adulta. Pero hablar de “La Sexualidad” y de “La Mujer” por sí solas es una tarea en extremo amplia, que la hace casi incompatible con el psicoanálisis; por esto, nuestra propuesta es circunscribirnos a la sexualidad femenina, a través de la búsqueda del lugar

en una relación al deseo en particular, como lo es la estructura histérica. El privilegio de la histeria responde a su lugar central dentro de la teoría y la clínica del psicoanálisis, además de la cercanía más o menos implícita que se hace entre histeria y feminidad. Cercanía que no es gratuita, puesto que el psicoanálisis lacaniano establece como pregunta de la histeria ¿qué es una mujer?, lo que por lo menos nos invita a saber qué tan femenina puede ser esta pregunta.

En este sentido, la presente memoria de título será una elaboración teórica orientada a recorrer desde la pregunta por la estructuración psíquica de la mujer, y más adelante específicamente en la mujer histérica, hacia el lugar de las propuestas freudianas y lacanianas como referentes de la feminidad. Revisaremos entonces el advenimiento femenino propuesto por Freud y Lacan, para luego poner en juego estos conceptos desde una estructura ya establecida y adulta, como lo es la histeria.

## **I La estructuración psíquica de la mujer desde Freud.**

*“Pues bien; el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer –una tarea de solución casi imposible para él-, sino indagar cómo deviene, como se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual”*

(S. Freud (1932-33). *La Feminidad*; XXII. Pág. 108)

### **1.- La Sexualidad y su papel en el desarrollo psíquico desde Freud**

A lo largo de la obra freudiana encontramos el postulado fundamental de la bisexualidad psíquica originaria del ser humano, a partir del cual sabemos que se requiere un recorrido para que los sujetos lleguen a participar psíquica y socialmente de un sexo; entendiendo recorrido más allá de lo anatómico, ya que lo biológico se muestra incompetente en dar explicaciones a las abundantes desviaciones a sus reglas en el ser humano. Es así, como los conceptos de sexo y de sexualidad en Freud van a referirse a aspectos bastante más amplios que lo genital y lo orgánico, acercándose tal vez, en su vertiente más social al concepto de género, y refiriéndose en su vertiente psíquica y anímica, a la cualidad de estar comandado por la libido y la pulsión.

Otra premisa esencial del psicoanálisis, plantea que la sexualidad está presente a lo largo de toda la historia vital de un sujeto, así como lo ha estado en toda la historia de la humanidad, contraponiéndose al postulado vox populi en su tiempo, de que la sexualidad se expresaba sólo desde la pubertad y que dejaba al niño como un ser casto, puro y asexuado.

Freud le atribuye a la sexualidad un papel muy importante en el desarrollo global del sujeto. De hecho, le otorga a la amnesia infantil una relación estrecha con la existencia de una sexualidad muy intensa en la infancia. Este postulado, en su tiempo en extremo polémico, resulta central en la obra de Freud.

Es este florecimiento sexual temprano el que permitirá el establecimiento de un clisé a partir del cual más tarde el sujeto ‘elegirá’ sus objetos amorosos y serán comandadas muchas elecciones en diferentes ámbitos de la vida. A partir de las vivencias tempranas y sus marcas, se ubicará toda la superestructura psíquica que podemos advertir más tarde: sentimientos, emociones, intereses, etc.

Sin embargo, el proceso de la sexualidad infantil, lejos de ser simple, es trabajoso y muy variado. Dependerá, entre otros, de múltiples factores individuales y

sociales, del núcleo familiar pequeño y de lo ahí vivenciado. En este sentido, si bien Freud pudo establecer ciertas reglas generales del desarrollo psíquico de los seres humanos en nuestra cultura occidental, no podemos aplicar necesariamente estas premisas a otros contextos culturales, aunque sí quizás hacer trabajos comparativos. El énfasis está puesto en la importancia de esta etapa infantil, más que en las cualidades del contexto cultural.

Además de ello, y considerando que el psicoanálisis es una disciplina tanto investigativa como clínica, es fundamental la historia personal, dado que para Freud la configuración psicológica de un ser humano es un producto sobredeterminado, en el que van a influir tanto las características biológico – hereditarias, como las experiencias tempranas y los eventos vitales que a ellas se van añadiendo posteriormente.

En este contexto, nuestro objeto de estudio, la ‘mujer’, tanto el hombre, son constructos en extremo amplios. Reúnen en sí el aspecto orgánico y genital, el papel social, ciertas propiedades de expresión psicológica y de la relación hacia otros. Todo ello implica una configuración que tendrá cierta historia, y que se construirá desde la infancia. Por ello iniciaremos desde tal principio nuestra investigación de lo femenino.

El proceso de desarrollo psicosexual de la infancia, las más de las veces permanece oculto y latente. El origen de este olvido responde quizás a características múltiples y propias de nuestra especie, pero es lo que ha favorecido que se piense, desde el sentido común, que la sexualidad sólo se expresa desde la pubertad en adelante. Lo que ha sido corregido en el pensamiento científico, aunque todavía hoy, y a pesar que ha pasado un siglo desde el descubrimiento freudiano, es difícil integrar al conocimiento colectivo la existencia de la sexualidad infantil. Freud, a partir de la escucha de los relatos clínicos de sus pacientes, reclamaba su ausencia en los tratados de desarrollo infantil: “En realidad, el recién nacido trae consigo al mundo una sexualidad, ciertas sensaciones sexuales acompañan su desarrollo desde la lactancia hasta la niñez, y son los menos los niños que se sustraen, en la época anterior a la pubertad de quehaceres y sensaciones sexuales”<sup>1</sup>.

En este sentido, Freud no menosprecia para nada la pubertad y la adolescencia; sin embargo, le otorga a estos momentos otro papel, un papel en el establecimiento de cierto orden y coherencia, tanto con la cultura como con la biología del ser humano. La pubertad “no hace sino procurar el primado de los genitales entre todas las otras zonas y fuentes dispensadoras de placer, constriñendo así el erotismo a entrar al servicio de la

función reproductora, proceso este que desde luego puede sufrir ciertas inhibiciones y que en muchas personas, las que son luego perversas o neuróticas, sólo se consume de una manera incompleta.”<sup>2</sup>

Esto supone cierto caos en la sexualidad de la infancia, un desorden que luego tendría que remitir y dar paso a la coherencia de la sexualidad madura, adulta. Si entendemos la pulsión no como la respuesta a un estímulo externo, sino como una fuerza límite entre lo orgánico y lo psíquico, que reúne en parte una necesidad y en parte una demanda de amor, entendemos que las necesidades vitales, primariamente las de alimentación y excreción, puedan erotizarse.

Los siguientes capítulos están orientados a mostrar el proceso que Freud descubre que se desarrolla en la infancia y posibilita llegar a ubicarse según un modelo de género, de relación y una cierta modalidad afectiva; entendiendo de qué manera puede el proceso llegar a un cierto cierre que, sin ser definitivo, sí tiene un cariz fundamental.

Ahora bien, aunque la sexualidad está presente desde el nacimiento, las vivencias sexuales de la infancia despliegan su efecto en periodos posteriores del desarrollo. Quedan, por así decirlo, latentes, siendo sobreinvertidas especialmente en la pubertad en medio del arremetimiento libidinal propio de ese momento. Esto da el carácter de esencial a los procesos entonces vividos, ya que: “En el intervalo entre vivenciar estas impresiones y su reproducción (o, más bien, el reforzarse los impulsos libidinosos que de aquellas parten), no sólo el aparato sexual somático, sino también el aparato psíquico ha experimentado una sustantiva plasmación, y por eso la influencia de esas vivencias sexuales tempranas sigue ahora una reacción psíquica (...)”<sup>3</sup>.

Para Freud lo que está a la base del desarrollo psíquico es la sexualidad infantil y las marcas de ella derivadas en la estructuración psíquica. Las vivencias tempranas imprimen un sello que lleva implícitas tanto las vinculaciones ahí inauguradas, como las excitaciones que intentan ser procesadas psíquicamente. En la infancia va tomando forma el modo de amar que establecerá el sujeto de ahí en adelante, especialmente marcado por la relación con el primer amor: la madre. La repetición desde aquí inaugurada, en cierta medida intenta tramitar y avanzar, pero a la vez evidencia la huella de ese pasado que nos dejó siempre deseantes.

---

<sup>1</sup> Freud, S. (1907). *El esclarecimiento Sexual del Niño*; IX. Pág. 116-7.

<sup>2</sup> Ibid. Pág. 117

<sup>3</sup> Freud, S. (1898). *La Sexualidad en la Etiología de las Neurosis*; III. Pág. 273

## 2.- Desarrollo Psicosexual Infantil

Hemos expuesto brevemente ciertas características de la sexualidad, que profundizaremos a continuación, a propósito del desarrollo infantil, y de la pregunta por cómo llega a advenir lo femenino, la mujer y su posición psíquica.

La pulsión al principio se expresa de manera caótica y se apuntalará en lo que tenga disponible. Por eso, al inicio vemos que la sexualidad infantil está comandada por pulsiones parciales que van preponderando según la investidura de distintas zonas erógenas, que se apuntalan en las necesidades vitales de alimentación y excreción<sup>4</sup>. Sabemos que en el desarrollo psicosexual, antes de la etapa fálica, no hay un primado pulsional genital, lo que lleva a Freud a denominarla ‘pregenital’. Quizás podríamos plantear que el ser humano toma el placer desde donde sus sentidos puedan dársele.

En este momento, en que el desarrollo psicosexual está comandado por pulsiones parciales, cada una de ellas persigue por sí sola la consecución del placer. Éstas van preponderando según la investidura de diferentes zonas erógenas, así primero priman las orales (boca) y luego las sádicas y anales (ano). Sólo al momento de primar los genitales, las pulsiones parciales se subordinan y persiguen la reproducción.

En ambos estadios previos a la organización fálica, es decir, tanto en el primado de las pulsiones orales como en el de las sádicas y anales, la oposición entre *masculino* y *femenino* no desempeña todavía papel alguno. Pero Freud nos señala una particular consideración: “ocupa su lugar la oposición activo y pasivo, que puede definirse como la precursora de la polaridad sexual, con la cual también se suelda más tarde. Lo que nos parece masculino en las prácticas de esta fase, si las consideramos desde la fase genital, resulta ser expresión de una pulsión de apoderamiento que fácilmente desborda hacia lo cruel (...)”<sup>5</sup>.

En este punto del desarrollo infantil, entonces, no existe la diferencia entre femenino y masculino, aunque sí existe la diferencia entre pasivo y activo; esta primera separación de dos vías de satisfacción pulsional, quizás anteceden y permiten la posterior diferencia sexual. Antes de que esto se logre, no hay diferencias en el desarrollo psicosexual de niños y niñas. Aunque la diferencia anatómica haya sido descubierta, todavía no ha tomado significación psíquica, entonces lo anatómico se

<sup>4</sup> Freud otorga importancia a estas dos funciones, pero luego también se han considerado como zonas erógenas el oído y la vista, puesto que estos dos sentidos recogen también sensaciones placenteras ‘erotizables’, lo que queda de manifiesto en la sexualidad adulta, respecto al uso que de ellas se hace.

<sup>5</sup> Freud, S. (1916-17). *Desarrollo Libidinal y Organizaciones Sexuales*; XVI. Pág. 298-99



resuelve en la teoría inconsciente (que puede en algunos casos expresarse conscientemente) de la existencia universal del pene. Desde aquí podemos entender que la niña afirma que su pene pequeño (el clítoris) le crecerá con el tiempo y que se entregue a los placeres de él suscitados, de igual manera que el niño.

El descubrimiento de la diferencia anatómica se acompaña indudablemente de una constelación de factores socio culturales que han ubicado al niño dentro de un cierto modelo de género. Como los niños no necesariamente alcanzan a entender – psíquicamente- a cabalidad esta diferencia, se ven enfrentados a responderse ciertos enigmas respecto de su propia sexualidad. Se muestran inquietos por saber de dónde y cómo vienen los niños al mundo<sup>6</sup>, qué de particular hay en ‘estar casados’; también exploran su cuerpo y las distintas sensaciones que de éste irrumpen, comparan su cuerpo con el de sus amigos y sus padres, etc.

Estas interrogantes exigen respuestas<sup>7</sup> y los niños no tardan en esbozar por ellos mismos explicaciones que les brinden sentido, teorizaciones a las que Freud llama Teorías Sexuales Infantiles. Así las cosas, es frecuente que piensen que los hijos son procreados en el acto de comer y, por tanto, nacen tal como se defeca.

Una de las teorías sexuales infantiles más destacada por Freud en el desarrollo psicosexual de los niños, tanto de este momento, como de su posterior devenir psíquico, es su convicción, ya mencionada, de que todos los seres humanos poseen pene. La importancia creciente que empieza a tener el pene nos devela que los niños atraviesan por un estadio en que los genitales juegan un papel central. Esto permite la llegada de un momento en que los apuntalamientos parciales logran una cierta estabilidad, un cierto orden dual en donde castrados y no castrados son las posibilidades de diferenciación. Es la llamada etapa fálica en la que, como su denominación nos indica, hay un primado de un solo genital: el falo. Aquí las pulsiones parciales se subordinan a esta significación de lo anatómico; niños y niñas, dice Freud, se subordinan al ‘primado del falo’ y la pulsión tiende a perseguir la función reproductiva: “El carácter principal de esta ‘organización sexual infantil’ es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo

---

<sup>6</sup> Freud estableció que ‘en el varón la diferencia anatómica no es, por lo menos en un primer momento, una preocupación, pues atribuye a ambos sexos idénticos genitales, los masculinos’. (Freud, S. (1916-17). *La vida sexual de los seres humanos*; XVI. Págs. 289-90). En una nota posterior señala que ‘el problema de la distinción de los sexos es cronológicamente anterior al del origen de los niños, al menos para la niña’. (Freud, S. (1916-17). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*; XIX. Pág. 271, n. 8)

<sup>7</sup> Freud, S. (1916-17). *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*; XVI.

desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo”<sup>8</sup>.

Como vemos, la niña sigue igual camino que el niño sirviéndose de su clítoris como si fuera un pene, por lo que se considera que el pene (en la mujer el clítoris) es la zona erógena rectora y el principal objeto autoerótico<sup>9</sup>.

Freud en ocasiones habla de pene y en otras de falo<sup>10</sup>. Debido a que el autor no diferencia explícitamente estos dos conceptos, podemos aveturarnos a pensar que al referirse al falo de lo que se trata es de trascender lo orgánico, dando cuenta de su significado psíquico. A nuestro modo de entender, es desde aquí que puede ser dilucidar la brecha entre el pene y el falo, dado que, si bien la diferencia se apuntala en lo genital, pronto se independiza de ésta, adquiriendo un carácter simbólico que porta en sí la diferencia sexual en términos culturales. En este sentido, desde un punto de vista general, el término ‘Falo’ designará lo masculino y su referencia marcará de manera importante lo que será establecido más adelante como femenino.

El primado fálico es la razón por la cual Freud denomina a este momento como etapa ‘fálica’. Los niños ya sienten la irrupción de sensaciones corporales, establecen relaciones y ‘seducciones’, e inclusive, se declaran enamorados de manera similar a los adultos, pero lo que aquí falta es una regulación y preparación para investir objetos externos, un orden de este mundo que empieza a construirse. De este modo, no prosigue el desarrollo hasta la organización genital definitiva, sino que da paso al período de latencia. Así, se cierra y ordena el desarrollo pregenital infantil de un modo más o menos estable, hasta el arremetimiento libidinal de la pubertad.

Desde el punto de vista de lo anímico, y complementando la descripción de la lógica de diferenciación sexual, en este proceso existen logros nada despreciables. El principal, a nuestro parecer, es la separación entre sujeto y objeto, entre adentro y afuera, yo / no yo, de la que no podemos asegurar la existencia en las demás especies animales, incluso tampoco en la nuestra en ciertos cuadros psicopatológicos, como la psicosis. Para que esto suceda debe existir un otro, en primer lugar, y en segundo lugar, un otro que en algún momento permita una distancia entre él y el niño, para así devenir como distinto. En este proceso es la madre la que ocupa una función primordial, puesto

---

<sup>8</sup> Freud, S. (1923). *La organización genital infantil*; XIX. Pág. 146.

<sup>9</sup> Freud, S. (1908). *Sobre las teorías sexuales infantiles*; IX.

<sup>10</sup> Ver Nota 74.

que se ‘ofrece’ como objeto de amor y permite la salida del niño de la indiferenciación primera.

Freud describió una etapa, por lo demás muy observable, en la que la madre toma este rol central y luego se va separando del niño. Tanto en niños como niñas, la madre deviene como primer objeto de amor y como tal, imprime su sello en todas las posteriores elecciones de objeto: “(...) cuando, en la infancia, antes de que advenga el período de latencia, el proceso ha alcanzado cierto cierre, el objeto hallado resulta ser casi idéntico al primer objeto de la pulsión placentera oral, ganado por apuntalamiento (en la pulsión de nutrición). Es, si no el pecho materno, al menos la madre. Llamamos a la madre el primer objeto de amor”<sup>11</sup>.

Esta etapa Freud la denomina ‘ligazón - madre’, momento que tiene todas las características del primer enamoramiento como después lo vemos en las relaciones adultas. Como cualquiera de estos amores posteriores, no debemos olvidar que si bien el amor designa el aspecto anímico de las aspiraciones sexuales, en su base están los requerimientos pulsionales de carácter corporal ‘sensual’: “Si el pequeño muestra la más franca curiosidad sexual hacia su madre, si pide dormir con ella por las noches, si presiona para asistir a su toilette o intenta seducirla, como la madre tan a menudo lo comprueba y lo cuenta riendo, la naturaleza erótica del vínculo con la madre queda certificada”<sup>12</sup>. Las características de estas escenas tendrán claras consecuencias en cómo los sujetos a futuro se instalen respecto a las relaciones a sus semejantes, y por supuesto, implicancias fundamentales en el psiquismo femenino, motivo de nuestra investigación.

En la época de la ligazón-madre el niño vive la irrupción de pulsiones de todo orden, que como tales, se caracterizan por ir hacia un objeto, dirigirse a una meta, partir desde una fuente, y representar una cierto esfuerzo o carga libidinal. Respecto de las metas sexuales, vemos que “son de naturaleza tanto activa como pasiva”<sup>13</sup>; “Las primeras vivencias sexuales y de tinte sexual del niño junto a la madre son desde luego de naturaleza pasiva (...) Una parte de la libido del niño permanece adherida a estas experiencias (...) otra parte se ensaya en su re-vuelta a la actividad (...) la actividad sexual de la niña [los niños] hacia la madre, tan sorprendente, se exterioriza siguiendo la secuencia de aspiraciones orales, sádicas, y por fin, hasta fállicas dirigidas a aquella”<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> Freud, S. (1916-17). *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*; XVI. Pág. 300.

<sup>12</sup> Ibid. Pág. 303.

<sup>13</sup> Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*; XXI. Pág. 237.

<sup>14</sup> Ibid. Pág. 237 –38 (paréntesis nuestro).

No es difícil observar en los niños expresiones de cada una de estas manifestaciones amorosas.

Sin embargo, cumplido su objetivo finalmente este vínculo cede, producto de una constelación de hechos que se dan en conjunto: la ambivalencia del vínculo con la madre y la aparición de la ley a través de la función paterna. Ésta, sin tener ninguna necesidad de ser ejercida por el padre biológico, sirve a la separación entre madre y niño, fundamental para la construcción de un sujeto (en el sentido de su ser social) y para el arribo del Complejo de Edipo.

Para ambos sexos este paso por el Complejo de Edipo porta en sí logros esenciales en el camino hacia la conformación psíquica, y por cierto, la consumación de la sexualidad genital adulta. Ya hemos abordado, como una de sus consecuencias, la elección de objeto: “El conjunto de las aspiraciones sexuales se dirigen a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta. He ahí, pues, el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva que la vida sexual presentará después de la pubertad”<sup>15</sup>.

La infancia permite entonces un mediano establecimiento de objeto y meta amorosos, aún cuando estamos lejos de la regulación propia de la madurez, puesto que en la salida del Complejo de Edipo, “La [fundamental] diferencia respecto de esta última [la sexualidad adulta] reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta. Por tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual”<sup>16</sup>.

En el tránsito por el Complejo de Edipo el niño será desafiado a tramitar la entrada de esta tercera figura que es el padre y reordenar su posición respecto al objeto de amor en función de dos posibilidades (padre o madre). Estas dos posibilidades, una de naturaleza activa y otra pasiva, aluden al lugar del niño(a) en la escena triangular: “Pudo situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como él, mantener comercio con la madre, a raíz de lo cual el padre fue sentido pronto como un obstáculo; o quiso sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, con lo cual la madre quedó sobrando.”<sup>17</sup>

---

<sup>15</sup> Freud, S. (1923). *La organización genital infantil*; XIX. Pág. 146.

<sup>16</sup> Ibid. 146 (paréntesis nuestro).

<sup>17</sup> Freud, S. (1924). *El sepultamiento del Complejo de Edipo*; XIX. Pág. 184.

Por otra parte, ya habíamos mencionado que aunque el primado fálico es lo más importante de la etapa pregenital, por sí solo no permite la entrada cabal en la participación sexual. Este momento declina, y se da paso a la latencia sexual<sup>18</sup>. Este proceso, tanto para el niño como para la niña estará comandado por la falta de la satisfacción esperada, en general; en el niño, estar incapacitado para competir con el padre por el amor materno, en la niña, la continua denegación del hijo deseado (lo que desarrollaremos más adelante). Serán estas situaciones las que por fuerza “determinarán que los pequeños enamorados se extrañen de su inclinación sin esperanzas. Así, el complejo de Edipo se irá al fundamento a raíz de su fracaso, como resultado de su imposibilidad interna”<sup>19</sup>.

Después de jugar un papel tan central en la primera infancia, que no puede pasar sin dejar importantes marcas en el modo en que los sujetos dispongan a futuro su vida amorosa, el Complejo de Edipo cae sepultado, es decir, sucumbe a la represión. En este proceso, se imprimen diferencias que más tarde tendrán consecuencias psíquicas según estemos frente a un niño o a una niña.

Podemos ver que para Freud el desarrollo sexual es clave, sobretodo en el logro de la relación psicosexual hacia los objetos posteriores: “expuesto de la manera más sucinta, [el Complejo de Edipo tendrá] dos metas: en primer lugar, abandonar el autoerotismo, permutar de nuevo el objeto situado en el cuerpo propio por un objeto ajeno; en segundo lugar, unificar los diferentes objetos de las pulsiones singulares, sustituirlos por un objeto único”<sup>20</sup>.

Todo ello implica y está precedido por el desasimiento de los primeros vínculos amorosos; como lo dice Freud, la tarea para ambos sexos en adelante, consistirá “en desasirse de sus padres; solamente tras esa suelta puede dejar de ser niño para convertirse en miembro de la comunidad social”<sup>21</sup>.

---

<sup>18</sup> “Período de la vida sexual infantil desde la edad de cinco años hasta la preadolescencia, en el curso del cual las adquisiciones de la sexualidad infantil normalmente caen bajo la represión” (Chemama, R. (1995). *Diccionario del Psicoanálisis*. Pág. 249).

<sup>19</sup> Freud, S. (1924). *El sepultamiento del Complejo de Edipo*; XIX. Pág. 181.

<sup>20</sup> Freud, S. (1919-17). *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*; XVI. Pág. 300 (paréntesis nuestro).

<sup>21</sup> *Ibid.* Pág. 307.

### 3.- Desarrollo Psicosexual Femenino

#### Lo Genital

Hemos visto que para Freud, la diferencia anatómica juega un papel muy relevante en la constitución psíquica humana, aún cuando evidentemente, no por sí sola. Para entender cómo es el paso por las etapas infantiles del desarrollo psicosexual en la niña consideraremos las implicancias y limitaciones que lo anatómico, en tanto factor de realidad, aporta en este entendimiento.

Como se expuso anteriormente, en las primeras etapas de la infancia niños y niñas recorren idéntico camino, obviando su diferencia anatómica y afirmando la existencia universal del pene. También quedó mencionado, que la niña descubre prontamente su clítoris, que toma el lugar del pene dadas las sensaciones placenteras que su estimulación conlleva, sensaciones que empujarán el comienzo de la masturbación infantil femenina. Sin embargo, en opinión de Freud, el onanismo clitorídeo se transforma en una traba al desarrollo sexual femenino, puesto que este quehacer sexual tiene un carácter masculino (al tomar el lugar de pene); por lo tanto, dice Freud, “hace falta una oleada represiva en la pubertad para que, por remoción de esta sexualidad masculina, surja la mujer.”<sup>22</sup> En otras palabras, es necesario que la niña resigne esta zona erógena para encaminarse hacia una constitución propiamente femenina.

En la niña aparece la primera dificultad cuando comienza a atisbar la realidad de su privación anatómica, lo que en general atribuye a una tardanza en el crecimiento de sus genitales. Pero en algún momento, ya no puede sostener su afirmación de poseer un pene, la explicación que se ha dado (y que ha defendido con ahínco) de que es pequeño pero pronto crecerá, ha de caer.

Entendiendo que estos procesos son inconscientes, lo que sucede es que en este momento desarrolla un sentimiento de inferioridad, que Freud llama ‘la envidia del pene’. Esta envidia, tiene un lugar central en la sexualidad femenina y se muestra fuertemente en la sexualidad infantil. La niña: “Desarrolla un gran interés por esa parte del cuerpo en el varón, interés que pronto pasa a estar comandado por la envidia. Se siente perjudicada (...)”<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Freud, S. (1908). *Sobre las teorías sexuales infantiles*; IX. Pág. 194.

<sup>23</sup> Ibid.

El sentimiento de perjuicio que conlleva la envidia del pene puede ser débil y remitir rápidamente, pero también puede intensificarse, llegando a sobrepasar los límites propios de la situación. Entonces, la niña puede llegar a desear ser hombre, de modo que: “En este lugar se bifurca el llamado complejo de masculinidad de la mujer, que eventualmente, si no logra superarlo pronto, puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la feminidad. La esperanza de recibir alguna vez, a pesar de todo, un pene, igualándose así al varón, puede conservarse hasta épocas inverosímilmente tardías y convertirse en motivo de extrañas acciones, de otro modo incomprensibles. O bien sobreviene el proceso que me gustaría designar desmentida, que en la vida anímica infantil no es raro ni muy peligroso, pero que en el adulto llevaría a una psicosis”. En su extremo, “la niña se rehusa a aceptar el hecho de su castración, se afirma y acaricia la convicción de que empero posee un pene, y se ve compelida a comportarse en lo sucesivo como si fuera un varón.”<sup>24</sup>

Por lo tanto, es crucial la ‘renuncia’ de la niña a los placeres obtenidos de su pequeño pene para la aparición de la feminidad. Freud considera esta remoción, más el sentimiento de haber sido perjudicada, como fundamentales para que en un segundo momento, sea inaugurada la vagina como zona erógena, hasta este momento no descubierta. El papel del genital femenino en la estructuración psíquica infantil no está claro para Freud, aunque en general tiende a desestimar su función: “Es cierto que algunas voces aisladas informan acerca de sensaciones vaginales prematuras, pero no parece fácil distinguir las de sensaciones en el ano o el vestíbulo; en ningún caso pueden desempeñar gran papel. Ello nos autoriza a establecer que en la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora”<sup>25</sup>. Podemos decir entonces, que la vagina es el final del recorrido de investiduras que se iniciaron con la zona erógena de la boca, siguieron con el ano y el clítoris, para sólo finalmente establecer a la vagina como zona erógena rectora, proceso que no puede ser sino, una verdadera conquista.

En condiciones favorables, la niña reprime el complejo de masculinidad y sucumbe a la envidia del pene, para llegar a la feminidad acabada. Freud<sup>26</sup> observa que en esta conjunción de envidia del pene / aparición de la vagina / remisión del complejo de masculinidad, existen tres posibles consecuencias psíquicas, o posiciones que la niña

---

<sup>24</sup> Freud, S. (1925). *Algunas Consecuencias Psíquicas de la Diferencia Anatómica entre los Sexos*; XIX. Pág. 271-2.

<sup>25</sup> Freud, S. (1932-33). *La Feminidad*; XXII. Pág. 110.

<sup>26</sup> Freud, S. (1925). *Algunas Consecuencias Psíquicas de la Diferencia Anatómica entre los Sexos*; XIX. Pág. 273.

podría adoptar. La primera es la explicación de esta ‘afrenta a su narcisismo’ como un castigo personal, compartiendo el menosprecio del varón por el sexo ‘mutilado’. La segunda posición posible, es responsabilizar a su madre por no haberla dotado de un pene o haberla dotado insuficientemente. Y la última, que tras el descubrimiento de la inferioridad del clítoris, la niña renuncie tenazmente a la práctica sexual (onanista), en cualquier circunstancia.

Es factible considerar, si pensamos que la psiquis no funciona de un modo mecánico, que estas tres posiciones no necesariamente se manifiestan en estado puro. Puede ser que la niña conciba las tres posibilidades e inconscientemente una de ellas adquiera un cariz más relevante, por ejemplo, menospreciar a la mujer y entre ellas a la madre, condensando a la vez su rabia hacia ella por haberla parido mujer, y asociando esto a un onanismo compulsivo. Quizás esto sería la presentación de la forma más pura de lo que Freud plantea como el Complejo de Masculinidad. Sin embargo, es fundamental tener siempre presente que la conjunción que de estos factores se dé en la psiquis femenina sobrepasa en mucho la nosología. Siempre es posible que otros factores, aludiendo a la sobredeterminación psíquica, nos sorprendan en la clínica.

Posteriormente la envidia se reprime y actúa desde distintas vías en el psiquismo, dejando huellas en el desarrollo psicosexual y en el camino de advenimiento de la feminidad. Como nos dice Freud: “Las consecuencias psíquicas de la envidia del pene, en la medida en que ella no se agota en la formación reactiva del complejo de masculinidad, son múltiples y de vasto alcance”.<sup>27</sup>

Este enfrentamiento de la realidad anatómica, imprime marcas que tornarán diferente para los sexos la constelación de la escena edípica. Considerando el Complejo de Castración como un hito fundamental en la salida y represión del Complejo de Edipo, podemos entender que la castración como fantasma simbólico es una realidad para la niña: “(...) la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación.”<sup>28</sup>. Freud plantea que en la niña se da una especie de ‘Complejo de Edipo en negativo’ con respecto al varón, que gobernaría su prehistoria edípica. A través de la castración como hecho (psíquico) consumado, “la mujer llega a la situación edípica normal”<sup>29</sup>. “De esta manera, el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos esfuerza a la niña pequeña a

<sup>27</sup> Freud. S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*; XIX. Pág. 272.

<sup>28</sup> Freud. S. (1924). *El sepultamiento del Complejo de Edipo*; XIX. Pág. 185-6.

<sup>29</sup> Freud. S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*; XXI. Pág. 230.



apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad.”<sup>30</sup>

### **Lo Anímico**

El aspecto genital aporta a la niña una realidad a la cual es necesario que ella otorgue un estatuto psíquico. Lo que está en juego son las zonas erógenas y por tanto, la fuente desde donde se ubicará la pulsión. Sin embargo, al hablar de ‘lo anímico’, que para Freud es lo que está más allá de lo corporal, nos referimos al vínculo, a la relación de objeto, más allá de la fuente que haya sido excitada. Ya hemos enunciado la importancia de este aspecto en el logro de una identidad de sujeto, dado que la historia de relaciones de objeto permite la separación entre lo interno y lo externo; y luego de ello, la aparición de la subjetividad, de un modo de amar. Freud nos dice: “(...) todo ser humano, por efecto conjugado de sus disposiciones innatas y de los influjos que recibe en su infancia, adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa, o sea, para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que satisfará, así como para las metas que habrá de fijarse.”<sup>31</sup>

Al establecimiento del clisé del que Freud nos habla, se enlaza la vivencia del cuerpo y la falta, la castración. Que la castración sea ‘real’ en la niña, que haya operado en su cuerpo, es para Freud un obstáculo, pues se inscribe como una dificultad en el advenimiento de la feminidad que implica reconocer las propiedades de lo femenino, simbolizado por la vagina como genital. Ahora bien, si suponemos como Freud, que la mujer debe elegir un hombre como objeto y gozar a través del coito vaginal, aparece una segunda dificultad: el objeto.

El primer objeto de amor en la niña es la madre, vale decir, el objeto por excelencia en el caso de la niña, es homosexual. Esto quiere decir que la niña expresa todas sus pulsiones pregenitales hacia ella, con exclusividad, mostrando exactamente las mismas curiosidades sexuales que el niño hacia su madre. Esta relación primaria de objeto, denominada fase de la ligazón-madre, tiene una gran importancia para el desarrollo de la mujer, pues Freud<sup>32</sup> conjetura un nexo particularmente íntimo entre esta fase y la etiología de la histeria, y aún más nos dice que: “no se puede comprender a la

---

<sup>30</sup> Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*; XIX. Pág. 274.

<sup>31</sup> Freud, S. (1912). *Sobre la Dinámica de la Transferencia*; XII. Pág. 97.

<sup>32</sup> Freud, S. (1931). *Sobre la Sexualidad Femenina*; XXI. Pág. 229.

mujer si no se pondera esta fase de la ligazón madre preedípica (...) en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y costeará sus inapreciables rendimientos sociales.”<sup>33</sup>

Lo interesante, a nuestro juicio, de esta dinámica amorosa hacia la madre en la mujer, es la manera en que se ubica en la dialéctica identificación – relación de objeto, que parece mucho más patente que en el hombre, dado que la niña debe transitar desde la madre como objeto de amor a la madre como objeto de identificación. Esto no sucede en el hombre, pues la mujer será para él siempre (en términos teóricos) un objeto, y los elementos identificatorios hacia la madre no adquirirán la importancia inequívoca que en la mujer.

En la etapa fálica, como ya ha empezado a actuar la represión, no es fácil tomar conocimiento de estos deseos sexuales enlazados a la madre, pero a veces las niñas dan cuenta de querer hacer o parir un hijo a la madre; durante etapas anteriores, como la etapa oral, aparece también la angustia de ser devorada o envenenada por ella. Hemos dicho que las metas sexuales de este vínculo son de naturaleza tanto activas como pasivas y que se encuentran enlazadas a las distintas zonas erógenas propias del desarrollo.

Esta ligazón, en principio exclusiva, es en extremo intensa. Además de depender su supervivencia de ella, la niña recibe de la madre las primeras excitaciones sexuales derivadas de los cuidados y la limpieza. Esta intensidad lleva a que abandonarla sea difícil, y muchas veces imposible para ambos sexos. La importancia de abandonarla radica en el caso de la niña, en el giro hacia el objeto masculino: el padre; para posteriormente al igual que el varón, investir otros objetos fuera del núcleo familiar; recorrido que es necesario realiza, para el logro de la investidura hacia otros objetos sociales.

Ahora bien, como la mujer ha de conseguir una vuelta hacia el objeto heterosexual (en primera instancia el padre), nos preguntamos entonces, cómo lo logra. La pregunta fundamental que aquí surge es ¿Cómo la niña halla el camino hacia el padre? (entendiendo que es ésta la mudanza que debe hacer para no quedar en un estadio previo de amor homosexual), pregunta que tiene implícita esta otra: ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre?

La ligazón-madre es un momento del desarrollo psicosexual, y como tal, con diferentes consecuencias, está condenado a irse a pique. Hay varias particularidades de

---

<sup>33</sup> Freud, S. (1932-33). *La Feminidad*; XXII. Pág. 124.

este vínculo que ‘ayudan’ a que se extrañe y abra paso al objeto padre. Freud nos señala algunas razones de desengaño: “[la madre] omitió dotar a la niña con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas las expectativas de amor, y por último, incitó primero el quehacer sexual propio y luego lo prohibió”<sup>34</sup>. Sin embargo, la razón de fondo es, sin duda, la profunda ambivalencia e hiperintensidad del vínculo.

Sin embargo, como todos los procesos de la sexualidad infantil, el vínculo entre la madre y la niña se hubo de construir en muchos casos tan ricamente, que habiendo abarcando la parte más larga del desarrollo sexual temprano, incluso “(...) era preciso admitir la posibilidad de que cierto número de personas del sexo femenino permanecieran atascadas en la ligazón-madre originaria y nunca produjeran una vuelta cabal hacia el varón”.<sup>35</sup> Lo cual nos muestra la dificultad psíquica de este proceso, que requiere un ejercicio de elaboración que la niña expresa en manifestaciones como juegos y dibujos, que son recogidas de un mejor o peor modo por su entorno cercano. De cualquier forma, observamos que en la mayoría de las mujeres, más o menos felizmente la mudanza de objeto opera.

Además de las razones anteriormente citadas, Freud antepone la envidia del pene como una de las más poderosas razones en el quiebre de la ligazón madre: “Comoquiera que fuese, al final de esta primera fase de la ligazón-madre emerge como el más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, de haberla parido mujer”<sup>36</sup>

Resulta muy importante también el descubrimiento de la castración materna, la caída de la madre fálica. Primero como falta anatómica, en el sentido que la madre es mujer y tampoco posee un pene. Luego, en el sentido que busca otros objetos de gratificación fuera de la hija. Esto ubica a la madre del lado de la castración, “la muchacha al comienzo considera la castración como una desventura personal, sólo poco a poco la extiende a otras personas del sexo femenino y, por último, también a la madre. Su amor se había dirigido a la madre fálica (...) de suerte que pasan a prevalecer los motivos de hostilidad que durante largo tiempo se habían ido reuniendo”<sup>37</sup>. La desilusión por la castración de la madre, además de la culpa de no haberle dado un

---

<sup>34</sup> Freud, S. (1931). *Sobre la Sexualidad Femenina*; XXI. Pág. 235-236 (paréntesis nuestros).

<sup>35</sup> Ibid. Pág. 228.

<sup>36</sup> Ibid. Pág. 235-36.

<sup>37</sup> Freud, S. (1932-33). *La feminidad*; XXII. Pág. 117.

pene, ayudan a que el vínculo con la madre decaiga, abriendo la escena para que el padre vaya deviniendo como objeto de amor.

La ligazón madre imprimirá un sello en la vida amorosa, que se expresará también en el vínculo que se establezca con el padre. Freud nos señala como un descubrimiento de análisis, que si bien las pacientes en su mayoría conscientemente daban testimonio de un vínculo amoroso muy intenso hacia el padre, incluso en algunos casos de histeria acusándolo de seducción, “Toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento. (...) El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral”<sup>38</sup>.

Si bien en cierta medida esta ligazón se va al fundamento (inconsciente), como nos dice Freud, a la vez queda como telón de fondo de la ligazón-padre, y muy probablemente, de todas las siguientes investiduras de objeto. “Todo analista ha tomado conocimiento de mujeres que perseveran con particular intensidad y tenacidad en su ligazón-padre y en el deseo de tener un hijo de él, en que esta culmina. Hay buenas razones para suponer que esta fantasía fue también la fuerza pulsional de su onanismo infantil, y uno fácilmente recibe la impresión de hallarse frente a un hecho elemental, no susceptible de ulterior resolución, de la vida sexual infantil. Pero precisamente un análisis de estos casos, llevado más a fondo, muestra algo diverso: que el complejo de Edipo tiene en ellos una larga prehistoria y es, por así decir, una formación secundaria”<sup>39</sup>.

Además de la huella que deja la historia de amor con la madre que persiste aún cuando se extrañe el vínculo, la madre cumple un particular rol respecto de la sexualidad de su hija. Culturalmente, es la que pone un sello represivo a la sexualidad infantil, y en muchos casos, es también la encargada de velar por la sexualidad adolescente e incluso adulta de su hija. En este sentido, Freud considera que es tarea de la hija desasirse de la inhibición o suspenso que pone la madre sobre su afirmación sexual. Según Freud, en este camino que ha de recorrer la mujer para desasirse del dictamen materno que pesa sobre su sexualidad, puede contraer una neurosis. Sin embargo, es de fundamental importancia para la clínica entender, que aún cuando el vínculo se mantenga en la actualidad en una mujer adulta, “En todos los casos, las

<sup>38</sup> Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*; XXI. Pág. 227-28.

<sup>39</sup> Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*; XIX. Pág. 270.

manifestaciones de la reacción neurótica no están determinadas por el vínculo presente con la madre actual, sino por los vínculos infantiles con la imagen materna del tiempo primordial<sup>40</sup>.

Tanto la ligazón tierna con la madre de la fase preedípica como el deseo de eliminarla y ocupar su lugar junto al padre (deseos propios del Complejo de Edipo), no son completamente superados, en el sentido que mantienen sus huellas en el psiquismo de la mujer. Aún cuando éstas sólo puedan ser percibidas a través de fenómenos sintomáticos u otras formaciones, nos muestran su presencia, actualidad y acción en el inconsciente.

### **La Escena Edípica y su Salida**

Que el padre pueda llegar a ocupar la posición de objeto de amor es un logro, que implica nada menos que un desasimiento de la ligazón madre. Logro que no debe confundirnos, pues es también importante tener en cuenta que el vínculo hacia el padre posee todas las características de una transferencia. El Complejo de Edipo es, entonces, una formación secundaria que re-edita el primer vínculo de amor.

El advenimiento del objeto padre como objeto de amor, abre otros desafíos dentro de los cuales está implicada la feminidad. Para Freud, la conformación de la feminidad requiere el logro de dos tareas íntimamente relacionadas: que sea cambiada la zona erógena (del clítoris a la vagina) y trocado el objeto de amor (de la madre al padre) Sabemos que para que la niña realice un paso tan relevante durante la etapa de latencia como resignar el clítoris en su calidad de órgano de placer, es necesario que opere el mecanismo de la represión. Este camino culmina con el cambio de la niña desde el objeto madre, originario y preedípico, al objeto padre y el establecimiento de la vagina como zona erógena.

Hemos planteado, que para Freud el Complejo de Edipo femenino se caracteriza por la tarea de resolver dos dificultades que le son específicas, vale decir, no están presentes en el Complejo de Edipo masculino. Estas diferencias llegan a ser tan relevantes, que hacen a Freud considerar que lo formulado como el Complejo de Edipo universal sólo debe ser considerado válido para el varón. Las enuncia: "Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originalmente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina.

---

<sup>40</sup>Freud, S. (1915). *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica*; XIV. Pág. 267

Ahora se nos aparece una segunda mudanza de esa índole, el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la mujer”<sup>41</sup>.

Como hemos visto, en la niña el Complejo de Edipo es una formación secundaria. La ligazón madre y las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan. Esto trae como consecuencia, en cuanto al nexo entre Complejo de Edipo y Complejo de Castración, que se establezca una oposición fundamental entre los dos sexos. “Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último”<sup>42</sup>.

Esta diferencia en la relación establecida hacia la castración, promueve una particular formación de la instancia psíquica del superyó<sup>43</sup>. En la niña “excluida la angustia de castración, está ausente también un poderoso motivo para instituir el superyó e interrumpir la organización genital infantil”. Parece ser que en la niña, al estar excluida la angustia de castración, operan en su lugar la “educación, el amedrentamiento externo, que amenaza con la pérdida de ser-amado”<sup>44</sup>. Sin embargo, este medio no es nunca tan efectivo, de lo que resulta que en la mujer, el Complejo de Edipo “puede ser abandonado poco a poco, tramitado por represión, o sus efectos penetrar mucho en la vida anímica que es normal para la mujer”<sup>45</sup>. Esto traerá consecuencias fundamentales en la constitución del superyó como instancia psíquica, pues no será nunca tan “implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como lo exigimos en el caso del varón”<sup>46</sup>.

En este contexto, lo que el Complejo de Edipo posibilita a la niña es superar la hostilidad hacia su madre y, además, darle un significado al penisneid<sup>47</sup> que vaya más allá del perjuicio. En cuanto a la hostilidad, podemos pensar que proviene de dos

---

<sup>41</sup> Ibid. Pág. 227.

<sup>42</sup> Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*; XIX. Pág. 275.

<sup>43</sup> El Súper Yo es una instancia de la personalidad que Freud desarrolla como parte de su segunda tópica. “Clásicamente, el superyó se define como el heredero del complejo de Edipo; se forma por interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales”. Es una instancia que se ha separado del yo, en algunos momentos Freud considera que está compuesto por dos estructuras parciales: el ideal del yo y una instancia crítica. (Laplanche, J. *Diccionario de Psicoanálisis*, Pág. 419).

<sup>44</sup> Freud, S. (1925). *El sepultamiento del Complejo de Edipo*; XIX. Pág. 186.

<sup>45</sup> Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*; XIX. Pág. 276).

<sup>46</sup> Ibid. Pág. 276.

<sup>47</sup> El concepto ‘Penisneid’ es la expresión en alemán de la ‘Envidia del Pene’, (penis: pene; neid: envidia). Chemama, R. (1995) lo define como un: “Elemento constitutivo de la sexualidad femenina, que puede presentarse bajo diversas formas, yendo desde el deseo a menudo inconsciente de poseer un pene hasta las ganas de gozar del pene en el coito, o todavía, por sustitución, hasta el deseo de tener un hijo” (Pág. 130).

momentos diferentes, probablemente relacionados. Uno, preedípico, que versa sobre la responsabilidad materna en la castración y; el otro, edípico, en que la hostilidad se dirige hacia la madre en tanto rival respecto del amor del padre.

Respecto del significado del penisneid, nos parece fundamental que en la mudanza hacia el objeto padre, según lo que Freud nos dice, se redirecciona un antiguo deseo, “El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre”<sup>48</sup>. Esto hablaría de un deseo propiamente femenino: la reivindicación de la castración, que discutiremos más adelante. Este recorrido permite que la meta sexual se dirija a un solo objeto y se subordinen todas las pulsiones parciales a la función de la reproducción, proceso que será re-editado en la pubertad.

A través del objeto padre, “La muchacha se desliza –a lo largo de una ecuación simbólica, diríamos- del pene al hijo; su complejo de Edipo culmina en el deseo, alimentado por mucho tiempo, de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo”<sup>49</sup>. Esta hipótesis freudiana se conceptualiza como la ecuación de la feminidad, a partir de la cual se instalan las posteriores construcciones del psicoanálisis en torno al tema. Freud la enuncia como: “La libido de la niña se desliza –sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene=hijo- a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo, y *con este propósito* toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer”<sup>50</sup>.

Como vemos, el deseo de hijo se inserta gracias a una relación particular respecto de la castración, conformando lo que Freud nos señala como una feminidad acabada. Podemos advertir que se establece una elección de objeto heterosexual con un deseo, en cierta medida, masculino. “y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene (...) así, el antiguo deseo masculino de poseer el pene sigue trasluciéndose a través de la feminidad consumada. Pero quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, un deseo femenino por excelencia.

<sup>48</sup> Freud, S. (1932-33). *La feminidad*; XXII. Pág. 119.

<sup>49</sup> Freud, S. (1924). *El sepultamiento del Complejo de Edipo*; XIX. Pág. 186.

<sup>50</sup> Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*; XIX. Pág. 274. (subr. original).

Con la transferencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ha ingresado en la situación del complejo de Edipo”<sup>51</sup>.

Esta transferencia del pene al hijo y su petición al padre se tornan parte de lo que ha de sepultarse del Complejo de Edipo para dar paso a la latencia. Que esto acontezca parece estar vinculado a dolorosas desilusiones: “La niña, que quiere considerarse la amada predilecta del padre, forzosamente tendrá que vivenciar alguna seria reprimenda de parte de él, y se verá arrojada de los cielos”<sup>52</sup>.

La escena edípica es una escena triangular, y por lo tanto implica un llamado a establecer una posición, que puede ser sintetizada en la ubicación en una cierta identificación y una elección de objeto. Este llamado puede ser resuelto a través de distintas vías que a su vez matizarán la neurosis y la ubicación en una vertiente femenina o masculina. Freud propone que existen tres vías como posibles ubicaciones de la mujer en relación con la pregunta edípica: “La primera lleva al universal extrañamiento de la sexualidad (...), la segunda línea, en porfiada autoafirmación retiene la masculinidad amenazada. También este ‘complejo de masculinidad’ de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. (...) Sólo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo”<sup>53</sup>.

En nuestra lectura de lo anterior, la primera de estas vías propuestas por Freud, podría ubicar a la mujer en una posición de desinterés por lo sexual en todos los planos, dando lugar a todas las vocaciones sociales que permiten esta expresión, además de una serie de patologías sexuales llamadas ‘psicógenas’, y sus derivaciones en las relaciones sociales. O bien, poner a la mujer en una posición más bien depresiva y rebelde, en la que el fantasma de castración, expresada como penisneid, oscila entre provocar una fuerte desilusión sobre sí misma de inutilidad frente a la sexualidad, y una queja reivindicatoria al estilo feminista. La segunda vía, como Freud lo dice, se ilustra claramente en la homosexualidad manifiesta, aunque sabemos que no es necesario que se presente en términos conductuales si es que consideramos esto como una posición psíquica. Por último, la tercera vía nos dejaría en el plano de la maternidad; la mujer realiza su sexualidad completa en el tener un hijo, ya sea como fantasía o como lugar en

---

<sup>51</sup> Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*; XIX. Pág. 274.

<sup>52</sup> Freud, S. (1925). *El sepultamiento del Complejo de Edipo*; XIX. Pág. 181.

<sup>53</sup> Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*; XXI; Pág. 231-2.



lo real. En este sentido, la procreación estaría puesta en un marco mucho más global, quizás, que para el hombre, en tanto está jugada entera en ella, y no sólo aspectos como su trascendencia, por ejemplo. Pero esto lo seguiremos discutiendo más adelante.

Podemos decir entonces, que es a partir de dos deseos inconscientes, el de tener pene y el de parir un hijo del padre, que se frustra la escena edípica en la niña, dado que ninguno de los dos podrán ser satisfechos, sin que por ello estas expresiones dejen de tener su co-relato inconsciente. Recalquemos además que para Freud es el lugar del hijo el que con más razones condensa la resolución del Complejo de Edipo femenino, pues no sólo permite aparecer al hombre como objeto, sino también “Bajo la impresión de la propia maternidad puede revivirse una identificación con la madre propia (...)”<sup>54</sup>, resolviendo además la ambivalencia en la relación con la madre, forjada ya desde el extrañamiento de la ligazón madre y reforzada por la rivalidad edípica.

Por otro lado, la maternidad por excelencia está dada por la relación particular entre la mujer y el hijo varón, pues para Freud: “Sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta; es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. La madre puede transferir en el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad”<sup>55</sup>. Esto podría explicarse a partir del penisneid, puesto que implica haber parido un ser que sí tiene pene; o a partir de un cierto ideal narcisista, reflejándose en su hijo como el varón que la mujer habría deseado ser.

#### **4.- La feminidad.**

La posición femenina puede establecerse tras el rehusamiento de satisfacción en la ligazón-padre, conservando el deseo inconsciente de la ecuación pene=hijo, pero trasladándolo a la pareja. De esta manera, las condiciones de la elección de objeto, pueden estar dadas por la elección de una pareja que siga “el ideal narcisista del varón que la niña había deseado devenir”. O bien, “si ella ha permanecido dentro de la ligazón-padre –es decir, del Complejo de Edipo–, elige según el tipo paterno”<sup>56</sup>. Durante la pubertad, los procesos afectivos desplegados, cuya intensidad es característica,

<sup>54</sup> Freud, S. (1925). *La feminidad*; XXII. Pág. 124.

<sup>55</sup> Ibid. Pág. 124 .

<sup>56</sup> Ibid. Pág. 123.

seguirán “el mismo rumbo del complejo de Edipo o se alinean en una reacción frente a él (...)”<sup>57</sup>.

El anterior desarrollo ha permitido ilustrar la manera en que Freud concibe el advenimiento de una mujer. Proceso en el cual queda de manifiesto que este autor relaciona íntimamente mujer con madre, feminidad con maternidad. Pero ¿qué otras pistas desarrolla respecto de lo femenino?

Durante la infancia pueden observarse algunas modalidades alternativas a la polaridad sexual a la que estamos habituados: “Una primera oposición se introduce con la elección de objeto, que sin duda presupone sujeto y objeto”. Luego, “En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición entre activo y pasivo es la dominante”. Previo al complejo de Edipo, “En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo masculino, pero no algo femenino; la oposición reza aquí: genital masculino, o castrado. Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con masculino y femenino”<sup>58</sup>.

En esta culminación, por masculino entenderemos al sujeto, la actividad y la posesión de pene. Por el contrario, lo femenino se liga al objeto y la pasividad. “La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno”<sup>59</sup>.

La extrapolación femenino/pasivo, masculino/activo, si bien muy seductora, cuando la contrastamos con la realidad notamos su insuficiencia: “En el campo de la vida sexual humana notarán enseguida cuán insuficiente es hacer corresponder conducta masculina con actividad, y femenina con pasividad. La madre es en todo sentido activa hacia el hijo (...). Y mientras más se alejen del ámbito estrictamente sexual, más nítido se les volverá ese error de superposición”<sup>60</sup>.

Como observación constatamos que la feminidad se caracteriza por portar “un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar”. En la vanidad corporal, se puede interpretar la necesidad de suplir la originaria inferioridad sexual que deviene de la envidia del pene: “La vergüenza, considerada una cualidad femenina por

<sup>57</sup> Freud, S. (1916-17). *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*; XVI. Pág. 307.

<sup>58</sup> Freud, S. (1923). *La organización genital infantil*; XIX. Pág. 148-9.

<sup>59</sup> Ibid. Pág. 148-9.

<sup>60</sup> Freud, S. (1925). *La feminidad*; XXII. Pág. 107.

excelencia (...) la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales”<sup>61</sup>.

Parece ser que la feminidad es un estado bastante difícil de alcanzar, con muy importantes obstáculos, y que quizás jamás se resarce de su prehistoria masculina. Freud lo plantea desde el varón, pero quizás el problema también radique en la propia mujer, y en las dificultades para sí misma: “Una parte de lo que nosotros los varones llamamos el ‘enigma femenino’ acaso derive de esa expresión de bisexualidad en la vida de la mujer”<sup>62</sup>.

Asumiendo este enigma como propio, preguntándonos si podemos considerar al hijo como LA solución a la psicosexualidad femenina, intentaremos a continuación dar cuenta de lo que el psicoanálisis lacaniano pone en juego respecto a la estructuración psíquica y el logro de la feminidad. De paso agradecemos la concesión de Freud: “Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy vasto, pero no perdemos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano”<sup>63</sup>.

## **II La estructuración psíquica de la mujer desde Lacan**

### **1.- Los Tres Momentos del Complejo de Edipo**

Siguiendo este modelo de pensamiento planteado por Freud, Lacan toma los postulados básicos del psicoanálisis en relación con la conformación del aparato psíquico. En este sentido, considera también que la estructuración psíquica es moldeada fundamentalmente en la infancia y que está determinada por el paso que el sujeto realiza por el momento preedípico y por el Complejo de Edipo y su salida, posibilitando una identificación, una elección de objeto y una cierta regulación del deseo.

Sobre esta base, Lacan distingue tres registros en la experiencia humana: el real, el imaginario y el simbólico<sup>64</sup>. Siendo este último un registro propio del ser humano que

---

<sup>61</sup> Ibid. Pág. 122.

<sup>62</sup> Ibid. Pág. 121.

<sup>63</sup> Ibid. Pág. 125.

<sup>64</sup> La complejidad de cada uno de estos conceptos requeriría de un estudio detallado de ellos. Entenderemos, para nuestra investigación, lo imaginario como ligado a la relación especular al pequeño

marca una diferencia en su experiencia respecto de los otros animales y que se logra gracias a ciertas particularidades en el camino que recorre el sujeto desde lo preedípico hasta el desenlace de la conflictiva edípica.

Podemos pensar que el registro simbólico es la manera en que Lacan advierte y desarrolla la diferencia establecida por Freud entre la sexualidad humana y la sexualidad meramente biológica.

Sin embargo, el camino del que hablamos está lejos de ser un paso, es más bien un proceso que se va estructurando en oleadas sucesivas que retoman y rearticulan lo ya existente. En palabras de Lacan: “Como ya les dije, si estamos progresando así, hacia atrás, trazando etapas que se sucederían en una línea de desarrollo, sólo es en apariencia. Por el contrario, se trata de captar siempre lo que, interviniendo desde afuera en cada etapa, reordena retroactivamente lo que se había esbozado en la etapa anterior”<sup>65</sup>.

Sin pretender hacer lineal un complejo proceso que no lo es, intentaremos esbozar un recorrido que nos permita ver cómo se llega al Complejo de Edipo, a una identificación, a una elección de objeto, al registro simbólico y la regulación del deseo, en tanto productos propios de la neurosis. Parte de este recorrido, está dado por líneas de pensamiento que se han establecido teóricamente intentando develar el proceso mediante el cual el psiquismo humano se estructura, que actúan como hipótesis o supuestos, especialmente en momentos en que la observación no muestra mucho (más allá de la simple observación conductual; nos interesa la subjetividad). Y no podría ser de otro modo, pues ninguno de nosotros puede dar cuenta a ciencia cierta de su propia experiencia primordial, ni tampoco nuestros niños pueden expresarlo de un modo claro. Gran parte de lo que la teoría expone, está dado por la construcción retrospectiva que ha entregado la clínica.

Entrando en materia desde lo preedípico, lo primero que podemos advertir es que Lacan sigue a Freud, al considerar que el primer objeto de amor que marca el proceso de la estructuración psíquica del niño, es la madre. Lacan entiende esta primera vinculación entre madre e hijo como una relación imaginaria, lo que hace referencia a que en esta relación el niño vive la ilusión de totalidad, de síntesis y de semejanza con la

---

otro, a la identificación, al semejante. Lo simbólico, a las funciones estructurales, culturales, como es la palabra; en este sentido es previo al sujeto. Lo real es aquello imposible de integrar a la psiquis; al sobrepasar la capacidad humana de elaboración global, irrumpe en la experiencia subjetiva.

<sup>65</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XII Del complejo de Edipo*. Pág. 201.

madre<sup>66</sup>. Sin embargo, esta relación imaginaria que se establece desde el niño hacia la madre y desde la madre al hijo, no es lo único en juego. La madre en este momento no es para el niño completamente un semejante, sino un Otro<sup>67</sup> como madre simbólica, puesto que lo único existente para el niño es el mundo materno, está todo lo que un ser humano puede concebir en ella jugado: la cultura, lo simbólico, etc. La madre es todo lo Otro, y aquello que el niño encuentre en su incipiente mundo será concebido según la imagen materna. Así entonces, la función materna es desde el comienzo simbólica aún cuando la relación sea imaginaria.

Siendo éste un momento previo al Complejo de Edipo, el padre se ubica en una posición externa, detentando el orden simbólico. Pero el niño sólo tiene noticia de la existencia de este orden de manera externa y en gran parte gracias a la posición de la madre como Otro. Como veremos más adelante en el Complejo de Edipo se dará la posibilidad de que el niño, además de ser parte del registro simbólico como lo es ahora, otorgue a su experiencia este tinte y haga uso de él en primera persona.

La importancia de la marca que deja en la psiquis este vínculo con la madre, ha obligado al psicoanálisis a detenerse en él. Por ello, sabemos que los intercambios en esta relación parten de ciertas expresiones primarias, muy ‘primitivas’, en el sentido de lo biológico. Como es de esperar, lo primero que se juega es la supervivencia, puesto que la indefensión bastante prolongada del bebé humano hace que su posibilidad de vivir dependa en gran medida de la madre. Será ella quien intentará vincular el grito y el llanto del niño con necesidades como el hambre, el calor, la limpieza y el sueño, para brindarle los cuidados necesarios que permitan su supervivencia.

Esta relación se aleja, sabemos desde Freud, de lo puramente primitivo. Principalmente por el hecho que la madre arma un mundo de relación hacia su hijo que va más allá de la satisfacción de necesidades biológicas, y a su vez, el niño algo más reclama que la madre intenta colmar. Ya desde Freud vimos que el sujeto humano no puede ser entendido solamente desde el punto de vista biológico y esto se nos hace claro, por ejemplo, cuando el niño está satisfecho y su llanto no calla, abriendo una petición enigmática, imposible de satisfacer.

<sup>66</sup> Evans, D. (1997); *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*.

<sup>67</sup> El concepto de ‘Otro’ es uno de los más complejos dentro de la obra de Lacan. Sin entrar en detalle, para la presente investigación podemos considerarlo: “la alteridad radical, la otredad que trasciende la otredad ilusoria de lo imaginario (...) Lacan equipara esta alteridad radical con el lenguaje y la ley, de modo que el gran Otro está inscrito en el orden de lo simbólico. Por cierto, el gran Otro *es* lo simbólico” (Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Pág. 143). “El Otro no es tan

Lo que nos propone Lacan, es que la necesidad de cualquier índole que se le presente al niño puede ser satisfecha por la madre, pero aquella demanda de amor incondicional, que prontamente se apuntala sobre las necesidades biológicas, es insaciable, sobrepasando la voluntad y la consciencia materna; tan sólo por el hecho que la madre puede estar y en otros momentos no estar.

La estructura de esta relación imaginaria comienza a mostrarnos una cierta inadecuación estructural: lo que el niño reclama por sobre sus necesidades no puede ser satisfecho en ningún objeto o demostración amorosa. Es esto lo que Lacan refiere como el salto que el ser humano hace desde la necesidad a la demanda<sup>68</sup>, pues lo que el niño demanda tiene relación con la necesidad y a la vez con el amor; es un llamado al deseo materno.

Lo que nos dice la demanda es que se ha abierto un espacio en la medida en que hay algo que la madre no da, hay una falta que marca la primera separación entre madre e hijo. Ésta falta primaria, que Lacan designa como frustración, inaugura todos los tipos de vacío que el ser humano pueda experimentar, todos los tipos de falta de objeto; irá incorporándose al psiquismo de manera paulatina. Lo hará en principio imaginariamente, cada vez que el niño se enfrente a la ausencia materna, cuando la madre no pueda descifrar su llanto, cuando no esté disponible en cada momento. En esos momentos el niño vivirá la frustración como un daño imaginario. Su carácter básico y fundante ubica a la frustración en el centro de las relaciones madre-hijo, en ella quien toma el carácter activo, quien está o no, quien da o no, es la madre; en palabras de Lacan, “Tratándose de la frustración, se impone la noción de que es la madre quien juega el papel de agente”<sup>69</sup>.

En virtud de esta falta y sus incidencias sobre el desarrollo psíquico del niño, es que puede abrirse paso al deseo, en la medida en que la madre ‘hace falta’, puede inaugurarse la aspiración de un espacio más allá de ella. Esta connotación de la falta: “no es negativa, sino el propio motor de la relación del sujeto con el mundo”<sup>70</sup>. Permitiendo que comiencen a hacerse las primeras marcas, los primeros quiebres sobre la ilusión de completud para que la distancia entre madre e hijo deje emerger al niño como una entidad separada de la madre. Como nos señala Lacan: “La relación del niño

---

sólo el Otro que no está presente, sino, literalmente, el lugar de la palabra” (Lacan, J. (1956). *Seminario IV, V Del análisis como bundling, y sus consecuencias*. Pág. 82).

<sup>68</sup> Evans, D. (1997); *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*.

<sup>69</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, II Las tres formas de la falta de objeto*. Pág. 41.

<sup>70</sup> Ibid. Pág. 38.

con la madre, que es una relación de amor, abre la puerta a lo que se llama habitualmente (...) la relación indiferenciada primordial”<sup>71</sup>. El deseo<sup>72</sup>, al constituirse de aquello que queda insatisfecho entre la necesidad y la demanda, hace de lo no dado un empuje, un motor, en el intento de colmar lo que no puede ser colmado, en este caso ni para la madre ni para el niño.

Como hemos visto, desde el punto de vista del niño, la madre satisfará lo que pueda, con mayor o menor devoción, pero nunca estará en todos los momentos ni en todas sus necesidades y aspiraciones. Desde el punto de vista materno, este niño no será en su totalidad nunca lo que la madre quiso (en términos conscientes), ni ocupará en su totalidad la posición que la madre deseó (en términos inconscientes). Esta es la inadecuación a la que Lacan alude.

Esta escena configura el primer tiempo de la subjetividad y los primeros esbozos del orden simbólico. Es el principio del proceso que habrá de culminar en el Complejo de Edipo. La dialéctica de la frustración “de alguna forma constituye su terreno preparatorio, su base y su fundamento”<sup>73</sup>, ubicándose como crucial en el desarrollo psíquico del niño. Sin embargo, este momento con todo lo que tiene de fundamental, es por sí solo insuficiente para entender la entrada del niño en la cabalidad de la problemática edípica, y mucho menos, su salida. Pero sí es fundamental al permitir una apertura hacia otros espacios, alejando al niño de quedar a merced de su primer objeto de amor; es decir, de ser devorado por el deseo de su madre.

La primera separación entre madre e hijo, va configurando la posibilidad de que el niño comience a ser un otro sobre el quiebre de la ilusión de completud, y al sacar al niño de la posición únicamente de objeto de la madre, hace el llamado a aparecer un espacio entre la madre y el niño, llamando a ser llenado, a modo de intercambio. Esto intercambiado entre ellos es lo que conocemos con el nombre de *falo*<sup>74</sup>, presentado en esta relación como un objeto imaginario. El falo aparece en este espacio *entre*, se nos revela en su intercambio: “(...) siempre está más allá de toda relación (...)”<sup>75</sup>, es lo que se juega *en* la relación. El falo es entonces, la noción que denota los objetos de

<sup>71</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, XIII Del complejo de castración*. Pág. 225.

<sup>72</sup> Evans, D. (1997); *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*.

<sup>73</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, IV La dialéctica de la frustración*. Pág. 63.

<sup>74</sup> El falo puede entenderse, desde la obra lacaniana, en virtud de una sistematización del uso que Freud diera al adjetivo ‘fálico’ o ‘fálica’, en contraposición al órgano genital masculino. De modo que “Lacan sencillamente aclara ciertas distinciones que ya estaban implícitas en la obra de Freud (...) Por lo tanto, suele reservar el término ‘pene’ para el órgano biológico, y ‘falo’ para las funciones imaginaria y simbólica de ese órgano” (Evans, D. (1997). *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Pág. 87).

intercambio entre madre y niño. Al existir entre ellos algo que trasciende su relación directa, el intercambio fálico muestra en el niño la existencia de un cierto espacio subjetivo; en este momento, todavía rudimentario. Cuando se atisba la aparición de este espacio en que el falo como objeto imaginario se pone en juego, estamos frente a un movimiento lógico y psíquico: el paso de la díada a la tríada.

Entonces tenemos tres términos: la función materna, el niño como demandante, y el falo como objeto de intercambio. Esta escena es lo que Lacan delimita como el **primer momento del Edipo**.

El niño está capturado en el mundo del deseo y de él ha de valerse en su relación a la madre. La pregunta inconsciente será en torno al significante cultural del deseo, el falo: *'soy o no soy el falo para mi madre'*. El falo se ubica entre el niño y la madre, él desea que la madre lo desee, lo que Lacan ha designado como *'deseo de deseo'*.

En este momento se está desplegando todo un mundo de relaciones, un mundo que; sin embargo, funciona con la dialéctica imaginaria del *'o bien o bien'*, en tanto sólo existen dos posibilidades: la madre está o no está, el falo lo tiene ella o el niño. Aunque estos dos aspectos pudieran parecer distintos, *"Su sanción no nos saca de ese o bien o bien, o él o yo, que sigue vinculado con la primera dialéctica simbólica, la de la presencia o de la ausencia"*<sup>76</sup>. Cuando esto está así de claro, es factible observar la fenomenología del *'fort da'*, que responde a las necesidades de elaboración que el niño intenta frente a la cualidad de potencia<sup>77</sup> de la madre, que está dada por su capacidad de estar o no estar.

Lo que es la madre para el niño no queda fuera de los rápidos movimientos que se van generando. Como vimos, en esta relación va emergiendo el niño a través de la acción de la falta, apartándose de la relación indiferencia primera. Con ello la madre comienza a caer de su posición de Otro y de su carácter de madre simbólica. En este

---

<sup>75</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, IX La función del velo*. Pág. 155.

<sup>76</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XII Del complejo de Edipo*. Pág. 209 (subr. original).

<sup>77</sup> Lacan considera que la madre: "Cuando deja de responder, cuando de alguna manera responde a su arbitrio, se convierte en real, es decir se convierte en una potencia" (Lacan, J (1956); *Seminario IV, IV La dialéctica de la frustración*. Pág. 70). Evans señala que la potencia materna refiere al momento edípico en que el niño "está completamente a merced del deseo caprichoso de la madre", propio del primer momento del Edipo, en que el niño intenta satisfacer su pregunta inconsciente *'¿soy o no soy el falo?'*, lo que lo deja "desamparado ante la omnipotencia de ella", en contraposición con la impotencia del niño, la que empieza a generar angustia en el momento en que el juego de ser el falo materno comienza a sexualizarse progresivamente. Lacan (en Evans, D.1997) considera que la madre: "Cuando deja de responder, cuando de alguna manera responde a su arbitrio, se convierte en real, es decir se convierte en una potencia" (Evans, D. (1997). *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Pág. 123). Lacan considera que la madre: "Cuando deja de responder, cuando de alguna manera responde a su arbitrio, se convierte en real, es decir se convierte en una potencia".



sentido Lacan afirma: “la madre es de entrada madre simbólica y sólo tras las crisis de la frustración empieza a realizarse, debido a cierto número de choques y particularidades surgidas en las relaciones entre la madre y el niño”<sup>78</sup>. Veremos más adelante a propósito del don materno, cuáles son las particularidades de esta caída y sus consecuencias.

Si las posibilidades en torno a la presencia ausencia eran que la madre tuviera el falo o que el falo lo tuviera el niño, lo que tenemos aquí es la imagen de la madre como madre fálica. Sin embargo, esta imagen no se sostiene, puesto que en algún momento el niño comienza a advertir que la madre no tiene el falo, que no se lo niega, sino que lo desea precisamente porque ella tampoco lo tiene. Cuando el niño descubre que la madre es deseante, que desea más allá de él, cae la madre fálica, y aparece el fantasma del penisneid<sup>79</sup>, que muestra a una madre carente y privada de algo que busca fuera.

La carencia de la madre abre la posibilidad de que el niño se ponga en la posición de falo materno. Mientras el deseo del niño sea ser deseado por la madre, podrá servirse del falo como vestimenta para atrapar el deseo materno, lo que Lacan designa como el juego<sup>80</sup> del señuelo. En él, el niño supone un deseo en la madre: “Lo que se trata de satisfacer es un deseo en segundo grado, [de otra cosa que lo que él puede darle] y como es un deseo que no puede ser satisfecho, sólo se le puede engañar”<sup>81</sup>; en el intento de satisfacerla, jugando a hacer de él mismo un objeto de amor perfecto, a llenar esa falta, ese espacio entre ambos y a esta madre deseante. La posición que el niño toma para la madre es la de “sustituto, como compensación, en suma, en una referencia, sea cual sea, a lo que le falta esencialmente a la mujer [el falo]”<sup>82</sup>. El enganche a este juego por parte de la madre, está dado por su penisneid, que hace que el niño la colme o no.

Este juego y sus resonancias en el desarrollo psíquico hacen que constituya el primer atisbo de salida de este escenario puramente imaginario. En sí mismo muestra el término de la etapa preedípica, en tanto es lo último que se intentará, de modo desesperado, para salvar la comodidad del mundo materno.

<sup>78</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, XIII Del complejo de castración*. Pág. 225.

<sup>79</sup> Ver nota 47. Considerar que, al alejarse del órgano biológico, el concepto en Lacan toma un cariz particular por su carácter simbólico, es decir, su cualidad fantasmática.

<sup>80</sup> La connotación de juego y engaño, están dadas en virtud de que por definición el deseo no es susceptible de ser satisfecho, es un espacio que intenta ser llenado, pero imposible de llenar. En este sentido podemos preguntarnos ¿qué de nuestra relación al deseo no es finalmente un juego engañoso?.

<sup>81</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XI El falo y la madre insaciable*. Pág. 197 (Paréntesis nuestro).

<sup>82</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XIV El significante en lo real*. Pág. 243. (Paréntesis nuestro).

Sin embargo, este juego es un ensayo que puede adquirir una cualidad bastante angustiada para el niño, pues erotiza la relación con la madre a niveles mayores de lo que él podría llegar a elaborar y menos a sostener. Pero como ensayo, y como no se ha vivido aún la amenaza de castración, el intento de seducción y la competencia con otros respecto del amor materno, no son en verdad peligrosos. La importancia de estas actividades de seducción es la de mostrar un hecho más fundamental, que no son sólo hacia la madre, sino también hacia sí mismo, es un juego en que el niño se auto demuestra capacidad: “cuando se exhibe, no es una pura y simple mostración, se muestra a sí mismo y por sí mismo a la madre, que existe como un tercero. (...) Aquí ya se esboza toda una trinidad, incluso una cuaternidad intersubjetiva”<sup>83</sup>.

Con el juego del señuelo estamos aún en un terreno mayoritariamente imaginario. Si bien la introducción en lo imaginario es fundamental, la dialéctica con la madre no es suficiente, los términos que esta relación introduce no son suficientes por sí mismos. Estamos en camino hacia la conquista simbólica, y aquí no han de encontrarse todos los elementos, sino más bien, sus fundamentos. En este sentido Lacan nos dice: “no se puede construir todo el sistema de relaciones del significante en toda su amplitud en base al hecho de que algo a lo que se ama está o no está. No podemos conformarnos con dos términos, se necesitan más”<sup>84</sup>. Estos otros términos necesarios hacen alusión al orden, al anudamiento que permite el símbolo, pues el mundo imaginario de la madre es desordenado y, en la madre, el niño no encontrará la posibilidad de ordenarlo.

Si el mundo del niño se ordena, lo hace gracias a que en algún momento la dialéctica de la falta es retomada simbólicamente y por tanto, simbolizada. Sin embargo, la pregunta lógica es qué es lo que impulsa al niño a simbolizar, cómo se introduce lo que hemos visto como frustración en lo simbólico. Sabemos que junto al niño, para la madre siempre está el falo, la exigencia del falo que el niño simboliza o realiza más o menos. El hecho es que la progresiva inadecuación esencial, se agudiza en la distancia entre lo que el niño realiza y el deseo materno, lo que constituye una discordancia imaginaria<sup>85</sup>. Es esta discordancia lo que fuerza a los participantes a ir más allá.

El niño vive y padece esta discordancia, que lo lleva necesariamente a la duda si podrá o no llenar esa imagen fálica que la madre pide, en palabras de Lacan, la pregunta es: “¿En qué momento puede el niño, en cierta medida, sentirse él mismo desposeído de

<sup>83</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XII Del complejo de Edipo*. Pág. 203.

<sup>84</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XV Para qué sirve el mito*. Pág. 261.

<sup>85</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, III El significante y el Espíritu Santo*.

algo que exige de su madre, al darse cuenta que lo amado no es él sino cierta imagen?”<sup>86</sup>. Pregunta que lleva implícita la vivencia de desposesión o impotencia en el niño.

En este sentido, ya lo hemos dicho, será para el sujeto decisivo que “(...) a la madre le falta ese falo, que ella misma es deseante, no sólo de algo distinto de él, sino simplemente deseante es decir, que algo hace mella en su potencia”<sup>87</sup>. He aquí la importancia, como hito, de la caída del fantasma tan destacado por el psicoanálisis de la madre fálica. Pues cae por la inadecuación de la dialéctica de la frustración, y entonces comienza a esbozarse otro registro de la falta. Lacan plantea: “[El niño] Al principio, se encuentra capturado en la relación tramposa en la que de entrada se desarrolla el juego del falo. Con esto es suficiente para que su madre y él mantengan un movimiento progresivo cuyo sentido, su perspectiva, su sentido, es la identificación perfecta con el objeto del amor materno. Entonces aparece un elemento nuevo”<sup>88</sup>.

La pregunta es si tres términos son suficientes para la estructuración psíquica. Lacan plantea: “El Edipo, desde luego, nos da tres, pero sin duda implica un cuarto término, porque el niño ha de franquear el Edipo. Por lo tanto, aquí ha de intervenir alguien, y éste es el padre. Nos explican cómo interviene el padre, contándonos la historia de siempre, la rivalidad con el padre y el deseo inhibido por la madre”<sup>89</sup>.

De no agregarse este cuarto elemento, la perspectiva del niño es quedar atrapado en la imagen de falo materno, su objeto de amor perfecto<sup>90</sup>. Por otro lado, de incorporarse, la manera en que este elemento lo hace, marca momentos decisivos del desarrollo. De partida, está en este hito la instalación de una perversión, pues ya sabemos que lo que el perverso deniega es la madre fálica (y por tanto, lo inmediatamente posterior a ello, que es la castración). Pero además marcará posteriormente una importante diferencia entre la posición femenina y la masculina.

Un hito que se dará en general cuando la tríada imaginaria madre-niño-falo (preedípica) de alguna manera se satura, cumple su función. Lo que sucede aquí es que, en cierta medida, el niño ya no puede más jugar al engaño y la madre tampoco. Se hace urgente la intervención del cuarto término, de la ley paterna que se manifiesta primeramente a través del discurso de la madre.

<sup>86</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, IV La dialéctica de la frustración*. Pág. 73.

<sup>87</sup> Ibid. Pág. 73.

<sup>88</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XVII El significante y el chiste*; Pág. 300.

<sup>89</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XV Para qué sirve el mito*. Pág. 261.

<sup>90</sup> Desde la hipótesis lacaniana, esto es lo que sucedería en la psicosis.

Esta intervención marca el **segundo momento del Edipo** con la instalación de la prohibición del incesto, estableciendo otro paso más en la distancia entre el niño y la madre. Esta prohibición marca posiciones para ambos, dado que recae tanto sobre uno como sobre otro. Para el niño, significa el desalojo definitivo de la posición ideal de falo materno y la privación de su objeto de deseo. Para la madre, podemos pensar, significa sacar al niño de la posición de falo, denotando que ahí no saciará sus deseos ni sus reivindicaciones.

La función paterna se instala a partir de la decepción fundamental del niño, ya que él ha de reconocer, “no sólo que no es el objeto único de la madre, sino que a la madre le interesa, de forma más o menos acentuada según los casos, el falo”<sup>91</sup>, que pasa a quedar fuera de la relación madre-hijo. Quien ejerce esta función de corte, de sanción, es el padre simbólico<sup>92</sup>.

Este padre simbólico es lo que Lacan ha designado como Significante<sup>93</sup> del Nombre-del-Padre, entendiéndolo como: “el significante fundamental que permite que la significación proceda normalmente (...) significa la prohibición edípica, el ‘no’ del tabú del incesto”<sup>94</sup>. Como Lacan lo dice, este significante no hace alusión a la persona que ostenta la posición de padre, en términos concretos, sino que “a lo que autoriza el texto de la ley le basta con estar, por su parte, en el nivel del significante”<sup>95</sup>.

Tal hito fundamental cambia la posición de la madre para el niño, ella deja de ser un objeto en tanto imagen, en tanto seno, el Otro, que siempre estuvo fuera, ahora desde el punto de vista del niño re-establece su lugar, siendo de aquí en adelante la

<sup>91</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, V Del análisis como bundling, y sus consecuencias*. Pág. 261.

<sup>92</sup> En el Edipo, para Lacan, interviene el padre en sus tres registros: simbólico, imaginario y real. Sintéticamente, podemos decir que el padre simbólico emerge a partir del discurso de la madre y detenta el estatuto de Otro. El padre imaginario, se establece como un otro, siendo depositario de todas las identificaciones. El padre real, el padre de carne y hueso, es el agente de la castración, que marcará las dificultades de simbolizar y poner en juego algo que irrumpe de golpe, condición propia del registro de lo real.

<sup>93</sup> El concepto ‘significante’ es tomado por Lacan de la obra lingüística de F. de Saussure, quien la consideró la imagen mental del sonido, que es interdependiente con el significado. Para Lacan, el significante es primario, vale decir, produce el significado. Sus efectos sobre el sujeto “constituyen el inconsciente, y por lo tanto constituyen también la totalidad del campo del psicoanálisis”, siendo la unidad constitutiva del orden simbólico. Lacan insiste en que el analista “preste atención a los significantes de la palabra del analizante”, lo que “no es en realidad una innovación técnica sino un intento de teorizar el método freudiano en términos más rigurosos”. El concepto no es equivalente al de ‘palabra’: “también pueden funcionar como significantes unidades de lenguaje más pequeñas que las palabras (morfemas y fonemas) o más grandes que las palabras (frases y oraciones), y además pueden hacerlo entes no lingüísticos, por ejemplo objetos, relaciones y actos sintomáticos” (Evans, D. (1997); *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*; Pág. 177).

<sup>94</sup> Evans, D. (1997); *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*; Pág. 138.

<sup>95</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, VIII Dora y la joven homosexual*. Pág. 150.

madre para su hijo un *otro*, un semejante. De este modo, en este momento lo que el mundo de la madre comienza a instalar es la dialéctica al pequeño otro<sup>96</sup>.

El cambio en la relación a la madre, tiene un correlato en el cambio en el estatuto del objeto. Los objetos de intercambio entre la madre y el niño paulatinamente pasan de ser objetos imaginarios a ostentar la cualidad de ‘dones’. La madre que ha caído de la posición de completud, es ahora alguien que tiene la posibilidad de dar o negar objetos con el signo del amor. Que el don pueda ser negado, es lo que a su vez posibilita y denota su entrega como símbolo de amor, como señala Lacan “No hay don que no esté constituido por el acto que previamente lo había anulado o revocado. Sobre este fondo, como signo de amor, primero anulado para reaparecer luego como pura presencia, el don se da o no se da al llamar”<sup>97</sup>. Más que tener un valor por lo que pudieran ser, los objetos pasan a tener valor por lo que significan, en tanto simbolizan el amor materno. La madre que ha devenido real, dona objetos que se vuelven simbólicos. Un ejemplo de ello es el sueño de Anna Freud<sup>98</sup> en que nombra dos objetos: ‘frambuesa, flan...’, mostrando cómo seguramente sin estar insatisfecha, sueña con dos objetos que simbolizan no las necesidades básicas, sino muy probablemente, los objetos de premio, muestras del amor materno. De este modo, la falta que era vivida como un daño imaginario, ahora es re-elaborada como el rehusamiento de un don, siendo en parte simbólica, pero aún no del todo. Como hemos de esperar, el falo, en tanto objeto, tampoco escapa a la lógica del don, y da un paso más hacia adquirir su carácter simbólico, al quedar incluido dentro de los dones.

En términos cualitativos, el paso desde una estructura diádica a una tríada en que el falo ocupa el tercer lugar, y luego la entrada del padre simbólico, es una elaboración psíquica propia del ser humano. Tarea en absoluto menor que marca la difícil brecha entre lo preedípico y lo edípico.

Así las cosas, ya tenemos los términos necesarios para la resolución de la escena edípica, su salida, lo que se designa como **tercer momento del Edipo**. En este tiempo lógico ingresa el padre real y su función reza: “Si la etapa del segundo tiempo ha sido atravesada, ahora es preciso, en el tercer tiempo, que lo que el padre ha prometido lo mantenga. Puede dar o negar, porque lo tiene, pero del hecho de que él lo tiene, el falo,

---

<sup>96</sup> El pequeño otro es “un reflejo y proyección del Yo (...) Es simultáneamente el semejante y la imagen especular. De modo que el pequeño otro está totalmente inscrito en el orden imaginario” (Evans, D. (1997); *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*; Pág. 143).

<sup>97</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XI El falo y la madre insaciable*. Pág. 184.

<sup>98</sup> *Ibid.* Pág. 185.

ha de dar alguna prueba”<sup>99</sup>. Aquí tenemos entonces que el padre real, reafirmando al padre simbólico, sostiene la posición de poseedor del falo, esto quiere decir, que se inscribe como quien lo usa y por eso es preferido por la madre. De esta manera, el padre otorga respuesta a la pregunta por el deseo materno. La problemática del segundo momento era ‘ser o no ser’, pues bien, ahora se trata de ‘*tener o no tener*’ (el falo).

En la escena de este tercer momento, están jugados los términos necesarios para el funcionamiento del sistema simbólico. La intervención del padre, permitirá ordenar todos los elementos que hasta ahora habían ingresado: lo que pasa con el falo, el estatuto del padre simbólico, el lugar materno y el deseo del niño. Teníamos los tres objetos primeros; bueno, ahora ingresa, en palabras de Lacan: “el cuarto término, que los acoge a todos y los vincula en la relación simbólica, o sea el padre”<sup>100</sup>. Esto es lo que edipiza en pleno derecho a un sujeto: “La perspectiva que les aporto permite situar, en el plano correspondiente y en sus relaciones recíprocas, el juego imaginario del ideal del yo<sup>101</sup> con respecto a la intervención sancionadora de la castración, gracias a la cual los elementos imaginarios adquieren estabilidad en lo simbólico, donde se fija su constelación”<sup>102</sup>.

El padre real es cualquiera que llena el rol y la función, es aquel capaz de decirle al niño quién es, ordenando y ubicándolo en una línea parental, dándole un origen y una trascendencia: “Sale del puro juego especular para dar su encarnación a aquella frase, (...) *tú eres el que eres*”<sup>103</sup>. Lo que aquí sucede es que la función del padre real hace las veces de pivote<sup>104</sup>, de eje, posibilitando que el niño asuma el falo como el significante ordenador por excelencia, como instrumento de intercambio simbólico en las líneas de parentesco. En estas condiciones, el padre real autoriza una elección objetal<sup>105</sup>, ordenando también el deseo. Pero para que podamos desembocar en todo lo anterior, el padre real ha de tomar una posición particular: la de agente de la castración<sup>106</sup>.

La función de la castración, que se articula en el llamado Complejo de Castración, “(...) traslada al plano puramente imaginario todo lo que está en juego en

<sup>99</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, X La identificación con el falo*; Pág. 199.

<sup>100</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, V Del análisis como bundling y sus consecuencias*. Pág. 86.

<sup>101</sup> El ideal del yo “resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse” (Laplanche, J. (1967); *Diccionario de Psicoanálisis*. Pág. 180). Para el superyó, remitirse a la nota 42.

<sup>102</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, XII Del complejo de Edipo*. Pág. 214.

<sup>103</sup> *Ibid.* Pág. 213.

<sup>104</sup> *Ibid.*

<sup>105</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, XV Para qué sirve el mito*.

<sup>106</sup> Lacan, J (1956); *Seminario IV, XII Del complejo de castración*. Pág. 222.

relación con el falo. Precisamente por este motivo conviene que el pene real quede al margen. La intervención del padre introduce aquí el orden simbólico (...) El orden simbólico interviene precisamente en el plano imaginario. La castración afecta al falo imaginario (...)”<sup>107</sup>. Es decir, el padre real interviene desde lo simbólico, tomando lo que ya estaba en juego imaginariamente con el falo, a partir de la amenaza real (que en su carácter de real, irrumpe).

A través de la amenaza de castración, el padre da pruebas de su atribución fálica, re-ordenando las posiciones que ya habían sido reguladas con la prohibición del incesto, de manera que el estatuto de la falta se traslada, desde el más allá de la madre y el niño, hacia el registro simbólico. Este nuevo estatuto de la falta será vivido como una deuda simbólica, que como veremos a continuación, funciona distinto para niños y niñas.

La primera diferencia en cómo opera la castración es su posición de entrada o salida en el Complejo de Edipo. La niña entra a la escena edípica con una relación a la castración en la medida en que no lo tiene simbólicamente<sup>108</sup>; mientras que el niño sale, o puede salir, en tanto cae presa de la amenaza de castración. Podemos decir que cuando el niño vive la amenaza, la niña ya espera una compensación.

El padre puede privar en la medida en que lo tiene, pero que lo tenga, no significa necesariamente que lo haya tenido siempre, lo que lleva al niño a pensar que alguien le donó al padre el falo que hoy detenta. Con ello, se abre la posibilidad de que, siguiendo la transmisión, el falo le sea prometido al niño. Siguiendo a Lacan: “Sólo partiendo del hecho de que, en la experiencia edípica esencial, es privado del objeto por quien lo tiene y sabe que lo tiene, el niño puede concebir que ese mismo objeto simbólico le será dado algún día”<sup>109</sup>.

Tanto en el caso del niño como en el de la niña, el padre hace una promesa, que si bien es distinta para cada uno, para ambos significa depositar una cierta fe en la inscripción de la ley. Si ya transitamos del ser al tener el falo, este momento podría expresarse como: *no soy, no tengo, entonces qué hacer para tener*.

Para el niño, la promesa inconsciente es ‘algún día tú serás el padre’, ‘tu pequeño falo ahora no puede servir, pues si sirviera, tendría que cortártelo, pero servirá en algún momento’. Puesto que el niño que ya ha renunciado a tener el falo, puede

---

<sup>107</sup> Ibid. Pág. 229.

<sup>108</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, IX La función del velo*.

<sup>109</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XII Del complejo de Edipo*. Pág. 211.

identificarse al padre y acceder a la promesa de que algún día lo detentará, con el costo de renunciar a la madre como objeto de amor, y hacer más tarde la búsqueda en otros objetos, que sin embargo llevarán el sello del primer amor con la madre.

Para la niña, a nivel inconsciente la promesa es: ‘tu falo será tener un hijo’ [del padre]<sup>110</sup>. La niña, que ya tenía una relación a la falta enlazada al falo, ha de ver hacia qué lado dirigirse para conseguirlo. De modo que la elección de objeto consumada conlleva la renuncia al padre como objeto de amor y la búsqueda del falo en otros objetos. Para ello, se servirá de la identificación con la madre, en tanto la madre ya ha encontrado a quien dirigirse en la búsqueda.

En esta dialéctica tenemos ya lo que enunciamos anteriormente como regulación del deseo, que implica una identificación y una elección de objeto. En el niño, la identificación toma un cierto modelo de género a través de la imagen paterna, en tanto su elección de objeto seguirá la línea materna. En la niña el proceso sigue la misma lógica con distintas imágenes, lo cual será desarrollado en detalle más adelante.

Aunque el padre hace esta promesa y, en cierta medida, simbólicamente otorga una vía de búsqueda al objeto faltante que la dialéctica de la frustración con la madre no dio<sup>111</sup>, el sentido en que se llena la falta de objeto es diferente. La arcaica completud con la madre se perdió, lo que le queda al sujeto es el símbolo del amor materno, la utilización del registro simbólico en primera persona.

Este registro simbólico que hace la diferencia fundamental entre el ser humano y los demás animales, le otorga al sujeto una posición neurótica y una particularidad dentro de ella. Es decir, la resolución de la escena edípica, deriva en la conformación particular de una estructura clínica. Dentro de la neurosis<sup>112</sup>, el modo de resolución llevará a una estructura obsesiva o histérica.<sup>113</sup>

Ahora bien, estos tiempos lógicos que se estructuran como hemos dicho en oleadas sucesivas, si bien parecen ser ‘esperables’ en nuestra cultura, no son los únicos caminos de resolución. Por ejemplo, si llega a faltar la relación simbólica, la relación

---

<sup>110</sup> La calidad de hijo *del padre*, es fundamental para la salida femenina desde el psicoanálisis. Aún cuando la consideremos discutible. Nos referiremos a ello en nuestra discusión.

<sup>111</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, VIII Dora y la joven homosexual*.

<sup>112</sup> Además de la psicosis y la perversión, que no forman parte de este estudio.

<sup>113</sup> Desde Freud ya existía cierta ambigüedad respecto a si la fobia es una entidad clínica o un síntoma, ambigüedad que se mantiene en parte de la obra de Lacan. Sin embargo, en el seminario de 1968-9 plantea que la fobia no es una entidad clínica, sino más bien una suerte de empalme de la histeria y la neurosis obsesiva. Es una vía de acceso que lleva a la una o la otra y que tiene también posibles conexiones con la estructura perversa. (Evans, D., 1997) Si bien, esta discusión no es parte de esta investigación, se ha tomado esta consideración de Lacan al momento de establecer dos y no tres estructuras clínicas como formas de resolución de la conflictiva edípica.



imaginaria se convierte en regla. Puede ocurrir que: “Un accidente evolutivo o una incidencia histórica afecte a los vínculos de la relación madre-hijo con respecto al tercer objeto, el objeto fálico (...). Si hay discordancia, no hay vínculo o los vínculos se destruyen, faltará coherencia. Para reestablecerla, hay otras formas distintas que las simbólicas. Están las imaginarias, que son no típicas”<sup>114</sup>. También puede suceder que el padre real tenga inconvenientes para posicionarse, frente a lo cual hace su aparición la fobia como intento de regular la relación a la madre.

Si frente a los desafíos que impone el recorrido, se logra arribar a la tramitación de esta cuarta función, lo que tenemos es que gracias a la función paterna se regula el acceso al deseo del sujeto. Se ordena la relación imaginaria y queda supeditada a una función significativa que instalará a hombre y mujer en una dinámica subjetiva propia.

“La salida normal de esta situación es que el niño reciba simbólicamente el falo que necesita, pero para necesitarlo, previamente ha tenido que experimentar la amenaza de la instancia castradora, primordialmente la instancia paterna”<sup>115</sup>. Es decir, “(...) se introduce la castración en el desarrollo típico del sujeto, en el que se trata de su entrada en ese orden complejo que constituye la relación del hombre con la mujer. En efecto, la realización genital se halla en la especie humana sometida a cierto número de condiciones”<sup>116</sup>.

Luego de sortear estos desafíos, introduciéndose el sujeto en la regulación que estas condiciones implican, podemos recién ubicarlo ante la simbolización de una posición sexual. En general, en referencia a la salida que se realice del Complejo de Edipo, tendremos ahora un niño o una niña claramente distintos, lo que se observa con más o menos nitidez en nuestra cultura alrededor de los 6 ó 7 años, en que niños y niñas separan fuertemente sus intereses e identidades.

Pero el recorrido planteado, al concentrarnos en el arribo de la feminidad, es todavía muy general. Es por esta razón que a continuación nos detendremos en las particularidades de la salida del Complejo de Edipo en la mujer, para luego describir ciertas características de lo femenino que serían consecuentes con ella.

---

<sup>114</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, V Del análisis como bundling, y sus consecuencias*. Pág. 86.

<sup>115</sup> Ibid. Pág. 84.

<sup>116</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XIII Del complejo de castración*. Pág. 221.

## 2.- La Feminidad

Sabemos que no es posible generalizar respecto a las especificidades de la escena edípica y sus salidas, pues entre otras cosas, se verán matizadas por la neurosis (obsesiva o histérica) en que se sitúe la mujer. Aún con este alcance, a partir de la inauguración de la dialéctica del deseo en la niña, es posible marcar ciertas particularidades, especialmente por el factor de realidad que imprime la diferencia anatómica, sus elaboraciones psíquicas y las resonancias sociales que sobre ellas se imprimen. Estas condiciones ubican a la niña y luego, a la mujer, frente a desafíos psíquicos que parecen serle propios.

Intentaremos nuevamente releer con Lacan los postulados freudianos. Y en este sentido, cabe el análisis de la problemática de la relación al falo, constructo que si bien Freud articula, es Lacan quien lo retoma, otorgándole un lugar fundamental y propio en la constitución psíquica y en especial, dentro de la sexuación.

La relación al falo es problemática para Lacan cuando aborda el desarrollo femenino. Es esta relación al significante cultural del deseo la que marca la posición sexual de un sujeto y para Lacan está lejos de ser igualitario, de manera que el intercambio fálico que se apoya en la diferencia anatómica, permite distinguir la experiencia del niño y de la niña.

Para analizar los distintos aspectos de esta relación, que derivan en expresiones fenomenológico- clínicas de la feminidad, comenzaremos mostrando, al igual que con Freud, cuál es el estatuto psíquico de la diferencia anatómica.

### Lo Genital

Lacan sigue a Freud en lo fundamental del desarrollo psíquico; de este modo, la mujer significa su realidad anatómica como una falta, un no tener. Se distingue esta experiencia de la del hombre en tanto la mujer vive su sexualidad como un estar desprovista de algo, que tiene un carácter o está en una categoría deseable (es a lo que Freud alude con la ‘envidia del pene’). Es decir, la mujer integra primero la falta y luego sus propiedades sexuales, que deben advenir, ser conquistadas. Lacan da un salto al plantear que esto se debe a la relación que la mujer establece con el falo: “Si según él [Freud], a la mujer le cuesta mucho más que al chico hacer entrar la realidad de lo que ocurre del lado del útero o la vagina en una dialéctica del deseo que le resulte

satisfactoria, es en efecto porque ha de pasar por algo con lo que tiene una relación completamente distinta que el hombre, algo que le falta, es decir el falo”<sup>117</sup>.

Lo interesante es que Lacan se diferencia de Freud en el planteamiento de una sospecha, en el sentido de preguntarse por el lugar de significación psíquica de la realidad del cuerpo y del cuerpo de la mujer en particular. De esta manera, da un lugar psíquico importante aunque muy poco investigado, a la localización vaginal, puesto que plantea: “Que hay en la experiencia precoz de la niña pequeña algo correspondiente a la localización vaginal precoz, que hay emociones, incluso una masturbación vaginal precoz, es bastante indiscutible”<sup>118</sup>. Esto parte del razonamiento psicoanalítico clásico, aunque no por eso, mecánico, de que al existir desconocimiento de algo en la consciencia, puede darse un conocimiento en exceso investido en el inconsciente. Por tanto, si la libido está concentrada primitiva y exclusivamente en el clítoris, esto podría fácilmente estar dado luego de una oleada represiva, una suerte de rodeo.

Lo anterior, como discusión, más que por el aspecto genital en sí mismo, a nuestro parecer podría tener importancia en la medida en que puede ser constitutivo o pertenecer a la misma clase de enigma que se plantea para el goce en la mujer, y que desarrollaremos más adelante.

### **Complejo de Edipo y su salida**

Al enunciar la complejidad de la relación al falo en la mujer, no hacemos necesariamente referencia a una dificultad mayor en la entrada y salida de la escena edípica femenina. Esto es claro: en tanto la relación al falo en la mujer adquiere una complejidad bastante mayor, la llegada al padre en el Complejo de Edipo de la mujer es mucho más simple. Para Freud pudo verse difícil, dado que si se mira la meta del Edipo, entender la articulación preedípica es más complejo en la niña (en tanto muestra su relación al falo). Pero en la escena edípica de la mujer, se trata del deslizamiento de un falo que tiene situado en un imaginario más allá de la madre, de lo imaginario a lo real; movimiento que, como hemos ido describiendo, se da por el descubrimiento gradual de la insatisfacción de la madre en la relación a su hija. En este escenario real es en donde

---

<sup>117</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XI El falo y la madre insaciable*. Pág. 192 (Paréntesis nuestro).

<sup>118</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, VI La Primacía del falo y la joven homosexual*. Pág. 99.

aparece el padre, y es lógico que la niña se prende de él en su búsqueda falicizante. La respuesta paterna hacia la niña, está dada en la donación un niño<sup>119</sup>.

En este sentido, Lacan sigue a Freud: “la niña, cuando entra en el Edipo, se pone a desear un niño del padre como sustituto del falo faltante”<sup>120</sup>. Su búsqueda será el falo, donación que podrá hacerle el padre, en relación a la falta de órgano real que se ha simbolizado y se entiende como participación en un intercambio simbólico esencialmente androcéntrico. Por tanto, “la niña encuentra el pene real allí donde está, más allá, en aquel que puede darle un hijo, o sea, nos dice Freud, en el padre. Por no tenerlo como pertenencia, incluso por haber renunciado a él netamente en este terreno, podrá tenerlo como don del padre”.<sup>121</sup> Esta relación del niño al falo es la equivalencia simbólica a la que Freud se refiere, y que Lacan enfatiza. Como al buscarlo la niña renuncia a esta pertenencia (falo), que es del padre, la mujer se ubica en una dependencia con relación al hombre, de lo que le debe ser donado.

Esta es la salida edípica en la niña, de esta forma se instalará en la psiquis femenina la metáfora paterna, y el falo tomará su lugar como significante nudo de lo simbólico. Lo particular, es que ante la ausencia de una amenaza de pérdida, la niña no estará tan completamente jugada como el niño en la represión de su deseo de falo. Su búsqueda estará orientada a la participación en el intercambio simbólico y no, como el niño, al intento de salvaguardar algo preciado, para lo cual estará dispuesto a hacer sacrificios, como someterse a una regulación de su deseo, pensemos, bastante más estricta.

### **La relación al Falo**

Al preguntarnos por la relación al falo, estamos en la conceptualización lacaniana de la relación al sexo. Aún cuando ya Freud esbozaba la existencia del falo, y como ya hicimos notar, este falo toma una diferencia importante con el pene, no parece en Freud tener el estatuto de significante. Sin pretender entrar en polémicas respecto de la lectura de la obra freudiana, escuchemos qué nos dice Calligaris (1989) respecto a la manera en que Freud conceptualiza el falo, y cómo lo recoge Lacan: “(...) la decisión del sexo del sujeto –decisión que no es consecuencia inmediata del sexo anatómico-

<sup>119</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XII Del Complejo de Edipo*.

<sup>120</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, VI La Primacía del falo y la joven homosexual*. Pág. 100.

<sup>121</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, XII Del Complejo de Edipo*. Pág. 204-5.

dependerá de la posición en la que cada sujeto va a situarse en relación a un único significante que existe en la cultura como significante del sexo, y que ese único significante es el falo.”<sup>122</sup> Este mismo autor, más adelante enfatiza que se trata de una posición: “no es una cuestión fenomenológica, sino que se trata de una toma de posición [al falo]”<sup>123</sup>.

Este establecimiento posicional está, como hemos dicho, situado en la infancia. Es una inscripción que desborda lo biológico y lo psicológico, instaurándose como una marca esencialmente inconsciente, resultado de la inscripción en el discurso: “Esto es importante porque la distinción entre pene y lo que va a tomar el nombre de ‘falo’ es justamente la diferencia entre un plano biológico y un plano simbólico”<sup>124</sup>. Para ello se ha de haber estado puesto en referencia al Complejo de Castración, este complejo que no implica castración real, pero que sin embargo, refiere a la dirección del deseo, derivada de cada posición: “Esto refiere al registro del deseo en inscrito en una ley que coloca a ambos sexos en relación a la castración. Hombre y Mujer están castrados. La diferencia es la vía del deseo que toma en la niña una demanda de deseo hacia el padre en virtud de esta falta y que para el niño sería reasegurarse de que es su deseo y no su pene lo que la mujer quiere de él”<sup>125</sup>.

Por lo tanto, al estar el falo dentro de un registro simbólico, y respecto a esta función simbólica del falo, en la mujer vemos que ella participa en el intercambio fálico a título de ausencia, en el sentido de que no lo tiene, y su función es, entonces, encontrarlo y dar lo que no tiene. Pero en este intercambio tiene una participación simbólica real. Es real en el sentido que su participación es psíquicamente efectiva, tanto para ella como para el otro de la relación. La diferencia entre el niño y la niña, respecto a esta participación en el intercambio, refiere a la manera en que el don se establece. Mientras que para el niño es necesario que él haga don de lo que tiene, para la niña, es poner en juego lo que no tiene: “el sujeto femenino es siempre convocado, cuando el hombre lo encuentra, a inscribirse en una especie de reencuentro que le sitúa de entrada en una posición caracterizada por la ambigüedad entre las relaciones naturales y simbólicas”<sup>126</sup>.

---

<sup>122</sup> Calligaris, C. (1989). *La sexualidad femenina* (conferencia). Pág. 41.

<sup>123</sup> Ibid. Pág. 41 (paréntesis nuestro).

<sup>124</sup> Bustos, M. (1994). *Palabra de mujer*. Pág. 134.

<sup>125</sup> Ibid.

<sup>126</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, VI La primacía del falo y la joven homosexual*. Pág. 97.

La complejidad del posicionamiento de la mujer en relación al falo, radica en que el sujeto femenino está siempre marcado por una suerte de rehallazgo, dado que, para la niña, el fantasma del falo implica una búsqueda, una falicización. Al no estar ‘dotada’ de falo, debe encontrarlo. Es ésta su tarea en la resolución de la escena edípica, aún cuando no existe la urgencia que en el caso del varón, pues ella no está amenazada en esta resolución.

Esta participación de la mujer en el intercambio fálico permite la entrada de la mujer en el Complejo de Edipo, pues “Porque la niña no tiene este falo, es decir, también porque lo tiene en el plano simbólico, porque entra en la dialéctica simbólica de tener o de no tener el falo, así es como entra en esa relación ordenada y simbolizada que es la diferenciación de los sexos, relación interhumana asumida, disciplinada, tipificada, ordenada (...). Esto es lo que quiere decir Freud cuando escribe que la niña entra en el Complejo de Edipo por medio de lo que él llama la idea de la castración – precisamente ésta, que ella no tiene el falo, pero que no lo tiene simbólicamente, de modo que puede tenerlo – mientras que el niño, así es como sale”<sup>127</sup>. Lo que nos muestra que la mujer entra en la escena edípica a resolver su pregunta por dónde encontrarlo, y entonces debiera salir con una promesa de poseerlo; es decir, con una cierta regulación de su deseo, una suerte de en dónde sí y en dónde no. Regulación que es lo que conforma las reglas del Super yo.

Lo interesante, a nuestro juicio de estas afirmaciones, es que ciertamente la mujer y el hombre no se distinguen por un objeto en particular, vale decir, algo que sea posible de detentar u ostentar. En este sentido, la diferencia “no es diferencia entre hombre y mujer, sino entre hombre y mujer en virtud de algo tercero”<sup>128</sup>. Ambos sexos, ambos referidos al falo, y ambos castrados, en distintos niveles, se refieren a la relación respecto a lo que habrá de donarse de un modo distinto.

Ahora bien, el uso simbólico que la mujer hace del falo tiene sus especificidades. La cualidad de esta donación de lo que no tiene, adquiere una dimensión particular que se ha denominado ‘la mascarada’, haciendo referencia a una utilización del falo como vestimenta: “[Lacan] explica muy bien que una mujer para ser deseada por un hombre debe representar el falo, y llega a decir, a veces, que debe incluso serlo y encarnarlo, sin tenerlo, y conservando la huella de que no lo tiene”<sup>129</sup>. Es

<sup>127</sup> Lacan, J. (1956); *Seminario IV, IX La función del velo*. Pág. 155.

<sup>128</sup> Bustos, M. (1994). *Palabra de mujer*. Pág. 134.

<sup>129</sup> Lacôte, C. (1992). *A propósito de lo femenino*. Pág. 65 (paréntesis nuestro).

más, este mismo modo de uso, establece la diferencia entre la falta fantasmática, propia de la mujer, y la falta real; pues “para la feminidad, no tenerlo –el falo-, no está referido a lo que Freud llama ‘penisneid’ –la falta de pene-, no está referido a la falta de órgano en la realidad, que por lo demás puede ser caracterizada como teniendo valor simbólico fálico; sino que apunta al velamiento de la mascarada”<sup>130</sup>.

La falicización que hemos mencionado, como un paso que la mujer debe lograr en su referencia al complejo de Castración durante la escena edípica, es como sabemos, una conquista. El deseo femenino, instalado quizás desde antes, con la significación anatómica propia, es cuestionado por la diferencia anatómica y la posibilidad con ella establecida de tener una otra cosa. Esta es la pregunta que instala Lacan respecto al deseo femenino, pues si el falo se conquista, entonces puede haber una parte de la mujer que no se encuentre referida a él. Esto se ha conceptualizado como el No-Toda: “Si hombre y mujer están definidos según la posición que ocupen a este significante [falo], el ‘no toda’ establece que lo femenino ‘no es toda’ determinada por esta referencia fálica, en gran medida porque no hay amenaza que la ponga completamente en referencia al falo. En este sentido, la mujer impugna la ambición de totalidad, porque está ‘no toda ella’ sometida al juego de la castración. Así, su relación a la lógica fálica sería contingente y no necesaria”<sup>131</sup>. La mujer puede estar en un momento referida a lo fálico, de un modo contingente, aún cuando pudiera estar en relación a otra cosa, otro deseo.

Para ilustrar esto, Lacan propone su Esquema de la Sexuación, cuya lectura, referida a la posición inconsciente, reza, del lado masculino, ‘Existe un x que no está en la función fálica’, lo que se lee: ‘Existe al menos uno que escapa a la función fálica (o función de castración), y quien escapa es el padre’. Del lado femenino, el esquema reza: ‘no existe ningún x que escape a la función fálica’, es decir, nadie escapa a la castración, y por otro lado, en la parte inferior de la ecuación, ‘no todas están en la función fálica’, es decir, están no-todas castradas<sup>132</sup>.

Esta ecuación se deriva del hecho de que el niño vive la castración como una amenaza, dado que si bien posee el órgano representante de la masculinidad, en cualquier momento podría perderlo, en manos del agente padre, quien para hacerlo debe no estar castrado. La mujer, en cambio, es depositaria de una castración real

---

<sup>130</sup> Ibid.

<sup>131</sup> Bustos, M. (1994). *Palabra de Mujer*. Pág. 135.

<sup>132</sup> Lacan, S XX; en Thibaut, M. e Hidalgo, G. (1996). *Trayecto de Psicoanálisis de Freud a Lacan*. Pág. 92.

(psíquicamente efectiva), y sostiene por tanto, que no hay ningún sujeto que pueda escapar de esta castración, ni siquiera el padre. Por otro lado, sostendrá que habrá algo más allá de la función fálica, ya que no estará toda castrada.

En torno a esto, podemos instalar como pregunta / deducción, que el significante cultural del sexo es lo masculino. Falo refiere a hombre, aún cuando en lo simbólico se aleje de su connotación anatómica. Si es así, entonces este significante, tan crucial en el desarrollo psíquico humano, no puede dar cuenta de la mujer: “Si la referencia que articula el lenguaje es fálica, lo que hay del lado de la mujer es la ausencia de un significante mujer que permitiera el complemento posible entre los sexos”<sup>133</sup>. De este modo, una gran pregunta del psicoanálisis, es la pregunta por la mujer, instalándose la histeria nuevamente como un desafío.

### **El Goce Femenino**

Habría que comenzar por introducir que el goce es permitido, introducido y existente gracias a nuestra relación con lo simbólico. Es decir, “El goce sexual del ser humano está entretelado por el lenguaje. No se trata de relaciones entre seres, sino de relaciones entre seres hablantes (*parlêtre*)”<sup>134</sup>.

Siguiendo la definición de Evans (1997), entendemos el goce como un espacio permitido por el principio de placer, en el sentido de que es este principio el que pone el límite al goce. Podemos gozar hasta donde el principio del placer lo permita, lo que implica una inevitable rebelión. Quisiéramos gozar más allá del principio del placer, pero al momento de intentarlo, sufrimos. Por esto, el goce es paradójicamente también dolor. Esto se relaciona con lo que Freud llamara ‘ganancia primaria de la enfermedad’, en el sentido que es el goce del síntoma: el sufrimiento por la propia satisfacción.

Este límite al goce está dado por el paso por el Complejo de Castración. La entrada en lo simbólico en sí misma hace renunciar al goce: “La castración significa que el goce debe ser rechazado para poder alcanzarlo en la escala invertida de la ley del deseo”<sup>135</sup>. Esto genera la ilusión de ser algo alcanzable, y entonces, al estar referido a

---

<sup>133</sup> Bustos, M. (1994). *Palabra de mujer*. Pág. 135.

<sup>134</sup> Lacôte, C. (1992). *A propósito de lo femenino*. Pág. 64.

<sup>135</sup> Lacan, J., E, 324; en Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Pág. 103.



una prohibición con su correspondiente deseo de transgredirla, el goce es en sí mismo, esencialmente transgresor.

El concepto de goce en Lacan se asemeja al de ‘libido’ en Freud, en el sentido que es algo así como una ‘sustancia corporal’, y además, el goce, como la libido, es esencialmente fálico. Sin embargo, la hipótesis lacaniana es que existe un goce particular y propio de lo femenino; es el ‘gocce suplementario’, el ‘gocce otro’, o un ‘gocce del Otro’, que estaría más allá del falo. Su característica es de ser innombrable, pues si bien las mujeres lo experimentan, no pueden decir nada de él. Lo que es comprensible desde el hecho de que el falo es el significante de la diferencia sexual: ¿cómo hablar de algo sexual fuera de su registro?

De la ecuación de la sexuación que Lacan articula en el seminario Aún (S XX), Calligaris<sup>136</sup> enuncia algunas consecuencias relevantes al goce femenino. En primera instancia, el hecho de que el sexo femenino sea un sexo deprivado, habla de una privación real, que difiere diametralmente con la posición masculina, en tanto ésta se establece como una deuda simbólica, situando la operación psíquica del hombre en un plano puramente simbólico, fuera del cuerpo. La mujer, por otra parte, sitúa la operación psíquica en su cuerpo, con lo cual el cuerpo femenino está mucho más erotizado que el masculino. Esto tendrá consecuencias: “de lo que sería una diferencia entre el goce masculino y el femenino, y vamos a poder entender lo que Lacan quiere decir con que el goce masculino es un goce fuera del cuerpo. Se trata de algo paradójico, pues al mismo tiempo es un goce centrado en el órgano –pero no centrado o concentrado en el órgano como siendo un lugar del cuerpo- y también fuera del cuerpo. En tanto que, sensiblemente, el goce femenino es un goce que está en el cuerpo. Esto es algo que se pierde en la traducción del S XX Aún (‘Encore’), ya que Encore en francés es una homofonía de ‘en corps’, que significa ‘en el cuerpo’”<sup>137</sup>.

En este sentido, la relación al falo, simbólico y externo, se ve sensiblemente distinta al hombre. Lo que cruza la relación de la mujer al falo está referido a que ella lo usa y lo dona, valiéndose de la ‘mascarada’ fálica como vestimenta. Ahora bien, al hablar de un goce más allá de lo fálico, vislumbramos, con Lacôte (1992), que la mujer podría no estar *toda* jugada en esta mascarada; es decir, en algún momento, del cual al parecer no puede dar cuenta, puede salirse de la posición de falo, puesto que puede gozar siendo falo (portando su velo) o de otra forma, en el otro goce.

<sup>136</sup> Calligaris, C. (1990). *La sexualidad femenina* (conferencia).

<sup>137</sup> Ibid. Pág. 42.

Para este autor, los vínculos de la mujer a su velo, su mascarada “indican una relación a la represión originaria, la que, como sabemos, es problemática para una mujer”<sup>138</sup>, lo que da cuenta de las distintas cualidades de la represión, producto de la diferencia en la situación del Complejo de Castración respecto del hombre, y las consiguientes diferencias en las cualidades del super yo<sup>139</sup>. Esto tiene una estrecha relación con el hecho de que la mujer no requiera una represión tan despiadada y un sepultamiento tan tajante de su constelación edípica.

El otro goce de la mujer, se articula al Gran Otro de un modo mucho más directo que el goce fálico, por lo cual se lo ha llamado Goce del Otro. Esto lleva a que lo fálico no sea necesario ni suficiente, entonces Lacôte nos pregunta “¿Qué mujer aquí presente no ha estado desilusionada por los efectos de su mascarada? Y no (...) porque sería reducida a ser un objeto sexual intercambiable (...) la mujer saca provecho de esta solicitud eficaz del deseo masculino”<sup>140</sup>; el intercambio fálico de la mujer la hace gozar y participar de modo ‘provechoso’ de él. Sin embargo, ante la posibilidad de esta Otra cosa que aparece, la repetición fálica puede ser un tanto monótona. Por esto, la mujer, en su relación más inmediata hacia el Gran Otro, puede llamar a la fantasía de la pareja a flexibilizarse, es decir, remover el automatismo de su fantasma, puramente fálico.

### **Expresiones de lo femenino**

Con todo lo que hemos descrito ¿qué relación podemos establecer hacia una serie de atribuciones que en la psicología se hacen respecto de la mujer?. Su dependencia, su vergüenza, el juego con sus velos, lo enigmático, ¿tienen asidero desde lo planteado por el psicoanálisis? Intentaremos caminar por el recorrido de estas características.

Para entrar al estudio de lo femenino se ha utilizado al hombre como modelo. Y cómo no, si el significante sexual es el falo. La entrada al Complejo de Edipo en el niño, luego de la caída del falo materno, implica y requiere que pueda vivenciar en sí mismo la posibilidad de estar en falta. El niño requiere lograr el descubrimiento de la insuficiencia de su propio falo, lo que le permitirá las primeras lesiones, presupuestos de

<sup>138</sup> Lacôte, C. (1992). *A propósito de lo femenino*. Pág. 65.

<sup>139</sup> Hacemos algunas referencias a la cualidad del Super yo femenino en nuestra discusión.

<sup>140</sup> Lacôte, C. (1992). *A propósito de lo femenino*. Pág. 66.

ciertos efectos ulteriores de la castración. Será esto lo que de alguna manera lo empujará a caer en la escena del Complejo de Edipo.

Ya vimos que esto ya está dado en la niña. Su resolución edípica apuntará, al igual que el niño, a regular su relación de objeto y su identificación, posicionándola dentro de una estructura. Ahora bien, más allá de esta estructura en la que se inscriba, es posible advertir que la feminidad se construye a partir de una vivencia de falta, de carencia fundamental, que en algún sentido es el penisneid, entendido como un fantasma y no como la falta de órgano en lo real. Además, si luego de la salida del Edipo su objeto de identificación es la madre, tenemos que se identifica a un sujeto igualmente privado de falo. Entonces, si el sujeto no tiene algo ¿Qué empuja a su padre, un hombre, que lo tiene, a desear a la madre?. Parece ser que esta misma condición, el no tener, tiene algo de lo que la hace ser deseada y amada por el padre. Hay algo, en esta posición de privación, que se erige como objeto de deseo para otro (el padre), de manera que la niña, a modo de semejanza con la madre, intentará adivinar en sí misma este algo deseado, que podría llevarle a abrir la posibilidad de ese 'goce otro', en palabras de Lacan, del que ella misma no sabe.

La falta se inscribirá, por un lado, como carencia e intento de resarcimiento, en múltiples objetos, ¿ortopedias? de su falta. Pero, por otro lado, mostrará una veta a descubrir, una sospecha secreta y femenina que no sólo alude a la posibilidad del llamado goce otro, sino también, a que esa falta, ese agujero, es en sí mismo paradójicamente deseable.

En su deseo de resarcir la falta fálica, la mujer queda en una relación de dependencia en cuanto a su elección de objeto: ella deseará al hombre que la desee como su padre deseó a su madre y buscará, de un modo narcisista, que su deseo sea saciado en ser amada. Desde otro punto de vista, podemos pensar que deseará a quien pueda ocupar la posición de donante del falo que a ella le falta, amando a los hombres en tanto donadores de objetos. He aquí dos aspectos propios (o más acentuadamente) femeninos. Por una parte, el narcisismo, propiedad derivada de la significación que adquiere la falta en su vertiente identificatoria. Por otra, la dependencia en su objeto de deseo, el otro debe donar algo, cumplir la promesa inconsciente de un padre mítico.

Relación que habrá de situar a la mujer en una constitutiva fijación del padre como portador del pene real, pues el Complejo de Edipo es esencialmente andro o patrocéntrico. Esto permite pensar, como otra característica femenina, que la integración

a la posición heterosexual es más simple en la mujer<sup>141</sup>. Lo que otorga elementos para pensar en la menor incidencia de una homosexualidad femenina que masculina; al menos en lo manifiesto.

La propiedad de la vergüenza, y en su vertiente extrema, la humillación, se ha relacionado con una característica femenina (ver: Lacôte, Calligaris). O al menos, como una posibilidad de vivirla en la mujer, de un modo más frecuente, menos invalidante, o que es posible de ser mostrado. Esto también se lo ha relacionado con el masoquismo, en tanto el sadismo suele ser puesto en el lado masculino, tanto como la polaridad activo- pasivo. ¿Qué puede decir el psicoanálisis de estos aspectos?

Para Lacôte (1992) la humillación y la vergüenza no sólo son frecuentes y fáciles de asociar en la mujer, sino además, refieren a un punto constitutivo del psiquismo femenino: “jamás he encontrado en los análisis de mujeres, que no haya en un momento determinado, un punto muy difícil de sobrepasar; la aparición de la humillación (...) podemos interrogarnos sobre el aspecto siempre feminizante de la humillación (...) ‘Estoy confusa’, ‘Tengo vergüenza’, no se refiere únicamente a la culpabilidad (...) ¿Qué niña no ha sentido una gran humillación porque se burlan de sus primeros momentos de coquetería y de mascarada, cuando no tiene senos, ni nalgas, ni todo eso que la madre tiene? ¿Cuál es esa mirada humillante de otro, cualquiera sea, que le muestra que eso que ella intenta hacer con sus velos, no sirve para nada?”.

Siguiendo esta constatación clínica, la propuesta es ligar el modo de uso fálico que es propiamente femenino, con sus fracasos o denuncias externas. Si la falicización femenina es una conquista, su paso está siempre instalado en un lugar en que puede ser cuestionado, ridiculizado, ironizado. A esta ironía y este ridículo, que revelan un espacio de la búsqueda de la niña, se relacionan los sentimientos de vergüenza tan propios de la mujer.

De este modo, cuando la niñita tiene un deseo fálico (quizás propio de la fase fálica), y es expresado como mascarada, puede ser que alguien lo tape con una pulsión parcial, por ejemplo con alguna satisfacción oral u otra satisfacción parcial. Esto sería “desarrumar los goces parciales de sus enganches fálicos”, arrumaje que es de gran fragilidad para la mujer y es esencial para la pregunta por la feminidad: “pienso en las niñitas que no tuvieron sobre sí la mirada de su padre, o bien, una mirada materna que les indicara la promesa hacia un goce con un hombre-, le corta la posibilidad de erotizar

---

<sup>141</sup> Lacan, J. (1956). *Seminario IV, XII Del Complejo de Edipo*.

fálidamente el goce parcial, y comprendemos en ese momento que pueda engendrar la más grande confusión, el más grande derrumbe pulsional, alcanzando inclusive un derrumbamiento especular (...) remite a una cierta ruptura del pacto simbólico, que es por otra parte el resorte de toda humillación”<sup>142</sup>.

Este uso de la mascarada refiere a un juego corporal, esencialmente, y como Calligaris plantea, esto se debe a la relevancia que en la castración adquiere el cuerpo femenino: “la operación que la hace mujer es una operación que pasa por su cuerpo”<sup>143</sup>. Hemos enunciado que esto tiene fundamentales consecuencias en la cualidad del goce femenino, entendiendo el goce en términos amplios, no sólo como el goce sexual. Lo importante es que esto tendrá consecuencias en la existencia de un fantasma propiamente femenino. Fantasma relacionado estrechamente con el masoquismo. El fantasma de ‘Pegan a un niño’, para Calligaris, es propiamente femenino, y revela un aspecto de deseo incestuoso con el padre, lo que lo instala en la escena edípica. Ahora bien, ¿por qué un golpe del padre y no una caricia, o un acto sexual?. El masoquismo femenino se relaciona con esto; si bien existe su correspondiente masculino, está situado en un lugar bien distinto. Entonces, la propuesta de Calligaris es que “la subjetivación propia a la mujer es algo que erotiza una operación violenta en su cuerpo”<sup>144</sup>.

Esta operación violenta en el cuerpo femenino, para Calligaris estaría en estrecha relación con la vergüenza. Este autor, sigue a Helen Deutsch<sup>145</sup>, quien plantea la existencia en el inconsciente femenino de dos imágenes del padre, conceptualizadas como el ‘padre del día’ y el ‘padre de la noche’, siendo el primero quien reconoce como mujer e hija, el que hace sujeto simbólicamente, y el segundo, el que hizo sujeto golpeando, cortando en su cuerpo. La vergüenza surge de situaciones en que se debe tomar la palabra; pero tomar la palabra es siempre referirse a lo simbólico, en última instancia, al nombre del padre, como referente. Es difícil entonces tomar la palabra sin nunca saber si al llamado aparecerá el primer o el segundo padre. Y es lógico que sea al padre (el segundo) a quien se acuse de seducción / violación, tan clásico en la histeria.

Alizalde (1991), por su parte, hace notar que ya Freud, en 1924, pone el masoquismo como una expresión de la esencia femenina: “Freud ubica evolutivamente el masoquismo femenino como una ramificación de la organización sexual definitiva de la cual se derivan las situaciones características de la feminidad: ser castrado, ser

<sup>142</sup> Lacôte, C. (1992). *A propósito de lo femenino*. Pág. 68

<sup>143</sup> Calligaris, C. (1990). *La sexualidad femenina* (conferencia). Pág. 42

<sup>144</sup> Ibid. Pág. 43 (subr. nuestro).

<sup>145</sup> Ibid. Se refiere al libro “Psicología de la Mujer”, de la autora Helen Deutsch.

poseído sexualmente y parir. Lo que Freud así enuncia es casi un masoquismo biológico”. Situándose de un modo crítico a esta concepción naturalista del masoquismo, aunque sin negarle la participación en la vida psíquica femenina, aún más, reconociéndole un lugar relevante, esta autora intenta articular lo propio del masoquismo en la mujer: “La idea de masoquismo femenino que propongo lo libera de la connotación de prejuicio acerca del padecimiento de la mujer y le otorga un lugar importante en el concierto de las pulsiones y en la vida erótica humana.”

De esta manera, lo que es articulado es la idea del goce otro, el goce en exceso, o el goce suplementario al masoquismo, de modo que “Goce femenino y masoquismo femenino encuentran un área de intersección”, los estereotipos dan cuenta de ello: “el dolor en femenino se expresa a través de tres estereotipos: la madre, la amante, la muerte.” La vertiente masoquista en la mujer, estaría encarnando un aspecto imaginario, una expresión, un dolor derivado de la necesidad de simbolizar la castración; un “sostén a la simbolización de la castración”<sup>146</sup>.

Con el masoquismo como expresión, damos término al recorrido que hemos someramente intentado por ciertos aspectos que algunos autores han planteado y han sido coincidentes. La dependencia, la carencia, la vergüenza, el masoquismo. En todos ellos puede ser articulada la presencia de esto que Lacan llamara el Otro goce. Ahora bien, ¿Puede pensarse una mujer movilizada sólo por una búsqueda del goce otro? La pregunta queda planteada, pero siendo una búsqueda femenina el falo, podemos pensar que la dependencia de la mujer en relación a otro que done lo que a ella le falta, podría ser a modo general, constitutiva de la feminidad. De esta forma, la hipótesis es que la búsqueda se inicia en la madre, luego es transferida al padre, que prontamente se instala en la pareja y, aventurémonos a decir, es posible de situar en el hijo. Transfiriendo sobre distintos objetos aquello que en el inconsciente se mantiene como una falta que puede ser resarcida.

Para revisar lo que hay de cierto o de errado en esta afirmación, revisaremos en nuestra discusión, qué sucede en torno a estos vínculos que presentan la facultad de instalarse como paradigmáticos y fundamentales en el análisis de lo femenino.

---

<sup>146</sup> Alizalde, A. (1991). *El masoquismo femenino: erotismo y condición humana*. Págs. 33 –38.

### III La Histeria

#### **1.- La Histeria desde Freud**

Continuando con el objetivo de discutir la contraposición entre la histeria y lo femenino, intentaremos ahora seguir el desarrollo la histeria como respuesta subjetiva al desenlace edípico. Primeramente, abordando la aproximación de Freud en tanto ‘enfermedad’, hacia lo que, en una segunda parte, Lacan sitúa como una estructura.

La histeria, ya desde Freud, ha sido tomada como paradigma de las neurosis, siendo a través de ella que surgen los principales postulados del psicoanálisis. El recorrido hasta hoy nos muestra que la investigación en este plano, resituó el lugar del síntoma, e inauguró el lugar del inconciente y del discurso en el estudio del psiquismo.

El estudio de la histeria comienza y se desarrolla especialmente con pacientes mujeres, y es esto lo que motiva que la gran mayoría de los siguientes párrafos estén referidos a ‘la histérica’, ‘la enferma’, etc., tendencia que se ha mantenido así al menos desde Freud, y en adelante. Es importante destacar que parece haber una predominancia de esta neurosis en mujeres, o al menos culturalmente es lo que se reconoce, sin ser de ningún modo excluyente de la existencia de la histeria masculina<sup>147</sup>, tal vez más escondida para salvar el “honor” del histérico. Ahora bien, sin pretender desconocer la existencia de la histeria en el sexo masculino, hemos seguido la referencia a la histérica, dado que nuestra pregunta está articulada en torno a la mujer, y entonces es en todo apropiada a nuestra exposición.

Freud se interesa en la histeria a partir de su observación de los síntomas, que en su época eran dignos de espectáculo, y de hecho así eran vividos por el gremio médico. Mujeres con ataques que semejaban la epilepsia, extremidades paralizadas, etc., sin un correlato físico que lo explicara. Su innovación es la escucha de estas pacientes, que habían sido rechazadas por la medicina y menospreciadas en sus sufrientes quejas.

De la escucha de varios años, Freud irá haciendo diferencias de nivel en el discurso de ellas. Lo primero que advierte, al nivel del contenido del discurso, es la existencia de hechos que en la vida pasada de las pacientes habían tenido una carga penosa, que se habían constituido como traumáticos. Freud observa que este hecho

---

<sup>147</sup> “Histeria masculina” es un concepto discutido. Para algunos autores es una contradicción hablar de ella, desde el punto de vista lacaniano, en que lo que comanda el diagnóstico de histeria es la operación estructural, más allá de la expresión fenomenológico-clínica de ella, que es en donde se ubica la diferencia masculino / femenino.

pasado le resulta a la enferma difícil de comentar, y prefiere ‘olvidarlo’; o bien, de hecho no lo recuerda. Para tomar conocimiento de estas vivencias traumáticas, Freud utiliza primero la hipnosis, con el fin de que sus pacientes puedan llegar al recuerdo del trauma y el cese de los síntomas por él ocasionados.

De este modo, Freud irá más allá del contenido del discurso, intentando una explicación etiológica, al plantear que el hecho ocasionador traumático será la causa del fenómeno patológico. Su explicación es que el síntoma es una especie de alucinación o actuación del hecho traumático, expresado de otro modo, generalmente en el cuerpo, es decir, esencialmente desplazado a través del proceso de ‘conversión’. La conversión es, entonces, un síntoma que sitúa en el cuerpo un conflicto psíquico. Debido a la frecuencia con que la conversión se presenta en la histeria de la época, en este momento, Freud se refiere a las ‘Histerias de Conversión’.

Primero advierte que el trauma se inscribe temporalmente en la pubertad, pero más tarde, al profundizar en la historia de sus pacientes, precisa que data de la infancia. El nexo entre esta escena y el afecto que en la actualidad acompaña al síntoma, se realiza por nexos asociativos de pensamiento. Ahora bien, en algunos casos puede suceder que no exista un solo suceso ocasionador, pudiendo haber varios de ellos, “traumas parciales”, que se asocian para dar lugar al fenómeno patológico. Esto lleva a Freud a plantear que la disposición del trauma no es de ningún modo lineal, sino que se va estructurando de manera de formar una intrincada trama.

La consecuencia técnica de esta primera hipótesis será: se debe escuchar a las pacientes, ayudarles a recordar, que ellas puedan revivir el afecto, y a través de la palabra, abreaccionarlo<sup>148</sup>. Esto es muy importante, pues Freud apuesta a que la palabra, primero en hipnosis y más tarde en vigilia, podrá permitir un decurso a la carga de energía que queda atrapada producto de una disociación entre una representación penosa, traumática, y el afecto ligado a ella.

Escuchar la palabra implica una posición respecto a la cura que se aleja de otras apuestas psicoterapéuticas, pues Freud pudo haber indicado ciertas “tareas” a sus pacientes, por ejemplo: que hicieran ejercicio, que buscaran una pareja sexual, que tomaran tranquilizantes, etc., lo cual no hubiera sido nada extraño, quizás, para los médicos de la época, e incluso para los actuales. Pero él se inclinó por la escucha,

---

<sup>148</sup> Abreacción: “Aparición en el campo de la conciencia de un afecto hasta entonces reprimido (...) Cuando el afecto y la verbalización del recuerdo irrumpen al mismo tiempo en la conciencia, se produce la abreacción, que se manifiesta con gestos y palabras que hacen explícitos estos afectos”. (Chemama, R. (1995). *Diccionario del psicoanálisis*. Pág. 1).



instalando un nuevo método, que lo inicia en el camino hacia una nueva concepción del aparato psíquico. Esta posición se sustenta en la prioridad de buscar una solución al cuadro histérico; no única y contingentemente al síntoma.

A través de este nuevo método, la palabra se instala como sustituto de la acción, y entonces por medio de ella puede lograrse una resignificación de la vivencia traumática, dándole un lugar al afecto, e instalando nuevamente la representación reprimida en las cadenas asociativas de la enferma, incluyéndose de un modo aceptable para su consciencia.

Pero quedaba una pregunta sin responder ¿Por qué las enfermas no habían podido dar un curso normal a este afecto penoso en su momento, dejándolo atrapado en su recuerdo?. Esta pregunta generó varias hipótesis: pudo ser que la naturaleza misma del trauma o las condiciones sociales excluyeran la posibilidad de reacción adecuada; que la enferma quisiera olvidar ‘a propósito’ un evento; o tal vez, que la enferma hubiese permanecido en un estado psíquico particular que le impidió la reacción.

Hipótesis que muestran un intento de ir más allá del contenido particular del evento, y dan al dinamismo psíquico un lugar de causalidad en la expresión sintomática, mostrando también que el interés de Freud no estaba puesto solamente en los resultados eficientes de su método; quería además investigar la causa, el origen del síntoma. De este modo, se aleja del plano puramente terapéutico, médico, para situarse ya en la pregunta por la dinámica psíquica.

Lo que se puede ver hasta aquí como causa de la histeria es la existencia de un trauma psíquico que es expulsado de los recuerdos conscientes y que se sitúa en algún otro lugar que podía tener relación con el lugar que aparece en los estados hipnoides y de alteración de la consciencia. Este es, en esencia y resumidamente, el postulado que Freud y Breuer articulan en la primera aproximación explicativa de la histeria.

Sin embargo, esta explicación no satisfizo completamente a Freud; seguía operando en un nivel descriptivo de las causas; de modo que aún no podía explicarse qué causas internas motivaban la disposición a enfermar. Y esta pregunta intenta ser articulada más tarde, ya no en compañía de Breuer. En la investigación clínica, lo primero que intenta Freud es motivar el recuerdo consciente del trauma, pero a poco andar advierte que muchas veces y contra la voluntad del paciente, existe una fuerza psíquica que contraría la aparición en la consciencia del recuerdo. Pues de no ser así ¿por qué los pacientes enferman y no simplemente recuerdan?

Esta fuerza descubierta siempre tenía una naturaleza penosa, del orden del reproche, la vergüenza, el dolor. Fuerzas que motivaban a la paciente a querer olvidar, que se erigían como “*defensas*” del yo consciente de la enferma. A partir de este importante hito, vale decir, descubrir la defensa, Freud en un primer momento intenta vencerla por sugestión, poniendo su mano sobre la frente de las pacientes, de modo de conminarlas a hablar de lo olvidado. Pero a pesar de estos intentos, el escollo no fue salvado, pues las asociaciones se “contaminaban” de otras, censurándose lo fundamental. Y más importante aún, aunque se lograra hablar del suceso traumático, esto no llegaba a abordar las causas de la histeria, y por lo tanto, no podía impedirse la aparición de nuevos síntomas. A partir de esto, Freud comienza a advertir la existencia de una gran capacidad de mutación sintomática en la histeria, de modo que en ella se cobija una gran diversidad de patologías. Una de las más comunes, la conversión.

La Histeria de Defensa, como desde entonces se llamó, compartía lo básico de sus mecanismos con la neurosis obsesiva. Su material se organizaba básicamente de tres maneras: cronológicamente, en torno al núcleo patógeno y según el contenido. Mientras la paciente recorre en su discurso la periferia del contenido traumático, el analista debiera ir haciendo un recorrido radial, de modo de vencer la defensa. Ésta tendía a presentarse siempre que hay un contenido que no tiene mayor significación, o se llega a un estrato psíquico demasiado peligroso aún para penetrar. Pero cuando más se presenta es en el momento en que la enferma le significa tal esfuerzo de sufrimiento cierto contenido, que busca algo así como un subrogado de amor, instalando esta demanda sobre el médico, perturbando esta relación.

Esta situación asombra a Freud, pero se la explica del siguiente modo: “primero había aflorado en la conciencia de la enferma el contenido del deseo, pero sin los recuerdos de las circunstancias colaterales que podrían haberlo resituado en el pasado; y en virtud de la compulsión a asociar, dominante de la conciencia, el deseo ahora presente fue enlazado con mi persona, de quien era lícito que la enferma se ocupara; a raíz de esta *messalliance* despierta el mismo afecto que en su momento esforzó a la enferma a proscribir ese deseo prohibido”<sup>149</sup>. La relación entre el analista y su paciente es objeto de uso también de la defensa.

La defensa tendría por contenido las más de las veces una representación inconciliable de carácter sexual. La pregunta lógica y consecuente con lo anterior: qué sucede con el afecto ligado a esta representación y el camino que éste recorre, llevará a

Freud a diferenciar los distintos tipos de psiconeurosis. Su objetivo entonces es seguir el decurso del monto de afecto que se muda en ataques, conversiones, objetos fóbicos o ideas obsesivas, y restituirles el lugar que les corresponde en las cadenas asociativas de la enferma. Por otro lado, el contenido de la representación, vale decir, lo sexual y lo infantil, lo llevará a otras investigaciones, que abrirán más tarde la posibilidad de plantear la sexualidad infantil y la observación de las distintas etapas que culminarían en la formulación del Complejo de Edipo.

Es aquí donde se expresa la condensación de toda la escucha freudiana, al asociar a las neurosis una etiología sexual. Etiología que tendría el carácter de una causa específica, en tanto existiría una perturbación de la economía psíquica producto de una excitación sexual mayor a la que el sujeto puede tramitar, adquiriendo un carácter de trauma. Éste estaría fechado en la infancia, con un carácter sexual muy fácilmente asociable a vivencias de seducción o de abuso, psíquicamente efectivos más allá de su carácter real o fantaseado, y habría sido reprimido por su inconciliabilidad con la vida consciente de la enferma.

Mucho más adelante en su obra, Freud llegará a plantear que el trauma en sí mismo no es más que el paso por la escena edípica, producto del conflicto entre el principio del placer y el principio de realidad, que obliga a postergar las satisfacciones y a compartir los objetos, en primer lugar a la madre. Este planteamiento no es realizado a propósito de la histeria, pero sí gracias y a través de ella, en tanto otorga a Freud la entrada a lo inconsciente y la posibilidad de descubrir ciertos procesos fundamentales del psiquismo humano propio de nuestra cultura. El más importante de ellos, el tabú del incesto, cuyo agente sancionador es el padre. La sofocación de la libido hacia los padres, necesaria a partir de esta prohibición, deja huellas que llevan a plantear que el Complejo de Edipo, con su eje en la castración, ya sea como amenaza o como penisneid<sup>150</sup>, es factible que no sea nunca completamente superado, dado que a pesar de su sepultamiento y represión, éste se repite a lo largo de la historia de los sujetos de modo de vestir a otros actores con los mismos ropajes de los padres y el niño que el sujeto fue.

Freud deja la histeria. Aún cuando nunca abandonara el trabajo clínico, la deja al menos en cuanto a la investigación teórica, pues luego de sus ‘Estudios sobre la Histeria’ y el Caso Dora, en sus años tardíos la vemos olvidada y apareciendo como un

---

<sup>149</sup> Freud, S. (1893). *Estudios sobre la Histeria: IV Sobre la Psicoterapia de la Histeria*; II. Pág. 307

<sup>150</sup> Ver notas 47 y 79.

paradigmático fantasma en sus escritos. Parece ser que la histeria fue un desafío también para quien se dedicó pacientemente a escucharla y a desenredar su complejo conflicto. Estructura rebelde que todavía hoy se esconde bajo otros velos: innumerables padecimientos psicosomáticos, trastornos limítrofes de personalidad, patologías psiquiátricas.

Esta es, a grandes rasgos, la historia de amor entre Freud y la histeria. Mucho más se ha dicho y podría seguirse diciendo, pero la pregunta que nos hacemos ahora es ¿qué es la histeria para Freud?. Sabemos que la consideró un cuadro reconocible y bastante delimitable. Que lo diferenció claramente de las neurosis obsesivas y las neurosis de angustia. Sin embargo, y a nuestro juicio, lo más difícil de separar son las deducciones clínicas que Freud plantea para la histeria de las que plantea al abordar las neurosis en general. En un momento, por ejemplo, define la histeria no como una sexualidad desautorizada, sino como una perversión desautorizada<sup>151</sup>, y sabemos que esto, más tarde, lo generaliza a todas las neurosis. Por otra parte, para Freud existen las neurosis mixtas, lo que al parecer refiere a su expresión sintomática, confundiéndonos en cuanto al criterio diagnóstico por la propia y habitual capacidad, ya mencionada, de mutación sintomática de la histeria.

En este contexto, intentaremos rastrear en el pensamiento freudiano algunas definiciones que puedan caracterizar aspectos fundamentales de la histeria. En un primer momento, Freud las consideraba de este modo: “A modo de síntesis se puede decir: la histeria es una anomalía del sistema nervioso que descansa en una diversa distribución de las excitaciones, probablemente con formación de un excedente de estímulo dentro del órgano anímico. Su sintomatología muestra que este excedente de estímulo es distribuido por representaciones concientes o inconcientes. Todo cuanto varíe la distribución de las excitaciones dentro del sistema nervioso es capaz de curar perturbaciones histéricas; tales intervenciones son en parte de naturaleza física, en parte directamente psíquicas”<sup>152</sup>. Aquí ya se hace referencia a una carga de energía rebosante y excesiva, transformada por el sistema nervioso, y cuya fuerza se expresa en el síntoma.

Una vez develada la naturaleza sexual de la carga de energía, la definición que Freud propone de la histeria es la siguiente: “Yo llamaría ‘histérica’, sin vacilar, a toda persona, sea o no capaz de producir síntomas somáticos, en quien una ocasión de

<sup>151</sup> Freud, S. (1892 -99). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess: Manuscrito K; I.*

<sup>152</sup> Freud, S. (1888). *Histeria*. Pág. 62-3

excitación sexual provoca predominantemente o exclusivamente sentimientos de displacer”<sup>153</sup>. La histeria estaría entonces comandada por la vivencia subjetiva o bien, el sentimiento, que acompaña a ciertas situaciones que normalmente, habrían sido vividas como placenteras.

Pero además de las vivencias, Freud advirtió la presencia de una vida psíquica cargada de elementos de fantasía en las pacientes, las “fantasías histéricas”, que estarían relacionadas de modo estrecho no sólo con la causación de síntomas, sino además con una serie de conductas que pueden ser entendidas como una puesta en escena, una actuación, ligadas a un dramatismo y una teatralización que han sido características de la descripción de la histeria. Estas fantasías serían las que inducen a ciertos estados patológicos, más que la vivencia concreta de un suceso. Es así como a Freud le fue posible corregir su inicial teoría de la existencia real de un evento traumático, por la teoría de la causación psíquica de este trauma, cuya raíz estaría en una vivencia sexual infantil, a la cual se ha sobreerotizado. Por tanto, la causación psíquica de la histeria refiere a un punto de fijación en la infancia que ha sido catectizado excesivamente, y que no siempre es accesible a la consciencia.

De este modo la histeria, con la expresión de sus síntomas, muestra en ellos la realización de una fantasía que indica un cumplimiento de deseo; deseo que se corresponde al retorno de una modalidad de satisfacción infantil que fue reprimida, y que estuvo en concordancia con uno de los componentes de la vida sexual de la histérica. Por tanto, el síntoma o su expresión como puesta en escena, sirve a la satisfacción sexual, de modo que “nace como un compromiso entre dos mociones pulsionales o afectivas opuestas, una de las cuales se empeña en expresar una pulsión parcial o uno de los componentes de la constitución sexual, mientras que la otra se empeña en sofocarlos”<sup>154</sup>. Toda expresión histérica tendrá entonces, un significado sexual, aun cuando pueda asumir subrogados de mociones inconscientes no sexuales.

Ahora bien, también se añade a la sintomatología de la histeria el hecho de que sus manifestaciones puedan estar referidas a la existencia de dos fantasías que expresen dos corrientes pulsionales. O bien, estén referidas a una misma fantasía que porte en sí dos metas pulsionales, una de las cuales está dirigida al sexo masculino y otra al femenino. De este modo, se puede advertir cierta naturaleza bisexual en la histeria, ya que sus expresiones son tanto heterosexuales como homosexuales, lo que nos permitiría

---

<sup>153</sup> Freud, S. (1905). *Fragmento de análisis de un caso de histeria*; VII. Pág. 27

<sup>154</sup> Freud, S. (1908). *Las Fantasías Histéricas y su Relación con la Bisexualidad*; IX, Pág. 145.

suponer una cierta confusión de la histérica respecto a su elección de objeto y a la conjunta identificación, como resolución del Complejo de Edipo.

En estas tesis de Freud, se presupone la existencia de una fijación, más o menos evidente, en etapas preedípicas. Éstas, siendo a posteriori sobreinvertidas, comienzan a expresarse de un modo estereotipado en los síntomas, y en la actuación de fantasías, que pueden llegar a constituirse como ‘ataques’ histéricos. Estas actuaciones, cuando son realizadas en relación con un proceso analítico, es decir, cuando se actúan fuera del encuadre ciertas fantasías que no son posibles de analizar en el espacio terapéutico, serán catalogadas con el nombre de ‘acting out’, tan característico de cuadros histéricos.

Ahora bien, como la histeria tiene la capacidad de mudar fácilmente de síntoma, es posible que exista una problemática histérica (ya lo hemos dicho, dificultad de vivir la sexualidad de un modo placentero, fijación a etapas preedípicas), expresadas a través de formaciones reactivas de carácter obsesivo o fóbico.

Podemos deducir entonces que lo esencial en la histeria, más que una expresión sintomática, parece ser un cierto carácter de indefinición, que podrá hacerse notar a través de diversas expresiones que tendrán carácter de síntomas en tanto formaciones de compromiso. En palabras de Freud: “la histeria en general, reintroduce en la mujer un fragmento de quehacer sexual que existió en la infancia y al cual en esa época se le podía discernir un carácter masculino por excelencia. A menudo es posible observar que justamente muchachas que hasta la pubertad mostraron un ser y unas inclinaciones varoniles devienen histéricas desde la pubertad en adelante. En toda una serie de casos, la neurosis histérica no responde sino a un sesgo excesivo de aquella típica oleada represiva que hace nacer a la mujer por remoción de la sexualidad masculina”<sup>155</sup>.

Lo más importante para Freud parece ser que en la histeria existiría una dificultad mayor de definir cierta propiedad de la sexualidad, definirse como ‘ser’ sexual, lo cual sería a todas luces correspondiente con la dificultad de responder de un modo placentero a la excitación sexual; pues ¿cómo responder a algo frente a lo cual el mismo sujeto carece de posición y de definición?. La dificultad de situarse en un lugar de la relación sexual, impide a la persona histérica responder satisfactoriamente al llamado de la sexualidad. Por otra parte, es factible comprender la fijación al autoerotismo infantil de la histeria, en tanto expresa la vía privilegiada en posibilitar la satisfacción, prescindiendo de la necesaria exigencia de una ubicación sexual clara (aun

---

<sup>155</sup> Freud, S. (1909). *Apresiasiiones Generales sobre el Ataque Histérico*; IX, Pág. 211.

cuando actualmente la bisexualidad aparezca como una moda bastante favorecedora y útil para la histeria).

Parece ser que la mujer histérica, a pesar de su fuerte tendencia a lo que se ha dado en llamar ‘hipersexualización’, no conoce su feminidad de un modo, para Freud, acabado. Es decir, es tal vez una mujer ligada al llamado ‘Complejo de Masculinidad’, y con una fuerte reivindicación de su onanismo infantil clitorídeo, su sexualidad masculina.

## **2.- La Histeria desde Lacan**

Lacan se sitúa luego del recorrido de Freud, quien al realizar un intento constante de reestablecer a sus pacientes, especialmente histéricas, llega paulatinamente a un estudio en un principio inintencionado de la sexualidad infantil, con el consiguiente replanteamiento de la posibilidad de cura. Ahora bien, el mismo Freud se va encaminando a lo largo de su obra a postular que más allá del trauma o la seducción, lo que marca definitivamente a los sujetos humanos es el paso por el Edipo en tanto trauma de la sexuación, ya no considerando el trauma como un hecho particular acontecido que deba ser recordado, sino un paso regulador y traumático inevitable. Así, Freud se va acercando al concepto de estructura, al considerar que la neurosis no es una enfermedad sino una constitución.

De ahí la manera en que Lacan entiende la importancia que tiene el Complejo de Edipo en la constitución del sujeto humano, a la cual ya nos hemos referido. Por ello, ahora nos centraremos particularmente en cómo ha de transitar por él una mujer para llegar a constituir lo que llamamos una histérica, y a cómo Lacan entiende esta conformación como una respuesta estructural al desenlace edípico.

Al abordar la histeria la teoría permite que nos situemos sobre el terreno de las neurosis. Pero la manera de abordar las neurosis no es única; por ello, en este caso haremos una opción al abordar las neurosis y la histeria en particular como estructuras clínicas o, siguiendo a Lacan, como estructuras freudianas. De esta manera, entenderemos que el desenlace edípico imprimirá en el sujeto dentro de un período crítico un sello que lo deja del lado de las neurosis, lo que conlleva, como puntos de anclaje, una marca en relación con la falta y el deseo. Marca con la cual el sujeto habrá de vérselas por el resto de su vida.

Entenderemos entonces las neurosis como un “modo de defensa contra la castración por fijación a un escenario edípico”<sup>156</sup>; es decir, como la expresión de un conflicto psíquico cuyo eje se encuentra en la infancia, con el centro puesto en la problemática de la castración. Ahora bien, luego de establecer que las neurosis tienen una etiología sexual, Freud intenta distinguirlas según sus aspectos clínicos y sus mecanismos. En la histeria, como las otras neuropsicosis de defensa, interviene como mecanismo psíquico fundamental la represión. Lo que se reprime son las reivindicaciones libidinales edípicas, y el móvil de la represión será la angustia de castración.

En la obra de Lacan siempre las neurosis aparecen en oposición a psicosis y a perversión, y se cuestiona la manera de Freud de distinguir entre neurosis y normalidad, puesto que para Lacan la neurosis no se refiere a un conjunto de síntomas; sino, al igual que la psicosis y la perversión, a una estructura clínica. Desde aquí, no existe ninguna posición de ‘salud mental’ que pueda denominarse normal, dado que para Lacan la neurosis es una estructura de modificación imposible. En este sentido, la meta del tratamiento psicoanalítico no será ya la erradicación de la neurosis, sino la modificación de la posición del sujeto ante la neurosis.

El concepto de estructura recuerda constantemente que “lo que determina al sujeto no es alguna supuesta ‘esencia’, sino simplemente su posición con respecto a los otros sujetos y a los otros significantes”<sup>157</sup>. La estructura, lejos de ser una colección de tales o cuales síntomas, referirá a una categoría discreta; su nosografía es un sistema de clasificación categorial y no un sistema dimensional basado en un continuum. Cada estructura se distingue por una operación diferente: las neurosis, por la represión; la perversión, por la renegación; y la psicosis, por la forclusión. Esta operación se instala en un periodo crítico, los primeros años de vida de un sujeto, y queda fijada para siempre.

Dentro de la neurosis Lacan diferencia dos clases, la neurosis obsesiva y la histeria, que están determinadas por distintos puntos de anclaje de la estructura dentro del período crítico. Lo que aquí se instala es la especificidad de la estructura, que: “se caracteriza ante todo por un perfil predeterminado de la economía de su deseo [del sujeto], regida ésta por una trayectoria estereotipada”<sup>158</sup>, marcada por la historia con los

<sup>156</sup> Chemama, R. (1995). *Diccionario del psicoanálisis*. Pág. 279.

<sup>157</sup> Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Pág. 83.

<sup>158</sup> Dörr, J. (1991). *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Pág. 28 (paréntesis nuestro).



amores edípicos: “la memoria de los amores edípicos adquiere toda su importancia, puesto que es en estas vicisitudes donde se negocia para el sujeto su relación con el falo, es decir, su adhesión a la conjunción del deseo y la falta”<sup>159</sup>. Lo que muestra que los puntos de anclaje de la estructura están dados por su relación a la falta y el falo, que regirá la economía de su deseo.

Ahora bien, para Lacan la neurosis se estructura como una pregunta, distinguiendo la neurosis obsesiva y la histeria por el contenido de la pregunta a responder: “La neurosis es una pregunta que el ser le formula al sujeto”<sup>160</sup>. La pregunta del neurótico obsesivo es ‘¿Ser o no ser?’, mientras la del histérico será ‘¿soy un hombre o una mujer?’. De esta manera, para el obsesivo su cuestionamiento tiene que ver con la contingencia de la propia existencia, en tanto en la histeria, tendrá que ver con el propio sexo.

La pregunta por el propio sexo ubica en un sitio importante esta otra pregunta: la diferencia entre la histeria y la feminidad; en este sentido cabe destacar que aunque la histérica a la que hemos de abocarnos es una mujer, no es lo mismo la posición de lo femenino (o la mujer) y la histeria. La posición femenina, que con relación al objeto ocupa la posición de privada, ubicándose como castrada, sostiene que no hay ningún sujeto que escape a la castración, ni siquiera el padre<sup>161</sup>. En cambio, la **posición de la histérica frente a la castración**, se caracterizará por sostener que **no todas están castradas**.

En términos generales, las posiciones femeninas y masculinas se distinguen para este autor en la relación establecida respecto al falo. La mujer, para acceder a su feminidad, debe asumir su privación, simbolizándola como castración y entregarse a la promesa de obtener lo perdido, también simbólicamente.

Por su parte, Freud se refiere al advenimiento de la feminidad, considerando que hay una resolución edípica, entre las tres que expone, que sería la ‘privilegiada’ para la consecución de la feminidad. Recordemos que estas tres vías son: la renuncia a todo quehacer sexual posible, la no aceptación de la castración con el consiguiente establecimiento de un complejo de masculinidad y, la sustitución del pene que no se

---

<sup>159</sup> Ibid. Pág. 32.

<sup>160</sup> Lacan, J: *Escritos*. Pág. 168, en Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Pág. 137

<sup>161</sup> Remitirse al capítulo II: 2.- La Feminidad, ver la explicación del esquema de la sexuación. *Supra*. Pág. 47.

tiene por el hijo del padre, cuya negación en lo real llevará a ser posteriormente requerido a la pareja.

Intentando seguir el desarrollo freudiano, Lacan advierte que como en toda neurosis, en la histeria ha existido el paso por el Complejo de Edipo, que con sus excesos o carencias propias marca al sujeto. Las preguntas, en torno a la histeria serán entonces: ¿A cuál de los momentos edípicos correspondería la **fijación en la histeria**?, ¿Cuál es el escenario edípico que será estereotipado como repetición en la histeria?

Esta pregunta nos remite a la idea de **fantasma**, que ya Freud había esbozado y desde Lacan adquiere toda su importancia por su carácter esencialmente simbólico. Y es que el fantasma no es otra cosa que un “verdadero microtrauma local, centrado en torno a una región erógena del cuerpo y consistente en la ficción de una escena traumática”<sup>162</sup>, aún cuando no todo trauma es un fantasma, todo fantasma porta en sí un carácter traumático. Éste deriva del brote de una sexualidad excesiva en un lugar erógeno; una sexualidad que no es genital (por lo tanto, es autoerótica), que será automáticamente reprimida.

De esta forma, se sigue la idea freudiana de un excedente de estímulo, de una carga libidinal excesiva, puesto que “la sexualidad infantil nace siempre mal, pues es siempre exorbitante y extrema (...) es un foco inconsciente de sufrimiento, pues es siempre desmesurada en relación con los limitados recursos, físicos y psíquicos, del niño”<sup>163</sup>. Es esta sexualidad rebosante el asiento del deseo, deseo que sostiene una esperanza de realización de un goce ilimitado, infinito, que puede ser equiparado a la arcaica comunión con el objeto materno. Este deseo y la amenaza del goce es lo que invoca a los fantasmas, puesto que ellos se instalan como defensas protectoras: “Es tan intenso el surgimiento de este exceso de sexualidad llamado deseo, con la eventualidad de su cumplimiento, llamado goce, que, para atemperarse, necesita la creación inconsciente de fabulaciones, escenas y fantasmas protectores”<sup>164</sup>.

Desde esta teoría del fantasma, se establece como la principal causa de la histeria la actividad inconsciente de una representación sobreinvertida. El fantasma histérico, entonces, “se desarrolla en una breve secuencia escénica que comprende siempre los elementos siguientes: una acción principal, protagonista, y una zona

<sup>162</sup> Nasio, J. D. (1990). *El Dolor de la Histeria*. Pág. 40-1.

<sup>163</sup> Ibid. Pág. 41.

<sup>164</sup> Ibid. Pág. 42.

corporal excesivamente investida, fuente de angustia”<sup>165</sup>. En razón de esto, el psicoanálisis apuntará a buscar tras el síntoma no un trauma real y fechable, sino un traumatismo fantasmático angustioso.

Para encontrar esta escena en la histeria nos remontamos nuevamente a la dialéctica edípica. Ya la hemos descrito en detalle anteriormente, y sabemos que Lacan destaca tres tiempos lógicos, los cuales son entendidos como tres momentos del Edipo. Retomándolos, vimos que en el primero de ellos tenemos a un hijo puesto en el lugar de identificación al objeto de deseo de la madre, vale decir el falo. En el segundo, aparece el padre privando tanto a la madre como al hijo de este objeto de deseo. Cabe mencionar que esta privación es realizada, se conduce a través, del discurso materno. Aquí todavía estamos en la tríada madre-niño-falo, pues si bien el padre aparece, lo hace sólo a través del discurso materno y no tiene el carácter de padre real<sup>166</sup>. En el tercer tiempo, el falo aparece ubicado en el padre (quien lo amarra), él tiene el falo. Este momento culmina con la metáfora paterna en que se sustituye el significante fálico (que se reprime) por el significante del Nombre del Padre, el cual ha hecho su aparición en el segundo momento, adquiriendo su cualidad a cabalidad en el tercero.

A modo de síntesis seguimos a J. Dörr (1991) en su lectura de lo que implica el proceso del Complejo de Edipo y lo que logra en el sujeto. A partir del primer tiempo lógico, lo que se juega es: “*la dialéctica del ser y el tener*; esto es, el momento que conduce al sujeto de una posición donde está *identificado con el falo de la madre*, a otra posición donde, renunciando a dicha identificación, y por tanto aceptando la *castración simbólica*, tiende a identificarse o bien con el sujeto que *supuestamente no lo tiene* o, por el contrario, con aquel que *supuestamente lo tiene*. Como ya lo están sospechando, esta operación se efectúa en el curso del proceso de simbolización designado por Lacan como *metáfora del Nombre del padre*”<sup>167</sup>.

Entonces, situando como protagonista de esta escena a una mujer, el segundo momento es llevado a cabo con el logro del asentamiento de la privación tanto materna como de la hija. La marca en la asunción de una posición histérica, como estructura y estructurante, se instala en el tercer tiempo. En éste, la histérica está referida a una pareja parental que no logra satisfacerle la pregunta por el lugar del falo. Esto sucede debido a que el padre no consigue amarrar completamente el significante falo hacia sí,

---

<sup>165</sup> Ibid. Pág. 42-3.

<sup>166</sup> Es en este punto crítico donde vemos separarse los caminos de la neurosis y la psicosis.

<sup>167</sup> Dörr, J. (1991). *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Pág. 32 (subr. original).

de manera que para ella (la histérica) no queda claro que el padre posee el falo. De este modo, “lo que será representativo de la estructura histérica es el modo de asunción estereotipada de la apuesta constituida por esa problemática del tener”<sup>168</sup>. Como ya sabemos, el pasaje del ser al tener está determinado por la función paterna, requiriendo a un padre que interviene como frustrador y privador, un padre interdictor. Pues en la histeria tenemos a un padre si bien puede cumplir su función de agente de la castración, no logra de la misma manera ‘dar pruebas’ de su atribución fálica.

Es necesario quizás precisar que esto dista bastante de ser una fórmula mecánica. Está determinado por una conjunción de múltiples factores, entre los cuales no es menor señalar la relación entre los padres, y de los padres hacia la hija histérica. Así, un mismo padre, y una misma madre pueden relacionarse de modos bastante diferentes en distintos momentos de la historia personal y de pareja, pudiendo favorecer estructuras diversas en distintos hijos. La pareja parental de la histérica se caracterizará por una relación en que el padre no logra mostrar su atribución fálica sobre la madre, lo que estará determinado tanto por el interés del padre sobre la madre, como por la posibilidad materna de validar en el padre esta atribución.

De esta manera, lo que sucede es que el padre no puede situarse de manera estable como hombre, lo que consecuentemente lleva a que la madre no consiga completamente ser mujer a través de él. Este modo de relación necesariamente va a dejar el falo circulando *entre* la madre y el padre. Por esto, para la histérica, lo que está en cuestión es la sexuación de los padres; la paternidad, que en general es significada como prueba de la sexuación, en tanto ordena las partes de la relación sexual en una posición estable, no queda clara para la niña finalmente histérica. Esto no quiere decir que el significante Nombre del Padre no se establezca, sino que el significante fálico no es completamente llevado a un plano simbólico, que es lo que el padre, al amarrarlo, posibilita; esto dará al Nombre del Padre un tinte particular en que el falo se mantiene circulando prendado en parte a lo imaginario.

La consecuencia será que la histérica queda amarrada a preguntarse perpetuamente quién tiene el falo: “el histérico interroga e impugna sin descanso la atribución fálica, en una oscilación que va a desarrollarse sobre el fondo de una indeterminación entre dos opciones psíquicas: por un lado, el padre tiene el falo de derecho, y por esta razón la madre lo desea en él”<sup>169</sup>; por el otro, el padre lo tiene

---

<sup>168</sup> Ibid. Pág. 83.

<sup>169</sup> Ibid. Pág. 87

debido a que previamente ha privado de él a la madre: “es sobretodo esta última opción la que alimentará la puesta a prueba constante que el histérico mantiene alrededor de la atribución fálica”<sup>170</sup>. Hay por una parte, un deseo de que el padre amarre el falo, pero por otro una reivindicación del derecho materno a su posesión. Por esto, la estructura histérica es esencialmente reivindicadora de todo tipo de derechos.

La castración existe, pero no está claro, en la medida en que el padre no lo tiene totalmente, quién está castrado y quién no. Esto lleva a que imaginariamente la histérica se ubique entre una posición de ser ella la portadora del falo y una continua verificación de esta posesión en los otros. Su búsqueda fálica es reivindicatoria del tener; de ahí su discurso rebelde y opositor, esto le hace quedar como plantea Dörr, en una actitud de militancia del tener.

De este modo, la **relación de la histérica al falo** estará marcada por este proceso, que delimita una estereotipia fantasmática. Para niños y niñas, la histeria se instala a partir de un fantasma visual: la visión de la privación materna, la caída de la madre fálica. En la niña histérica se puede seguir a Freud en lo que plantea para la sexualidad femenina, vale decir, la niña desarrolla un sentimiento hostil hacia su madre, producto del penisneid materno, la atribución de la culpa a la madre por haberla privado de pene a ella misma, y la ya legendaria queja por el destete. A ello, es necesario hacer una aclaración: “En su fantasma, la niña no tiene idea del pene sino de un falo que le han robado, y tampoco tiene la idea de la vagina como cavidad positiva sino de la falta de un falo que hubiese debido estar ahí”<sup>171</sup>. Sin embargo, a esta constelación, Nasio (1990) agrega la importancia en la mujer de las sensaciones de su constitución genital: “con anterioridad al descubrimiento de la madre castrada, cuando la niña atribuye a todos los seres un falo universal, experimenta ya unas confusas sensaciones en el bajo vientre y en la vagina, con la misma mezcla de impresiones físicas, narcisismo y ensoñaciones que despierta el pene en el niño varón”<sup>172</sup>. Lo que nos deja cierta correspondencia con lo planteado frente a la salida no histérica de la feminidad, es decir, la posibilidad de una sexualidad no fálica en la mujer.

Al parecer, la mujer histérica, a pesar de vivenciar estas sensaciones físicas, no tiene acceso a significarlas o integrarlas. Puesto que el fantasma de la falta fálica queda en ella petrificado, la indeterminación de la posesión fálica lleva a que la realidad del

---

<sup>170</sup> Ibid.

<sup>171</sup> Nasio, J.D. (1990). *El dolor de la histeria*. Pág. 56

<sup>172</sup> Ibid. Pág. 57

útero o la vagina sea significada de dos maneras: “o bien es el útero como órgano interno que habrá que preservar y no exponer nunca; o bien es el útero asimilado al cuerpo del propio histérico, receptáculo que encierra dos cuerpos enlazados, los de un hombre y una mujer sin sexo”<sup>173</sup>. A ambas posibilidades, subyace una realidad de la relación de la histérica a su cuerpo: “el cuerpo entero, quiero decir, toda la tensión libidinal del cuerpo fantasmático, se concentra en un solo lugar que el vocabulario de la anatomía médica denominaría ‘región genital’, pero que, en el fantasma, se llama falo”<sup>174</sup>, una región genital que está contradictoria y dramáticamente sobreerotizada, pues “se trata de un fenómeno de falización del cuerpo no genital y, simultáneamente, de desafección del cuerpo genital. Así pues, el cuerpo del histérico sufre de ser un falo desmesurado y embarazoso en el que se abre, en el nivel de la región genital, un agujero”<sup>175</sup>.

Señalemos entonces que la histérica es un sujeto que no ha logrado una plena asunción a un lugar sexual, oscilando entre la posición femenina y la masculina. En la mujer histérica podemos hacer alusión a una feminista poco femenina. De ahí que la **pregunta de la histérica es qué es una mujer**, pregunta que articula su duda respecto a la relación sexual en general, derivada de la no asunción de la castración de un modo que permita la fijación del falo en el lado masculino. De aquí también aparece y adquiere sentido el debate teórico acerca de la histeria masculina: “el problema de la histeria reside precisamente en la imposibilidad de asumir psíquicamente un sexo definido. La expresión ‘histeria masculina’ es en sí misma una contradicción en los términos, pues el sustantivo *histeria* significa incertidumbre sexual (ni hombre ni mujer), mientras que el adjetivo *masculina*, en cambio, decide y elige allí donde la elección muestra ser imposible”<sup>176</sup>.

Puede colegirse sin mucha dificultad, derivado de esta duda respecto a la propia posición sexual, que **el objeto de deseo en la histeria** será buscado siempre en referencia a un otro. Su búsqueda se orientará a un objeto ideal no castrado, y su dinámica se ubicará entre tapar la falta en ella misma y tapar la falta del otro. Imaginariamente, vale decir, en la relación con el otro pequeño, la histérica pasará de un extremo a otro, en que el otro lo tendrá todo o no tendrá nada, lo que será también así respecto a la relación hacia sí misma. En función de esto, la histérica idealizará el objeto

---

<sup>173</sup> Ibid. Pág. 68

<sup>174</sup> Ibid. Pág. 60

<sup>175</sup> Ibid. Pág. 61

hasta que pueda sostenerlo en su sitio; pero apenas éste amenace con caer, se impondrá una despiadada devaluación que dejará al objeto en la línea de los castrados. En términos simbólicos, la histérica intenta fijar el significante fálico a un lugar, a la vez que se rebela a esta fijación. La referencia al otro toma la forma de una alienación del deseo, puesto que la histérica delega el saber de quién tiene o quién no tiene a aquel que ella piensa que lo tiene; en última instancia, quien lo tiene es el Otro, el que determinados otros podrán encarnar.

Por otro lado, la **identificación** llamada histérica sería consecuente con la misma necesidad de responder a la pregunta por el tener. Se relaciona con la alienación del deseo de la histérica en el deseo de otro, en tanto la histérica se identifica gustosamente a quien supuestamente conoce el enigma del deseo. Por esto, en general la identificación de la mujer histérica es otra mujer, pues aun cuando ella no tiene, ella sabe dónde buscarlo, pues desea. Cuando es ésta la dinámica a la base del modelo, la mujer de identificación en general refiere a un cierto triángulo, ella desea a un otro, y es el objeto del deseo de esta mujer lo que hace a la histérica desearla como modelo.

Pero la mujer que sirve de modelo puede no estar referida a un hombre, también puede ser un modelo quien no lo tiene, y por eso se ocupa de reivindicarlo, lo que Dörr (1991) llama la ‘identificación militante’ o ‘identificación de solidaridad’. Ésta es quizás es la forma más frecuente dentro de estructuras matriarcales o en el feminismo.

Es posible aún otra posibilidad de identificación para la histérica, con aquella mujer que no teniéndolo, no se preocupa de reivindicarlo, pues parece no estar dentro del ámbito de su deseo. Es tal vez a este tipo de identificación al cual se refiere Israel (1979) cuando nos dice: “Se encuentra muy generalizado el deseo de identificación con mujeres que hayan tenido éxito en su papel de mujer. El afán de perfección, al haberse frustrado la posibilidad de colmar el *penisneid*. Se trata de convertirse en la mujer ideal, la mujer representativa de todas las mujeres, *la MUJER*”<sup>177</sup>; es decir, una mujer tan completa y fálica quizás, que la privación no llega a mermar su potencia adquirida simbólicamente, y mantenida a toda costa.

La importancia psíquica de la identificación histérica ha llevado a algunas confusiones, puesto que hablar de identificación, hablamos de una imagen a la cual la histérica se prenda. Es necesario hacer el alcance que esto no nos deja en el terreno de la homosexualidad, que daría cuenta de una elección de objeto homosexual. Lo que hace

---

<sup>176</sup> Ibid. Pág. 69

la histérica más bien, es un rodeo, un paso por la mujer para llegar al objeto heterosexual. Al respecto Israel (1979) nos dice: “(...) el tema de la ‘homosexualidad’ histérica, es necesario señalar que no se trata, en ningún modo, de una especie de pulsión apremiante (...). Si la histérica recurre a las mujeres es porque tiene un problema que plantearles, y porque no encuentra su solución. Acercarse a una mujer como a un modelo ideal no implica necesariamente un deseo concreto hacia esta mujer, sino más bien la esperanza de llegar a vivir o ser como ella”<sup>178</sup>.

Ahora bien, siguiendo a este mismo autor: “esta identificación nunca es más que un artificio neurótico (...) no hace más que redoblar la economía neuróticamente insatisfecha del deseo”<sup>179</sup>, dado que el paso que debiera darse, según Lacan (y también según Freud), es la aceptación de la no posesión del falo. Sin embargo, la identificación histérica, lejos de estar en condiciones de asumir esta no posesión, y por falta de esta misma, suele identificarse al *ser*, paradójicamente, dado que la dimensión del ser es un estadio edípico previo. De esta forma, el histérico conserva una queja reivindicatoria amorosa referida a la madre, reclamando no haber recibido los testimonios de amor esperados de ella. Se vive como un objeto desvalorizado e incompleto en relación con el objeto que podía haber sido, o la posición en la que podría haberse quedado, de objeto completo e ideal, el falo.

Pero, ¿Qué busca la histeria en su objeto de identificación?, todo parece indicar, nos dice Nasio (1990), que busca un objeto de identificación que es una imagen del otro considerado exclusivamente como ser sexuado, vale decir, se identifica con su cualidad fálica. Esto puede manifestarse de diversas maneras, puesto que la histérica puede tomar del otro su región genital como lugar imaginario, “fuertemente investido por los pacientes histéricos en menoscabo del resto de la imagen de la persona”<sup>180</sup>. O puede presentarse la posibilidad inversa, identificarse con todo el conjunto de la persona, pero desprovista de su región genital, “como si, a la altura de los genitales, la imagen se hallase opacada por una mancha blanca”<sup>181</sup>. Una tercera posibilidad es abordar el objeto de identificación a través de una variante un tanto inadmisibles al mencionarla, pero con un alcance clínico importante: “el yo histérico se identifica no sólo con la imagen local

---

<sup>177</sup> Israel, L. (1979). *La histeria, el sexo y el médico*. Pág. 79 (Subr. original)

<sup>178</sup> Ibid. Pág. 78

<sup>179</sup> Dörr, J. (1991). *Estructuras clínicas y Psicoanálisis*. Pág. 91

<sup>180</sup> Nasio, J.D. (1990). *El dolor de la histeria*. Pág. 131

<sup>181</sup> Ibid. Pág. 132



del otro (...); sino también con la emoción del orgasmo”<sup>182</sup>. En el caso Dora, esto se encuentra fantasmático en el abrazo del hombre a la mujer, y en muchas histéricas, los desmayos no son más que una actuación de la efusión sexual de la pareja. Un orgasmo que conlleva necesariamente recordar que “es fundamentalmente insatisfacción de la pareja, pues en el fantasma del histérico el encuentro sexual es siempre un fracaso”<sup>183</sup>. Fracaso del cual el sujeto histérico puede intentar hacerse cargo al identificarse a un tercer personaje cuyo papel sea el de unir o separar a la pareja.

De este modo, la identificación en la histeria es un fenómeno complejo, pues al parecer es la estructura que presenta la máxima pluralidad de identificaciones posibles. Como Nasio (1990) nos dice: “a la pregunta más general sobre la naturaleza del objeto de la identificación histérica, habría que responder: el objeto de la identificación no es la mujer amada, ni el hombre amante, ni tampoco su común insatisfacción sexual, ni tampoco el tercer personaje excluido de la escena, sino todo esto junto y simultáneamente. En una palabra, el objeto central de la identificación histérica no es un objeto preciso sino el *lazo* que liga uno con otro a los miembros de la pareja fantasmática”<sup>184</sup>. Este lazo puede anudar fácilmente las fragmentarias y angustiosas vías de identificación de la histérica; y en su carácter de nudo puede ser expresado de modo natural y consecuente e incluso divinizado, en la maternidad, que podría ser considerada una quinta posible identificación, puesto que condensa el fruto de un amor inmaculado y desgenitalizado, al expresar el acoplamiento de una pareja sin sexo, sólo como fruto e instalado en el útero, fijando de modo circunstancial la dificultad de la mujer histérica de significar su vivencia genital.

Todo ello nos lleva a pensar que en una mujer habría en este devenir histérico una falla con relación al completo posicionamiento respecto de la feminidad; ella se cuestiona por la mujer y cuestiona una imposibilidad de nombrarla, como ya planteamos, producto de la inexistencia de un significante ‘mujer’ en la cultura. Ahora bien, siguiendo a Chemama (1995), nos preguntamos ¿Por qué no es histérica toda mujer?: “porque la histérica interpreta el consentimiento a la feminidad como un sacrificio, un don hecho a la voluntad del Otro al que así consagraría. Desde allí, se

---

<sup>182</sup> Ibid. Pág. 133-4

<sup>183</sup> Ibid. Pág. 134

<sup>184</sup> Ibid. Pág. 134-5

inscribe en un orden que prescribe tener que gustar y no desear”<sup>185</sup>, lo que suscita indignación y rebeldía.

La inexistencia del significante mujer lleva a que la pregunta de la histeria, para Lacan no sólo sea válida, sino central. El extremo de esta pregunta lleva a este autor a plantear la imposibilidad de relación sexual, dado que en ella se unirían dos posiciones que ubicarían en su centro el falo, que se reviste por la relación imaginaria y el enamoramiento. La relación sexual no existe más que como imaginaria, pues es en el ámbito imaginario en que tenemos a los dos sujetos que se intentan unir. Sin embargo, ni en lo simbólico ni en lo real estos sujetos logran en el acto sexual encontrar sostén de su identidad ni menos de su rol. El lazo entre hombre y mujer desfallece porque ambos son seres sexuados y hablantes.

Asimismo, la pregunta por qué es ser mujer sigue siendo un enigma para el psicoanálisis, y en este sentido la histeria sigue desafiando el saber analítico. Si para Freud era imposible responder qué es la mujer, para Lacan sólo es posible decir que no existe ‘La mujer’, no con el énfasis en mujer, sino en el ‘La’. Sin embargo, ya sabemos que existiría una diferencia en cuanto al goce (que probablemente al ser una vivencia imaginaria, no hace mayor diferencia estructural). La posibilidad de gozar con un “goce otro”, sigue tan enigmático en nuestros tiempos como lo fue para Freud, al dejar fuera de la feminidad un importante espacio de la mujer, pues él dice que se centra en la mujer en cuanto a su sexualidad, solamente. Lo que sugiere que un goce otro parece apuntar a otra cosa que el **goce histérico**.

En todo caso, a partir de lo que en este plano se ha planteado, el gozar como histérica apuntaría a una suerte de distancia: “la histeria inmoviliza en dicotomía, en separación, aquello que puede ser articulación. (...) en vez de articularlos, la histérica separa goce fálico y goce otro; se indigna por la limitación fantasmática de la relación masculina al objeto (...), la histérica es absolutamente cómplice de la indignación que sufre en relación a las limitaciones de la fantasía masculina, en la medida que a veces, en la histérica, la mascarada se detiene al nivel de la realidad del ‘penisneid’, de la reivindicación del objeto fálico positivado. En esto, la histérica es cómplice de la acentuación perversa –por ejemplo, fetichizada, de la fantasía masculina-, de la que se queja”<sup>186</sup>. Nos parece que Lacôte caracteriza ciertas importantes propiedades de la

<sup>185</sup> Chemama, R. (1995). *Diccionario del Psicoanálisis*. Pág. 205.

<sup>186</sup> Lacôte, C (1992). *A propósito de lo femenino*. Pág. 66.

diferencia entre la histérica y la salida no histérica de la feminidad respecto al goce, dado que la histérica juega al goce fálico, a la vez que se queja de él, y no logra hacer el paso hacia el otro goce, de modo de salirse de la reivindicación, salida que la feminidad no histérica sí lograría. Y es que “gozar constituye, para el histérico, un límite último y peligroso que una vez cruzado lo sumiría inevitablemente en la locura, lo haría estallar y disolverse en la nada”<sup>187</sup>, contra ello debe interponer su fantasma como protección.

Los elementos expuestos, vale decir, la posición de la histeria frente a la castración, la pregunta histérica, su punto de fijación en un escenario edípico, el fantasma, la identificación y el goce histérico, han sido leídos y sistematizados teóricamente a través de la escucha de las pacientes. Una escucha que nos lleva al plano del **discurso**, no sólo como expresión fenomenológica, sino también en su referencia a la castración como duda. Un discurso cuya exposición resulta relevante, al presentarnos cualidades propias como manifestación de la relación a la castración y la consiguiente pregunta histérica.

La característica central de este discurso es la referencia a un otro, ya hemos planteado que es el deseo de otro el que mueve el deseo de la histeria, dado que supone que ese otro se ubica privilegiadamente, al saber algo sobre su deseo que ella ignora. Ahora bien, “El lugar privilegiado de que hablamos es el del *Amo*, siempre instituido como tal por el histérico, en el sentido de que supuestamente el Amo sabe lo que el histérico se esfuerza en desconocer acerca de la cuestión de su deseo”<sup>188</sup>. Por ello, en un intento de mantener a ese otro como figura de saber, intenta tapar su falta, para que no caigan los fantasmas con que ella lo ha investido. En esta medida, podemos notar que cualquiera puede ocupar esa posición, lo que marcará la diferencia es la posibilidad que tenga este otro investido de sostener la posición a la que la histérica lo llama. “Las cosas se complican con bastante frecuencia; sobretodo cuando el entronizado en posición de Amo no presenta alguna aptitud para el ejercicio del dominio”<sup>189</sup>, por el contrario: “A poco que el ‘elegido’ fortalezca esta posición fantasmática mediante algunas manifestaciones reales de dominio, el histérico redoblará inmediatamente su economía neurótica”<sup>190</sup>.

<sup>187</sup> Nasio, J.D. (1990). *El dolor de la histeria*. Pág. 76

<sup>188</sup> Dörr, J. (1991). *Estructuras clínicas y psicoanálisis*. Pág. 92

<sup>189</sup> Ibid. Pág. 92

<sup>190</sup> Ibid. Pág. 92-3

Dialécticamente, es necesario que la histérica encuentre los medios para responder a este Amo; es decir, poner en juego lo que ella cree que él desea. Es esto lo que hace a su discurso, un discurso muy seductor. Para ser deseada por su amo se viste con los ropajes del falo, como una manera, por un lado, de ponerse en escena y, por otro, a través de un desplazamiento, mostrarse a sí misma a través del brillo del otro: “se trata, pues, de una *captura*, y por partida doble: embelesarse uno mismo en la expresión de su deseo, pero también entrapar al otro, confundiendo con él y haciendo valer incesantemente el deseo que uno cree es el suyo”<sup>191</sup>. Un extremo de esta expresión discursiva es lo que Dörr (1991) llama la ‘función del misionero’, con lo que alude a que la histérica puede ser capaz de cualquier abnegación sacrificial para gustar y tratar de satisfacer lo que ella cree es el placer del otro.

De no resultarle esto, entonces aparece la queja, derivada de la falla en el intento de velar en el otro su falta, dado que la imposibilidad de sus peticiones, demandas y de sus autoexigencias se muestran inevitablemente, no es posible que el otro le dé lo que no tiene, ni ella entregue algo de lo que está privada. A partir de lo cual, se deja ver una posición depresiva, una vivencia de fracaso en las relaciones intersubjetivas, un redoble del deseo de insatisfacción histórico. Como hemos visto, derivado de una reivindicación por la falta fálica propia y de la madre, la queja por la imposibilidad paterna de amarrar el falo, a la vez que la rebeldía frente a la fijación. Todo ello expresado en la búsqueda y petición al otro, a través del discurso histórico, de resarcir y a la vez sostener la falta en ella misma; pues la búsqueda de la histeria es tan contradictoria como el amo que se ha de domesticar.

Intentando sintetizar las expresiones del discurso histórico y dando cuenta del malestar que le es propio, Thibaut e Hidalgo (1996) proponen tres formulaciones discursivas. La primera, “las cosas no andan como deberían andar”, hace referencia al aspecto reivindicatorio de la histeria, al suponer la existencia de un orden supremo: “La histérica viene a presentarse como sufriendo de que esta norma suprema no se cumple, y su sufrimiento sería un efecto directo de tal desorden”<sup>192</sup>. Su papel sería entonces: “el agente, como si tuviera la misión redentora de detener o completar el desarreglo. Al mismo tiempo es ella la que aparece como queriendo ser la legisladora de su propia norma y la de los demás”<sup>193</sup>. Esto se puede observar clínicamente en la desilusión de la

---

<sup>191</sup> Ibid. Pág. 93

<sup>192</sup> Thibaut, M.; Hidalgo, G. (1996). *Trayecto del psicoanálisis de Freud a Lacan*. Pág. 93.

<sup>193</sup> Ibid.

histeria por la manera en que se expresan los hechos intersubjetivos y su esfuerzo permanente por arreglarlos, dado que ella sabe cómo deberían ser. Saber que le lleva a una lucha militante, por una parte, y por otra, a estar expuesta a una posición martirizada, ella puesta como objeto de sacrificio por la salvación de esta subjetividad permanentemente amenazada.

La segunda, “todos los hombres son iguales”, expresa que para la histérica habría una falsedad generalizada en el sexo masculino, que la lleva a ilusionarse y desilusionarse constantemente de cualquiera de sus representantes. Esto se deriva de que: “es el padre, en tanto que portador de la promesa -imposible de cumplir- de engendrar un hijo en ella con el fin de reparar el daño original de la castración real, el que multiplica en todos los hombres (hechos a su imagen y semejanza, Edipo mediante) esta promesa falsa”<sup>194</sup>.

La tercera, “allí donde creen encontrar el objeto de su deseo, hay síntoma”, nos muestra que en la histérica el cuerpo se presta y se muestra para capturar el deseo de otro, pero en la relación de ese cuerpo al propio deseo se instala el síntoma, como testimonio de la imposibilidad de darle otro curso. Dicho de otro modo, “la histérica nos aporta una proposición que establece esto: el cuerpo, nos dice ella, mi cuerpo es el lugar natural de síntoma, allí donde creéis encontrar el objeto de vuestro deseo, hay síntoma”<sup>195</sup>. El deseo, cuyo curso sería el goce, está prohibido por la amenaza de desintegración que implica para el sujeto.

En este sentido, si responder qué desea la histérica es difícil, con mayor razón lo es en la mujer no histérica, dado que ya Lacan “testimonia haber interrogado a mujeres sobre su goce y dice que estas permanecieron mudas”<sup>196</sup>. Entonces, con su ambivalente enganche fálico la histeria nos deja preguntas que al menos sabemos cuáles son; de esto no tenemos noticia en la salida femenina no histérica, sobretodo si es que ‘La’ mujer no existe. Es por ello que a través de la histérica podríamos situar un lugar posible y quizás delimitable a los vínculos parentales, la pareja y el estatuto del hijo en relación con el deseo de la histérica.

---

<sup>194</sup> Ibid.

<sup>195</sup> Melman, Ch. (1984): *Nouvelles études sur l'hystérie*; en Thibaut, M; Hidalgo, G (1996); *Trayecto del psicoanálisis de Freud a Lacan*; Pág. 93.

<sup>196</sup> Lacôte, C. (1995). *A propósito de lo femenino*. Pág.69.

## IV Discusión y Conclusiones

### 1.- Discusión

#### **Estructuración psíquica femenina.**

Hemos podido observar lo complejo que resulta teorizar sobre el proceso de estructuración del aparato psíquico, especialmente por lo que planteamos en algún momento acerca de la dificultad de la observación, pues los procesos primarios de estructuración de la psiquis quedan casi en su totalidad inconscientes. Esto hace ardua la tarea de leer lo que dicen los niños incluso para los psicoanalistas; y con mayor razón descifrar los recuerdos, en su mayoría encubridores, que de esta prehistoria conservan los adultos. En este contexto de dificultad, los postulados psicoanalíticos no nos sirven más que para tener un marco de referencia a nuestra escucha clínica, y en este sentido, es una clínica constantemente desafiada, que requiere un constante re-pensar.

Tal vez un punto frente al que resulta central tomar una posición, es el lugar que adquiere la sexualidad para el psicoanálisis; en este caso, a partir de la comprensión de Freud y la postura que toma Lacan al seguirlo. En este sentido, aún hoy resulta difícil de sostener frente a ‘los legos’, como llamaba Freud al sentido común, que la sexualidad adquiera un lugar tan central en nuestro desarrollo psíquico. Genera gran cantidad de resistencias este postulado, de manera que es relevante plantear que a nuestro entender, lo sexual en el psicoanálisis toma la importancia que tiene al constituirse como el sustrato de las corrientes psíquicas, es decir, lo que la psicología denomina afectos, sentimientos, reflexiones, ideas, etc. Si nuestro trabajo apunta a la psiquis, no resulta posible evadir el hecho de que la pulsión desborda el dualismo; es una realidad psíquica y somática al mismo tiempo, y genera tal nivel de compromiso en el sujeto, que no es posible sino pensarlo imbuido en su acontecer pulsional. Que unos puedan (o quieran) dejarlo más oculto no es razón para pensar que no existe.

En cualquier caso, la postura que se tenga respecto de la sexualidad influye en nuestras concepciones del aparato anímico, y por tanto, inevitablemente otorgamos una finalidad a lo sexual, ya sea en relación con lo moral, con el placer, o con la reproducción. Consideramos entonces, lo que aporta Israel (1979) en torno a las finalidades de la sexualidad, que: “se refieren, en su último recurso, o a la finalidad biológica de la reproducción y a su vástago metafísico de la perpetuación de la especie,

o a una moralidad que no se sabe muy bien si debe llamarse religiosa o natural (...). A partir de aquí, el embarazo del médico no puede más que crecer ante las categorías patológicas que él mismo ha creado y que le llevan a tratar como síntomas, tanto las dificultades de acceso a la reproducción como las dificultades de acceso al placer<sup>197</sup>. Es decir, que si pensamos una cierta patología, estamos inevitablemente introduciendo nuestro juicio sobre un criterio que permanece implícito las más de las veces. De modo que en lo que respecta a clínicos en formación, pensamos relevante declararse cuidadosos, intentando develar las propias concepciones implícitas, aún cuando sabemos que esto tendrá limitaciones; puesto que, por ejemplo, es imposible que a través de la presente memoria de título no se dejen entrever, más o menos explícitamente, estas concepciones producto del contexto cultural y particular de sus autoras.

Ahora bien, en cuanto a la estructura de la presente memoria, se puede observar que hemos realizado una separación entre lo planteado por Freud y la elaboración de Lacan. Vemos, sin embargo, que en este último el recorrido es el mismo, pero se añaden algunos conceptos que articula con la obra freudiana, en especial sus conocimientos sobre lingüística estructural y evidentemente su clínica, haciendo a nuestro parecer un psicoanálisis menos susceptible de malas interpretaciones y menos enfocado en las expresiones sintomatológicas. Por ejemplo, en torno a la manera de abordar el desarrollo psíquico humano creemos menos equívoco entenderla recogiendo lo que Lacan delimita como momentos lógicos, más que como una cronología del sujeto o como etapas. Pues entenderlo como etapas nos hace vislumbrar el proceso en función de manifestaciones fenomenológicas determinadas, mientras situarlo como un conjunto de logros psíquicos, movimientos dialécticos y lógicos, hace a nuestro juicio más comprensible el proceso infantil, sacándonos de las bizantinas discusiones en torno a ¿qué pasa con los padres ausentes, los ‘embarazos no deseados’, por decir ‘no programados’, las niñas sin hermanos, los niños sin hermanas, los niños a cargo de abuelos?, etc. Este modo dialéctico nos permite vislumbrar que el niño tiende a seguir una lógica producto de que los sujetos asumen y reproducen funciones culturales y simbólicas, previas y a la vez conjuntas, al nacimiento de cualquier sujeto.

Funciones éstas que nos llevan a la necesidad de articular el descubrimiento freudiano con los registros de la experiencia humana que nos entrega Lacan. Estos tres conceptos lacanianos permiten entender el Complejo de Edipo como una escena

---

<sup>197</sup> Israel, L. (1979). *La histeria, el sexo y el médico*. Pág. 70.

dramatizada por ciertos personajes, que adquiere además una dimensión en donde la lógica psíquica de nuestra cultura imprime un sello, alejándonos de la comprensión exclusiva de los personajes de carne y hueso, para llevarnos a otorgar al orden simbólico un lugar particular en el psiquismo y la experiencia del sujeto, que se superpone con lo real y lo imaginario.

En este sentido, los distintos planos que Lacan diferencia como registros de la experiencia humana, permiten analizar teóricamente de modo separado lo contingente y lo cultural como parte de lo psíquico. Lo real se inscribe como aquello más difícil de asir. Al escapar a la capacidad del ser humano es siempre un desafío, que se expresa, si lo llevamos a la escena edípica, en lo difícil de integrar el cuerpo a la experiencia, la despersonalización que suele surgir cuando nos concentramos en intentar asir lo corporal de la experiencia con los vínculos parentales, desde el niño, y lo complejo que resulta para los padres integrar el cuerpo de carne y hueso de su hijo. La carne y el hueso desafían todas las catectizaciones que se pudieran hacer sobre un determinado objeto de amor, desde su primera escena. Lo real de la separación corporal deja al ser humano en una vivencia siempre imprudente, violenta y extrema. Esta separación, al ser lo primero que impide la fusión con el cuerpo materno, es lograda de mejor o peor forma por la pareja madre e hijo, dejando, sin embargo, un espacio siempre imposible de integrar. La amplitud, cualidad, y características múltiples que esta integración psíquica presente marcará de modo profundo al sujeto en formación.

Lo imaginario, las imágenes, los espejos de la experiencia que intentan dar cuenta de los objetos que se han introyectado, nos remite a lo que se puede decir del otro y de los otros, en identificaciones sucesivas que van superponiéndose en las relaciones hacia otros. Es toda la historia personal, los sujetos que han ido marcando ciertos hitos de la psiquis, cómo fue la madre, cómo fue el padre, si existieron o no, lejanos o cercanos, y todo lo relacional, la interacción humana.

Pero es lo simbólico lo que ordena todo esto, y es lo que se intenta demostrar en el recorrido por el Complejo de Edipo desde Lacan que se ha expuesto anteriormente. Lo simbólico carga de funciones a los personajes de carne y hueso, los personajes que estuvieron con ciertas características personales e interrelacionales. Ese sujeto, tradicionalmente mujer que cubrió necesidades y amó, haciendo pesar más la pulsión vital de un determinado sujeto en determinado momento y desatando la dialéctica del deseo en la demanda, sólo tomará el cariz de ‘madre’ cuando sea posible situarla como función.



Que la madre tenga tal nivel de importancia en esta dialéctica es quizás lo que lleva a Freud a considerar la etapa de la ligazón madre, como aquella más difícil de asir a través del análisis y aquello finalmente crucial y constitutivo, básico, del aparato psíquico.

Desde otra perspectiva, el psicoanálisis parece ser una teoría de la psiquis y de la interrelación humana que se hace cargo de la experiencia que todo ser humano tiene, más evidentemente oculta o no, de vacío, de sinsentido y de inadecuación con los otros. Partiendo por la relación entre madre e hijo, la más primaria, observamos que lo propiamente humano no se nos muestra en la cualidad de la satisfacción de una necesidad, sino en lo enigmático que nos resulta ese espacio imposible de satisfacer; esa llamada que sobrepasa. El enigma que nos deja la inadecuación que abre la falta, y que lleva al ser humano a armar una serie de entramados que sostengan la dificultad de vivir *en falta*.

El falo entra aquí a llenar este vacío vivido como insoportable, injusto y dañino. Un vacío de incompletud que se apuntalará más tarde en la diferencia anatómica, pero que quizás, si lo entendemos desde el objeto que llena el vacío, puede fácilmente independizarse de la anatomía, otorgando valor fálico a aquello que sirva para resarcir vacíos simbólicos e imaginarios (ambos niveles en los que el falo aparece). En este sentido, el falo puede entenderse en su aparición como expresión de lo no que no es posible de completar.

En la dialéctica de los múltiples intentos, propios del camino de estructuración de la psiquis humana, de hacerse cargo de alguna manera de esta angustiada falta, observamos el lugar de lo que Lacan llama el juego del señuelo. Situándose éste en el momento psíquico en que ya se sabe que no se es el falo, y que la madre no lo tiene tampoco, se instala no sólo para llenar la falta propia, sino también, para cubrir la carencia de la madre, que el sujeto puede vivir igualmente de un modo violento.

Y es que esta escena conlleva en sí misma no sólo el peligro fantasmático del incesto, sino también, el temor de ser seducido a tal punto de quedar atrapado en el deseo materno, ya no estar como símbolo en el inconsciente materno, sino lisa y llanamente encarnar el falo y vivir como apéndice de la madre. Esta posibilidad-amenaza, requiere de toda una suerte de maquillaje, pues en este aferrarse la madre tiene que tapar la realidad de la inadecuación, la realidad de la falta que traspasa la voluntad, lo que impediría la participación del niño en el intercambio simbólico, al negarle o al menos poner en peligro, la dimensión simbólica.

En otro sentido, Lacan y Freud hacen referencia al falo refiriéndose a la diferencia sexual. Intentando no caer en feminismos burdos o reivindicaciones históricas demasiado obvias, advertimos la correspondencia entre el falo y el pene está probablemente ligada con una lógica cultural. El machismo presente en nuestra sociedad, entendida en términos culturales e históricos y no necesariamente contingentes, ha hecho ubicarse a la mujer en una suerte de dependencia y ha implicado que para aparecer deba falicizarse, o bien, ser y hablar invistiéndose de propiedades masculinas. Éste es un aspecto relevante, que desarrollaremos en la discusión en torno a la feminidad y su relación al falo.

A través de la lectura lacaniana de la escena edípica, también advertimos una dialéctica importante al parecer no tan destacada por Freud. Esta dialéctica tiene relación con la posición central que adquiere la función paterna y su inscripción como padre simbólico, autorizada a través del discurso materno. Con esta autorización materna, en ese instante el padre deja de ser un espejo cualquiera más, del orden de un abuelo o una tía, para tomar una función. Función que es cultural, y que hace de las relaciones del sujeto al mundo un filtro que no puede más que ser triádico, un filtro que hace ver todas las relaciones en adelante como un triángulo, y que suelen repetirse con más o con menos, tanto en la sociedad como en la vida de los sujetos particulares, ‘sujetados’ a este orden cultural.

Sin embargo, en este recorrido la cualidad con la que habrá de ingresar la función paterna del padre simbólico tampoco estará exenta de particularidades. El lugar de la madre adquiere importancia desde el momento que la entrada del significante paterno pasa por su ‘modulación’ y puede ser asumida por ella de manera pasiva, rebelde, negadora o renegadora. Aun cuando este abanico de posibilidades excede los objetivos de nuestro estudio, podemos decir que la operación psíquica de la madre, que acompañe la instalación del significante paterno, influirá en la manera de integración de esta función por parte del niño. Una función paterna acentuada desde Lacan en importancia, pues amarra la pregunta por el deseo materno y tranquiliza la efusión pulsional que embarga al niño en esta escalada que puede llegar a constituir el hecho de instalarse como falo de la madre o intentar tapar su falta.

Así es por lo menos la lectura *desde y en* la época de Freud y aún en la de Lacan. Preguntémonos entonces respecto a un posible cambio cultural (por tanto, ligado a lo simbólico) de la posición de padre. Por ejemplo, a través de un tránsito habitual en nuestros días, desde constituirse como un padre proveedor más bien ausente, a un padre

más implicado en la crianza y podríamos decir, bastante más erotizador de sus hijos. ¿Qué podría significar este cambio en la estructuración psíquica de estos niños?, ¿Adquiere este cambio un lugar significativo o sólo es parte de una contingencia imaginaria? De considerar que esto tiene una importancia, ¿Se estará acaso inscribiendo la ley desde lo que clásicamente se ha considerado una posición más femenina?.

Ahora bien, parece ser en todo caso, que el amarre fálico, ligado a la atribución del falo en el lado paterno más que a la función simbólica del padre, no es necesariamente tan fácil. Pues la histeria nos demuestra en la insistencia de sus preguntas, justamente un desafío en torno a la atribución fálica.

Con todas las eventualidades posibles, el camino hacia este amarre encarna la pregunta por el cómo ser, luego el cómo tener, y luego, qué hacer para tener. Pregunta última que si es respondida satisfactoriamente por el padre, muestra un camino que podrá ser adquirido a modo de identificación y situará un ideal del yo, y un super yo estables. Adquisición que pensamos, será acatada en función de la añoranza de una primera fusión. No necesariamente a la madre como mujer del padre, sino a la madre como encarnando una completud, como vientre, si se quiere: “(...) los innumerables juegos y movimientos identificatorios así como los desplazamientos de erotismo y las simultaneidades sensoriales conjugan un abanico de potencialidades erógenas que tienden hacia una misma meta, aspiración máxima del erotismo: recuperar el claustro materno (...)”<sup>198</sup>. Esto sigue situando como primaria y básica a la función materna, aún tras la entrada paterna.

Sólo a través del recorrido un padre es un padre y una madre también. Las demás caras tendrán ciertas sombras de esta escena, serán cubiertas por los velos de la infancia y podrán hacer metáforas de ésta, o bien, perpetuamente repetirse, ‘metonimizarse’.

### **La Femenidad.**

Si reflexionamos detenidamente en lo que hemos propuesto como eje del estudio de la feminidad, vale decir, otorgarle un estatuto de logro psíquico (tanto como la sexuación en general lo es también desde el lugar masculino) comprendemos que Alizalde (1988) afirme algo tan extremo como: “La revolucionaria capacidad del sujeto humano de oscilar hacia posiciones femeninas y masculinas (e incluso de neutralizarse

en tanto sujeto sexuado), y la alternancia de los juegos identificatorios hacen posible que una mujer penetre y que un hombre sea penetrado. Los cuerpos simplemente presentan sus anatomías: el entrecruzamiento de los registros imaginario, simbólico y real hacen el resto”<sup>199</sup>. Desde aquí claramente nos alejamos de lo anatómico; lo que requiere entender la feminidad y la masculinidad como posiciones subjetivas, derivadas de la búsqueda de un lugar sexual en torno al referente cultural, que sabemos es el falo.

Una posición, nos dice Freud, lograda a partir de un carácter de bisexualidad psíquica originaria. Una bisexualidad bastante ambigua, que pensamos es demasiado amplia y tal vez es utilizada como concepto en virtud de la inexistencia de una palabra que pueda nombrar el carácter indiferenciado de la sexualidad originaria. Pues ¿Cómo denominar algo que no es femenino ni masculino? No estando autorizadas para hablar de sujetos ‘asexuados’, ya que sabemos que el bebé humano muestra una sexualidad floreciente, al parecer terminamos devolviéndonos hacia el concepto ‘indiferenciación’ o bien, ‘perversión polimorfa’.

Pues bien, intentando develar a qué se refiere al fin el término bisexualidad, notamos que encierra dos sentidos en dos momentos de desarrollo psicosexual. Parece ser que cuando Freud habla de la bisexualidad originaria inicial del ser humano, se refiere no a la coexistencia de dos corrientes (una masculina y una femenina), sino a una sola, la masculina. Como sabemos, para que pueda realizarse lo femenino hay un largo y difícil camino, que inclusive en su realización “más femenina” no está exenta de lo masculino de sus orígenes. Pero nuestra interrogante en torno a este punto es: si tenemos una bisexualidad en la cual tras lo femenino se atisba la represión de lo masculino, ¿Por qué entonces Freud nos dice que la bisexualidad no es solamente de la mujer, sino más amplia, del ser humano? ¿Cómo se expresa la bisexualidad en el sujeto masculino?.

Uno de los puntos más difíciles de pasar por alto en el recorrido que hemos realizado por la psiquis femenina, resulta de la salida que Freud y luego Lacan hacen en el hijo del padre; tanto en su estatuto de ecuación, como en el de metáfora. Resulta coherente pensar que el lugar central que tiene para Freud el deseo de hijo tiene que ver también con características sociales de su época, en la cual la mujer se situaba casi con exclusividad en el lugar de madre. Si consideramos que el hijo puede ser un elemento del ideal del yo, o bien, del yo ideal, como elemento de identificación hacia un modelo

---

<sup>198</sup> Alizalde, A. (1991). *El masoquismo femenino: erotismo y condición humana*. Pág. 36.

<sup>199</sup> Ibid.

de género, entonces puede ser movilizable, en tanto los modelos pertenecen y son comprensibles desde un cierto contexto cultural. Tal vez a cien años del descubrimiento freudiano, se han enlazado otros elementos al ideal y a la feminidad, que abren la posibilidad de que la feminidad no esté expresada únicamente en el deseo de hijo. Por ejemplo, el ingreso de la mujer a la universidad y su fuerte participación en el mundo laboral, pueden haberse convertido en parte de lo que socialmente estamos marcando como ideales de género. Ahora bien, quizás desde Freud, o aún desde Lacan, en este sentido podríamos preguntarnos: ¿Estaremos conformando una feminidad paradójicamente más masculina?

Al cuestionar las conformaciones femeninas del ideal del yo y del yo ideal, nos remitimos necesariamente a la pregunta por la instancia psíquica del superyó en la mujer, que ya sabemos, es cualitativamente distinta a la del hombre. Desde Freud, sabemos que la niña está menos implicada en la amenaza de castración, por lo que la angustia de castración no es un poderoso empuje para aceptar las prohibiciones e identificaciones paternas que terminan constituyendo esta instancia psíquica. En su lugar parecen actuar la educación, el amedrentamiento y la pérdida del ser amado. Ahora bien; dentro de estas tres, la pérdida del ser amado podría fácilmente encerrar a las otras dos, pues el amedrentamiento y la educación pueden tener su efecto secundariamente frente al temor de la pérdida. Si esto fuera así, tendríamos que en la mujer la ley y las identificaciones se sostienen sobre la base del temor a perder el amor, lo que podría estar relacionado con esta expresión femenina de la pasividad y la dependencia amorosa que el mismo Freud plantea, y que desembocan en la preponderante necesidad de ser amada.

Otra de las razones que llevan a cuestionar la salida que Freud y Lacan muestran a la feminidad, es el hecho de que ésta se consume a través de un deseo masculino, lo que hemos mostrado, se refiere al deseo de tener (recobrar) el falo del cual fue privada. En esta lógica la relación más perfecta se daría de la madre hacia un hijo varón, dado que a través de él la madre podría satisfacer lo que tuvo que reprimir de su complejo de masculinidad. Nuestro reparo hacia este desenlace dice relación con que, si bien desde lo inconsciente el complejo de masculinidad puede actuar como un deseo que fue reprimido, esta misma cualidad de estar reprimido nos hace suponer que es un estadio previo, de modo que lo eminentemente femenino, se establecería a partir de una “corriente” masculina. Entonces, de qué feminidad acabada estamos hablando ¿la feminidad no es otra cosa que lo que logra erigirse a partir de la masculinidad

reprimida?. Pregunta que, sin tener mucho de original, parece mostrar que las respuestas que otorga el psicoanálisis sobre la feminidad, tienen más bien el carácter de supuestos, y como tales, siguen abiertos a la discusión y a los nuevos aportes.

El lugar del hijo en el inconsciente femenino se puede entender también desde la salida del Complejo de Edipo, que conlleva cierta referencia propia de cada posición sexual hacia la problemática de la pertenencia, la trascendencia y el linaje. Aquí observamos una importante diferencia; para el hombre, esta trascendencia parece ser una respuesta desarrollada en el escenario edípico, pues es el padre quien le dice cómo ser hombre, al establecer la promesa de ser a futuro padre como él, portando el falo. Por el contrario, parece ser que la mujer resuelve su pregunta por el linaje y los niños previamente al hombre. Al considerar que la niña espera un hijo del padre como compensación y que con este fin lo toma como objeto de amor, entonces podemos suponer que ya hay en ella alguna relación al hijo en tanto objeto fálico. Esta relación al hijo-falo, se inaugura al parecer en un tiempo lógico anterior al Edipo, ya está presente en la ligazón con la madre, con las dificultades que eso puede traer, en tanto el estadio preedípico es lo más primario de la experiencia, lo menos significable, y por tanto, lo más profundamente inconsciente. Si seguimos esta lógica, la maternidad podría tener una dimensión profundamente regresiva en la cual cabe la pregunta ¿El hijo que desea la niña es una metáfora resultante de la escena edípica, o más bien en tanto el Edipo es una formación secundaria, ese hijo deseado es un hijo *de* o *para* la madre preedípica?

Ahora bien, sabemos que Lacan sigue el postulado freudiano, al plantear que el hijo es “(...) ese elemento esencial confirmado por la experiencia del análisis de los sujetos femeninos, y es el punto de referencia, el eje que Freud mantuvo con firmeza hasta el final en lo concerniente a la sexualidad femenina”<sup>200</sup>, en el sentido para la madre el hijo se ubica como un sustituto del falo faltante. A partir de ello, haremos el ejercicio de reflexionar en torno al hijo como la salida femenina del Complejo de Edipo, que puede ser entendida de varias maneras.

La pregunta más relevante a nuestro parecer, es la que formula Lacan: en qué registro estará el hijo, según sea inscrito metafórica o metonímicamente en el deseo materno. Lo primero que se puede intentar en esta línea, es situar la relación madre-hijo en referencia a los tres registros; de este modo, se podría decir “Más precisamente -el niño como real ocupa para la madre la función simbólica de su necesidad imaginaria-

---

<sup>200</sup> Lacan, J. (1956). *Seminario IV, XIV El significante en lo real*. Pág. 242.

están los tres términos”<sup>201</sup>, o también, “la relación de la madre con el niño es doble, con, por una parte, una necesidad de cierta saturación imaginaria y, por otra parte, lo que pueden ser en efecto las relaciones reales y eficientes con el niño”<sup>202</sup>.

Entendiendo que el hijo arriba en una posición que le es dada por el deseo de sus padres, que no es en absoluto único, podemos pensar que probablemente la mantención del niño en el lugar de falo, o bien, la cualidad de su caída de este estatuto, dependerá del carácter de este deseo. Estará en parte dado por el hecho que aludimos: el niño para la madre ocupará distintas posiciones, dependiendo del registro de la falta que venga a llenar, si toma un lugar metafórico o un lugar metonímico. Pero ¿metáfora y metonimia de qué? Lo más claro es que el hijo sea deseado en tanto metáfora del amor paterno, o como metonimia del falo del que la madre está privada: “se trata de saber cuál es la función del niño para la madre, con respecto a ese falo que es el objeto de su deseo. La cuestión previa es -¿metáfora o metonimia? No es en absoluto lo mismo si el niño es, por ejemplo, la metáfora de su amor por el padre, o si es la metonimia de su deseo del falo, que no tiene y que no tendrá nunca”<sup>203</sup>.

Esto podría ser discutido a la luz de lo que dice Freud, respecto de que en la maternidad puede revivirse una identificación con la madre. Podemos pensar que esto será distinto según a qué madre esté orientada esta identificación, y que con ello estaremos en presencia de dos corrientes: el deseo de maternidad, y el deseo de hijo. Si la identificación que se juega es a la madre primordial, nuestra impresión es que estaríamos en el terreno del deseo de maternidad, terreno del yo ideal, que alude a lo preedípico, a la identificación primaria con la madre, al deseo de volver a *ser una* con ella, en la búsqueda (o remembranza) de una completud en que no quepa falta alguna. Si la identificación está, por el contrario, jugada hacia la madre del Complejo de Edipo, nos parece que estamos en la línea del deseo de hijo, que se relaciona con el ideal del yo y las identificaciones culturales del género femenino, con un *ser como la madre*.

En otras palabras, al ordenar estas posibilidades notamos dos grandes vertientes: el deseo de maternidad y el deseo de hijo. El deseo de maternidad podría hacer alusión a una identificación a la madre preedípica, en el sentido de remitir a la mujer al estadio arcaico de completud y de fusión a su propia madre, de modo de remitir a lo regresivo de la maternidad que habíamos mencionado. El deseo de hijo aparece gracias a dos

<sup>201</sup> Lacan, J. (1956). *Seminario IV, IV La dialéctica de la frustración*. Pág. 73.

<sup>202</sup> Ibid. Pág. 72.

<sup>203</sup> Lacan, J. (1956). *Seminario IV, XIV El significante en lo real*. Pág. 244.

condiciones: la construcción de una metáfora del amor al padre y la identificación a la madre edípica, situándose como una cierta respuesta a la pregunta por la feminidad, y a nuestro parecer, es lo más coincidente con la ecuación freudiana de la feminidad.

Si bien, como hemos visto, es posible que el hijo no se encuentre inscrito en un lugar simbólico, que sea más imaginado que simbolizado, consideramos que ésta es una posibilidad en teoría bastante difícil, pues la búsqueda del falo faltante no puede darse por terminada en la vida de ningún sujeto humano; si el falo por definición escapa, es lógico pensar que a la madre “el niño le aporta tan solo una satisfacción, que podemos llamar, provisionalmente, sustitutiva”<sup>204</sup>. Ya hemos visto cómo la imagen de constituirse como el falo materno cae luego de una primera y corta etapa, y en algunos casos, quizás cae antes de eso, lo que podríamos pensar, juega su papel en las depresiones postparto. Esto tiende a separar de un modo inconciliable lo que el niño permite saturar de la falta imaginaria materna, y las relaciones reales, que superan lo que la madre pudo haber simbolizado o imaginado de este ser, ahora tajantemente fuera de ella.

Si por otra parte, reflexionamos en torno al estatuto simbólico del hijo, se pueden hacer algunos alcances, como por ejemplo, por qué no pensar que el hijo varón podría constituirse no sólo como un sustituto de falo, en el sentido de remitir a la masculinidad reprimida, sino también, plantear a la madre una relación más perfecta en tanto con él re-edita su amor por el padre. Agregando a ello la consideración de que la mujer teme perder el amor, su carácter dependiente respecto a la necesidad de ser amada, lo femenino sería más cercano al hijo como metáfora del amor al padre, que al Complejo de Masculinidad.

Por otro lado, que el hijo deseado sea finalmente un hijo del padre, también puede ser cuestionado. Si pensamos que la niña no tiene por qué saber la cualidad fecundante del hombre, entonces ella podría pensar en el hijo como fruto de una unión homosexual, esperando un hijo de la madre, manteniendo este deseo inconsciente y re-editándolo posteriormente en el Complejo de Edipo. Nuestra cultura, tan llena de hijos abuelados, parece mostrar que algo de esto puede ser muy factible.

Pero más allá de estas disquisiciones, que a nuestro parecer mientras no sean puestas en juego en la clínica sirven sólo como posibilidades teóricas, es claro que la distinción del lugar psíquico del niño para la madre, marcará profundamente la relación al niño, y por tanto, en gran parte la manera en que el niño deberá ubicarse en relación a



su madre, la dificultad que tendrá éste en traspasar la barrera de lo imaginario a lo simbólico, y por esto mismo, muy probablemente, su estructura psíquica resultante. Evidentemente influirán otros factores, dado que la psiquis está sobredeterminada; sin embargo, podemos aventurar como hipótesis, que el lugar como metonimia del falo favorecería la psicosis, o bien, recordando a Juanito, la fobia.

Esta diferencia cualitativa refiere a la posibilidad de sustitución de un lugar por otro, pues el niño como metáfora del amor del padre debiera permitir que luego pueda ser metáfora de otra cosa, y así otorgar la posibilidad de subjetivación a este nuevo ser. Por el contrario, si el niño es sólo una metonimia, un desplazamiento de la necesidad de falo de su madre, podremos suponer que el segundo momento edípico cursa de un modo profundamente complejo, pues ¿Cómo instalar una prohibición que obliga a la separación, si la madre necesita tener literalmente ‘pegado’ a este niño, al cual necesita y del cual depende?. Recordemos que la madre, al permitir el paso del significante paterno, está también prohibiéndose a sí misma la satisfacción que su hijo le da. Tal vez, el fomentar un hijo histérico o fóbico dependerá también de la pareja de esta hipotética madre.

En términos generales, parece ser que en la mujer el deseo de hijo al irse estructurando ya desde antes que pueda establecerse la primera metáfora, podría dar lugar finalmente a un deseo que contuviera aspectos menos metafóricos que en el caso del varón y probablemente susceptibles de prestarse a una regresión a la ligazón materna. Para el varón en tanto, el deseo de hijo, si lo podemos llamar así, se circunscribe a un producto de la escena edípica, al permitirle cumplir la promesa de detentar su virilidad, inscribiéndose en un lugar ligado a la metáfora primera del Nombre del Padre. En este sentido y sin desconocer otras posibles vinculaciones, menos relacionado con su primer objeto de amor.

Cuando nos preguntamos quién puede donarle el hijo que la niña desea, debemos devolvemos a una pregunta previa: en torno a qué se faliciza la mujer. Aquí pasamos a otro aspecto muy relevante de discutir cuando hablamos de feminidad, es decir, su relación con el falo. En este sentido, el recorrido que realizamos por la feminidad, nos permite considerar que la problemática fundamental en la mujer es aquello que podemos denominar como ‘dialéctica de la falicización’, que refiere a la conquista del falo que no tiene en términos simbólicos.

---

<sup>204</sup> Ibid. Pág. 242

Ahora bien, torno a esto nos quedan preguntas abiertas: ¿La mujer se faliciza en relación con la diferencia anatómica?; para falicizarse ¿Siempre debe estar referida a un padre real, o es suficiente con que la función simbólica del padre ya ha ingresado? ¿Es necesario que el padre real dé cuentas de la posesión fálica para el logro de esta falicización?

En cuanto al estatuto de esta falicización. ¿Se refiere al uso fálico que puede otorgarle su mascarada, o puede haber una falicización más allá de ésta?. Al parecer, la falicización de la mujer y el uso fálico de la histeria, pueden ser entendidas como reediciones del juego del señuelo. Pero ¿qué tan femenino es este juego?

¿Cuál es la necesidad de la falicización? En algún momento se plantea que el uso del falo es la manera de participar del intercambio simbólico en las relaciones interpersonales. Se dice que se trata de que el niño done lo que tiene (que parece ser un fantasma en la forma de promesa) y la niña encuentre un sustituto de lo que no tiene para donarlo. Aquí entraría el hijo en su significado fálico. Pero ¿Es esta la única vía de intercambio posible para la mujer? Parece ser que el hecho de que Freud se refiera al pene y Lacan al falo refieren a una metáfora de la búsqueda femenina por aparecer en una sociedad androcéntrica. En este sentido la búsqueda fálica sobrepasa la envidia del pene; su búsqueda no se orienta a resarcir la falta del órgano, sino que ésta, al ser simbolizada, apunta a nombrar lo deseable, lo que podría llenar un vacío: “Así pues, penisneid quizá para hacer de ello un uso diferente que el de su frecuente desprestigio. De ahí parte el afán, a pesar de todo, de tener algo que enseñar, o algo mejor que enseñar; esto explicaría la interminable búsqueda de una perfección siempre incompleta [en la histeria]”<sup>205</sup>.

Ahora bien, se dice que el niño debe experimentar la instancia castradora para recibir el falo que necesita, pero que quizás la niña no experimenta esta instancia en forma de amenaza. Esta diferencia podría determinar quizás que la mujer no debiera estar tan involucrada en este proceso de repartición de falos usables y/o postergables, lo que conllevaría una dificultad para participar del intercambio fálico.

Desde Freud, en relación con el vínculo entre mujer y falo, es posible que la consideración de que lo femenino surge de lo masculino haya comandado un poco los descubrimientos freudianos, por cierto nada fáciles considerando lo victorianas que eran sus pacientes. Freud desestima que la vagina pueda tener un papel como zona erógena ya en la primera infancia, pero sabemos que para Lacan y otros autores psicoanalíticos

(entre los que Lacan nombra a Jones, y en esta investigación pudimos también leer la opinión de Nasio), la posición de la vagina como zona erógena desde la temprana infancia no es una suposición descartable fácilmente. En este sentido, esta postura que nos deja abierta una incógnita más, debe ser pie para investigaciones posteriores y para una escucha clínica de la feminidad. Ya lo fue en cierta medida para Lacan, puesto que en medio del enigma femenino articula una posibilidad distinta a la búsqueda de falo, que estaría dada por el goce Otro de la mujer.

Otra pregunta se vislumbra entonces en la relación entre la importancia de la localización vaginal que destaca Lacan y el goce Otro como enigmas. Un goce Otro que ha llevado a múltiples posibilidades teóricas: “Nada es difícil, llegados a este punto, articular la noción aportada por Lacan (1972 – 1973) de un goce en exceso, goce femenino, goce (Lacan ironiza al referirse a él) más allá del falo. Un goce que limita con lo indecible, donde mística y sensualidad avizoran la tierra de un erotismo sagrado en ese atreverse a lanzar el cuerpo en una aventura sin nombre”<sup>206</sup>. Este goce del que sabemos poco, que se constituye sólo como una hipótesis, pues nadie ha podido dar testimonio de él, abre la pregunta por la posibilidad de una mujer ubicada sólo en este ámbito; ¿Es posible que una mujer sólo goce a través de este goce otro? ¿Podría participar del intercambio simbólico si así fuera? ¿Esta posibilidad está dada por alguna posición estructural, dentro o fuera de las neurosis?

Quizás sea la masculinidad del significante del sexo lo que se encuentra también en una relación dialéctica con la ausencia de significante femenino. En este sentido, la hipótesis sería que el goce Otro sólo es tal en virtud de su referencia al falo, y a su vez, esto fálico sólo puede ser referido a un lugar de ausencia, lo que dejaría planteada la posibilidad de que la feminidad acabada, lo eminentemente femenino esté ubicado en el goce otro de manera exclusiva.

Sin embargo, en virtud de que las posiciones con respecto a la sexualidad pueden cambiar, en teoría el goce otro también sería factible de vivir por un hombre feminizado. Y es que quizás sólo se puede suponer que la feminidad es una posición móvil, que puede verse cuestionada en cualquier momento y puede ser asumida o negada en distintos momentos de la historia psíquica.

---

<sup>205</sup> Israel, L. (1979). *La histeria, el sexo y el médico*. Pág. 75-77 (paréntesis nuestro)

<sup>206</sup> Alizalde, A. (1991). *El masoquismo femenino: erotismo y condición humana*. Pág. 36.

## La Histeria.

Hemos intentado caracterizar a la mujer histérica avanzando por las observaciones freudianas y las puntualizaciones lacanianas. ¿Pero qué nos dice finalmente la histeria en sus floridas expresiones sintomáticas, en sus tornasoles camaleónicos y en su seducción?. Al parecer lo primero que nos advierte es que debemos ser cautas y humildes, que nuestro recorrido no puede hacerse cargo de sus múltiples expresiones, que además dependen de los otros que se relacionan con ella y que muestran que la histeria como buena neurosis se expresa *en* relación. Lo que nos queda entonces con suerte, es intentar develar una cierta lógica que opera como telón de fondo tras sus múltiples manifestaciones. Lo siguiente, que su intrincado entramado sigue increpando a la teoría y a la clínica del psicoanálisis, sin ser en absoluto un terreno de certezas, sino más bien, de constante estudio.

Tal vez en el mismo sentido, hemos podido ver que las maneras de mostrar la histeria son casi tantas como psicoanalistas hay. Freud a través de su estudio abrió las puertas del psicoanálisis, resituando el estatuto del síntoma histérico, de la palabra, y cómo no, del inconsciente. Nos hace transitar por sus múltiples interrogantes e hipótesis en un intento por situar y describir la etiología de esta enfermedad. Así hemos ido desde la alteración del sistema nervioso hasta la dificultad en el arribo de la feminidad. Uno de los puntos que reúne a los eslabones del tránsito freudiano es su concepción de la histeria como una enfermedad y sus lineamientos en torno a las expresiones sintomáticas propias de este cuadro.

Probablemente lo dicho anteriormente es nuestra lectura de Freud y seguramente no está exenta de precisiones que pudieran dar cuenta de otras posturas al respecto. Sin embargo, para nosotras, resulta un tanto incómodo tomar posición frente a la histeria como una enfermedad y poner el centro de nuestra atención en sus síntomas. Por ello, nos ha resultado más esclarecedor enfrentarnos a la histeria desde una conceptualización más estructural, según la sugerencia de Lacan, e intentar seguir su pensamiento entendiéndola como un desenlace particular de la neurosis, que tiene sus bases en el Complejo de Edipo y en el Complejo de Castración y, que muestra ciertas regularidades, no exclusivamente en lo sintomático, sino como posición subjetiva.

En este sentido, a través de Lacan, podemos ver que la histérica transita por el Complejo de Edipo sin mayores particularidades hasta el tercer momento. Como hemos señalado en este momento ya ha ingresado el padre simbólico, dejando a nuestra

histérica del lado de la neurosis. La particularidad histérica radica en el paso siguiente, en el tercer momento de la escena edípica, en el que el padre ha de detentar la posesión del falo y dar pruebas de ello. He aquí el nudo, pues el padre de la histérica no logra detentar plenamente el falo, no consigue llevar completamente el falo hacia sí, con lo cual no puede decirse que dé pruebas de su atribución fálica y tampoco que quede establecida claramente la sexuación de los padres a los ojos de la histérica. Pero cuál es la importancia de todo esto que parece bastante árido y abstracto, lo central es que la pareja parental no queda claramente establecida, el padre no se establece en una posición sexual masculina y con ello, la madre tampoco es mostrada plenamente en una posición femenina. Situación que deja a la histérica en un punto intermedio, en el cual el falo sigue circulando sin que ella pueda por sus propios medios situarlo de una vez. Este es el intento continuo de la histeria, que alguien le asegure que sabe dónde está el falo, o bien, que ella logre dejarlo de algún lado.

Será esto mismo lo que veremos en dos expresiones en las que podemos imaginar a la histérica diciéndonos: que alguien lo tenga por favor. Una de ellas intenta resolver tanta ambigüedad a través de la posesión del falo, así la histérica se vestirá con los ropajes fálicos para mostrarle al mundo, y a ella de paso, que es la portadora de tan preciado objeto, en una suerte de cristalización del juego del señuelo. Supondrá en otro un deseo que ha de ser engañado en el juego de llenar la falta dándole lo que cree que busca, mostrándose como el objeto de deseo por excelencia. Los atributos que puedan ocupar este lugar dependerán del deseo que la histérica suponga en el otro y de lo que ella pueda entregar, así podemos verlo desde la investidura del cuerpo como gran objeto, hasta la puesta en juego del brillo intelectual como atributo fálico. ¿Podríamos suponer que esta posición es una expresión más bien masculina de la histeria?.

El señuelo puede ser entendido como la primera manifestación de la mascarada. Una mascarada que puede llegar a ser vivida con mucho erotismo y goce; o bien, con mucha culpa y temor, o angustia. Es que la etapa del señuelo parece ser en fin, una vivencia global que claramente puntúa la experiencia infantil de modo de prestarse a fijaciones y regresiones; se instala como fantasma y como escena propicia para la formación sintomática posterior, que se puede pensar como factible para que la histérica lo destaque en su carácter de cuadro traumático.

En la otra expresión, la histérica intentará situar el falo, pero esta vez será otro quien lo tenga. Ella podrá servirse de algo de su brillo si se aproxima lo suficiente, si mantiene aún con grandes esfuerzos al otro sin falta alguna, si él puede sostener esta

posición que la histérica le ha dado. Es lo que podemos ver, por ejemplo, en la elección de pareja; tras lo que parece un gran hombre, pues ahí hay una histérica. En este sentido, ¿Podríamos suponer que esta posición es más bien femenina en la histeria?

Si estos movimientos subjetivos permitieran respuestas y logran poner al falo de algún lado y para siempre, entonces estaríamos frente a la cura, lo que nos sitúa en los terrenos de la enfermedad y no de la estructura. La estructura nos dice que, en movimientos más movimientos menos, lo que encontramos es una insistencia que parece no poder tomar otro curso y que no encuentra respuesta ni restablecimiento. De la neurosis no hay quien nos cure, el campo en el que podemos hacer algo es en el de la vivencia, que podamos vivirla, más que ella nos viva a nosotros. Por esto mismo en la histeria las dos posiciones antes mencionadas podrán alternarse, caer, volver a situarse de otro modo y en otros personajes.

Hay un punto que se deriva de estas posiciones que nos interesa rescatar. La histérica tiene un padre que no logra atribuirse el falo completamente y, como hemos visto, esto hace determinadas marcas en la estructura y en lo que ella intenta responder. Pero este padre real no está solo, a su lado y con una vital importancia está la madre. ¿Qué podemos decir de esta madre, qué podríamos hipotetizar de ella?. Nos parece que es muy factible que la madre de la histérica pudiera ser otra histérica, veamos por qué. La madre está muy implicada en la atribución fálica que logre hacer el padre, pues tiene cierta ‘opinión’ respecto de ella y puede, por ejemplo, desestimar e incluso ridiculizar los intentos del padre por tener el falo. Si pensamos que estamos frente a una madre histérica, que eligió a su pareja según la posición que antes describíamos, según la cual él tenía el falo y ella se solazaba en su resplandor, entonces sigamos el razonamiento y pensemos qué podría haber pasado. Pues bien, este padre ya no pudo sostenerse como falo, evidenció alguna falta y cayó de su estatuto de admiración, frente a ello la histérica no dudó en terminar de castrarlo y lo dejó del lado de los ‘inservibles’, erigiéndose probablemente ella nuevamente como el falo y como portadora de una verdad, ella sabe cómo son los hombres porque lo ha vivido. ¿Qué atribución fálica podría validar una mujer histérica desairada? ¿Qué podría decirle a su hija sobre los hombres?. Las preguntas quedan abiertas así como también el destino de la nieta de esta histérica.

¿Qué es una mujer? se pregunta y nos pregunta la histeria, pero por qué esta y no otra es la articulación que nos ofrece. Pues bien, porque la histérica es un sujeto que no ha podido establecer una posición sexual unívoca, de manera que se pregunta por su propio sexo y el de los demás. Para ello intentará vestirse de mujer, exagerarlo, pero

paradójicamente, a través del ropaje fálico, que como significante de la diferencia sexual es masculino. Desde qué otro lugar podría articular su compleja pregunta, si ya ha quedado presa de este significante como eje de la neurosis. Podemos pensar que tampoco ayuda a su pregunta la madre, puesto que como vimos ella no logra ser completamente mujer a través del padre. Podría ser a través de este tránsito fallido que pudiéramos comprender tanto la queja hacia la madre como su reivindicación. La queja se instala en la medida en que no puede encontrar en ella un referente que ordene las posiciones; la reivindicación, en tanto, cuando la histérica se aferra a la idea de que podría ser la madre quien cursara lo que el padre no ha logrado cursar, pero que esta posibilidad le está impedida porque el padre se la ha arrebatado. Cabe la pregunta respecto de qué tan femenina logra ser esta madre y qué tan femenina es la reivindicación de lo que parece finalmente, un orden masculino arrebatado de las manos de la madre.

Finalmente, sabemos que la histérica cuenta entre sus artes con la falicización y que de ella hace uso en su seducción a través del señuelo. Hemos dicho que para ello supone un deseo en el otro e intenta situarse como objeto que colme este deseo, pero no queda clara la particularidad de este recurso histérico. ¿Quién no hace el mismo juego histérico en la posición de objeto? ¿Qué relación interpersonal está exenta de falicización? ¿Será acaso que en la dificultad de la vinculación nos histerizamos todos?

### **La Histeria y la Femenidad.**

Durante la precedente revisión teórica, hemos podido ir despejando las características de la posición histérica. Lo que nos ha permitido ver que la histérica es un sujeto que no ha logrado un arribo acabado hacia una posición sexual. Parece ser, por el contrario, que la salida femenina no histérica implica haber logrado esto. A partir de Freud, en la promesa de un hijo del padre; a partir de Lacan, en función tanto de esta promesa, como de lo que se escapa a toda posibilidad de promesa, la puerta abierta al goce que es un goce Otro. De ahí que en este capítulo se realice una suerte de contraposición de lo femenino y la histérica, derivada de una diferenciación estructural en la salida de la crisis edípica, y por tanto, ciertas diferencias fundamentales en torno a la asunción de la sexualidad.

Una primera pregunta que podemos hacernos es el tránsito que hará la histeria por las tres vías de la feminidad que propone Freud. Hemos sugerido ya que la histérica

puede estar ligada a lo que Freud llamara el Complejo de Masculinidad. Sin embargo, mirándolo desde una perspectiva más general, en teoría se podría realizar un recorrido histórico por cualquiera de las tres vías, puesto que refieren todas a una cierta expresión fenomenológica de la feminidad; por ejemplo la primera, es decir, la desautorización de la sexualidad en términos globales, podría ser una posibilidad muy cómoda para algunas histéricas que no han podido resolver una posición hacia la sexualidad; es más simple negarla que enfrentar la indefinición sexual. La segunda, el Complejo de Masculinidad, ya sabemos, es lo más inmediatamente deducible desde lo que Freud plantea para la histeria. Finalmente, respecto a la maternidad, tanto el deseo de hijo como el deseo de madre, además de la posición de ser madre con un hijo real, perfectamente pueden ser una salida no sólo admisible, sino además deseable para la histérica que desea revivir un estado de completud con su madre, y ver en su hijo el falo que le falta y no sabe dónde encontrar.

Pero por otro lado, nos queda la interrogante respecto a la toma de posición de Freud en torno a la relación entre histeria y feminidad. Pues la histeria para Freud responde a un sesgo de la represión de la vertiente masculina en la mujer. Habría que preguntarse si anotarlo como sesgo no lleva implícito un juicio, ¿Por qué se debiera estar en una posición (masculina, femenina) estable? ¿Es posible lograr esto?

Ahora bien, realizando también un ejercicio teórico, podemos preguntarnos por la posición del hijo de una histérica, si tenderá más a inscribirse como metáfora del amor paterno o como metonimia de falo. A nuestro parecer, podría ser más probable la última opción, dado que es el falo aquello que la histérica no logra asumir como falta, y que el hijo sabemos puede estar prefigurado como solución psíquica privilegiada.

Pero también podría pasar que existiera en la mujer histérica una cierta negación de la maternidad, a modo de negación de la feminidad por un lado, y por otro, una reivindicación de la madre. Ahora bien, ¿Cómo reivindicar a la madre sin ser madre?, podría pensarse que justamente en el hecho de pensar que la madre sólo a través de ella como hija, y sus hijos en general, encontró algo que la histérica asume como estando en otra parte. Algo así como algunos argumentos feministas lo plantean: las mujeres antiguamente sólo veían su realización en ser madres; hoy ellas no requieren esto, pues han conquistado el acceso a lo que aquí podemos llamar el intercambio simbólico a través de otras múltiples vías.

En este mismo sentido adquiere importancia la pregunta por la identificación de la histérica a su madre, ¿Se identifica o no a su madre?, si lo hace ¿A cuál madre se



identifica?, puesto que podemos pensar que no será en absoluto lo mismo si el modelo materno es la figura edípica o la preedípica. Una figura preedípica remitirá a una búsqueda mucho más concentrada en la comunión arcaica con la madre que en la participación intersubjetiva, instalándose como una búsqueda quizás más metonímica que metafórica. Por el contrario, una identificación a la madre del Complejo de Edipo puede llevar a un lugar más femenino, al situar a la madre como modelo de la feminidad, y en relación con la mirada del padre sobre ella.

En cuanto a la posición de la histérica frente a la expresión femenina, nos preguntamos qué tan femenina es la histeria. No sólo en cuanto al ‘uso’ (yoico) de cualidades femeninas en la forma de la mascarada, sino según lo que hemos discutido antes, es decir, la feminidad como posición que pudiera ser móvil. La hipótesis en torno a ello apunta a la facilidad de la histeria de moverse, quizás más que otras estructuras, de una posición sexual a otra. De ser así, ¿En qué condiciones podemos decir que la histeria se feminiza y en cuáles se masculiniza?. Si la histeria es una posición subjetiva que se sitúa entre lo femenino y lo masculino, quizás dependerá de lo que se sienta llamada a donar en términos de intercambio intersubjetivo. La posición femenina implica donar lo que no se tiene, en contraposición con la posición masculina, que refiere a donar lo que se tiene, con los alcances antes mencionados: hombres y mujeres están castrados, de una manera diferente, pero castrados al fin. De esta manera, si la histérica es llamada a donar algo que tiene, puede adoptar una posición masculina, y femenina cuando se enfrente a una petición de lo que no tiene.

En otra perspectiva de esto mismo, si asumimos que la regulación del deseo implica saber dónde buscar, de manera que lo que otorga la promesa paterna es la respuesta por dónde sí y dónde no encontrar, es justamente esto lo que la histérica no tiene claramente establecido, y por lo tanto, ¿Qué podría donar la histeria, si no sabe si tiene o no, qué tiene o qué no tiene?.

Pensando que el dar lo que no se tiene de alguna manera conlleva el hecho de no poder nombrar o denominar esto que no se tiene, denominar un vacío, denominar a fin de cuentas a la mujer, ¿Puede acceder a esto la histérica?. Parece ser que esta pregunta se liga con otra, pues en tanto esto innombrable es la mujer y sus posibles dones, es también la cualidad innombrable del goce otro. Por tanto, ¿Puede acceder la histérica a este goce otro? ¿Qué posición ocupa respecto de él?. Si el goce es lo que nos está permitido hacer para tener, y es secundario a la autorización que otorga la regulación del deseo que el Edipo permite, ¿Puede la histérica enfrentarse a él, o quizás, dejarse

llevar por él?. Todo parece indicar que este acceso se encuentra vedado para la histérica; sin embargo, de poder hacerlo, es factible conjeturar que el hecho de que el goce femenino esté en el cuerpo daría un respiro a la necesidad de la histeria de sobreerotizar su cuerpo, en la búsqueda de una operación psíquica que es insuficientemente integrada.

Lo anterior también nos remite a la pregunta por la relación de la histeria al cuerpo, pues sabemos que la feminidad tiene en sí misma una relación a lo corporal, una mujer histérica debe tener una relación particular a su cuerpo. De hecho lo viste y lo maquilla, lo vela y lo fetichiza. En primera instancia, podemos preguntarnos ¿Cómo vive la mujer histérica esto que hemos descrito en la mujer como la relación a unas sensaciones vaginales y en el ‘bajo vientre’, propios del estadio preedípico?. Puede sospecharse una catectización excesiva, con formaciones reactivas masculinas. O bien, una ignorancia sintomática. Pero en general, parece que no existe una férrea integración, que llegue a una satisfactoria simbolización de estas vivencias, lo que llevaría a la histérica a cristalizar sus propiedades sexuales de un modo rígido, ya sea como un espacio frágil, que no debe ser vulnerado, o como un espacio asexual que en la maternidad puede cobijar un fruto significado como producto de una unión sexual inmaculada. Desde este razonamiento también notamos que las histéricas teóricamente pueden encontrar en el deseo de hijo una resolución por excelencia a su pregunta por quién tiene el falo, dónde encontrarlo. Ya que la maternidad sitúa por un lado la operación psíquica del cuerpo que tal vez ha quedado inconclusa, reúne la unión sexual desexualizándola, y da un significado a la genitalidad, tan difícil de asir para la histérica. Todas soluciones circunstanciales, pues ¿Qué sucederá en esta madre histérica cuando su hijo intente safarse de la posición de falo?.

## **2.- Conclusiones**

Advertimos, hacia el final de esta ardua investigación, lo curioso que resulta vernos a nosotras mismas, dos mujeres aspirantes, si no a psicoanalistas, al menos a psicólogas clínicas, en nuestra manera de abordar una problemática bastante autobiográfica (y cómo podría ser de otro modo), a través de lo que nos dicen dos grandes autores, nada menos que Sigmund Freud y Jacques Lacan; pero ante todo, dos hombres. Y al parecer, dos hombres no sólo en el sentido anatómico. Si tomamos lo que hemos expuesto e intentamos un ejercicio de devolución hacia los expositores de estas

construcciones teóricas, leyendo por ejemplo la preocupación de ambos por el padre y su lugar interdicator, no es para nada excesivo pensar que su palabra estaba tomada por cierta identificación paterna y de autoridad. Cómo de otra forma, habrían sido escuchados, si quienes estudian psicoanálisis conocen más o menos las resistencias que en su época ambos generaron.

¿Y qué hacemos nosotras intentando develar la psiquis femenina (la nuestra también) a través de dos hombres?. Quizás una fijación al padre, por ahora no sabemos qué más decir y de eso tampoco mucho. Pero lo que sí está claro es que quedamos con muchas preguntas y en ningún caso conformes con lo que ellos ofrecen como respuesta. En este sentido, quisiéramos enfatizar como una de nuestras conclusiones centrales, la necesidad de observar a través de nuestro método, la escucha, una feminidad que todavía es objeto de muchas extrapolaciones de la sexualidad masculina. Constantemente a través de nuestras discusiones nos vimos ‘forzadas’ a recurrir a modelos culturales para explicarnos ciertos postulados psicoanalíticos. Claramente esto no se podía evitar, dado que no estamos frente a un caso clínico; no hay una particularidad, sino una problemática global que responde a criterios bastante generales.

Si esto es así, entonces sólo nos queda volvernos a mirar ciertos criterios culturales que nos muestran una y otra vez los cambios de lugares de género, las exigencias y demandas desde y hacia las mujeres actuales, y creemos, un progresivo cambio también en la forma de amar y vivir la sexualidad femenina. Por lo tanto, el ejercicio es el que hiciera Freud en su tiempo: observar la realidad subjetiva de su entorno, intentando un estudio. Para ello, Lacan nos aporta el método de la separación de los registros, que permiten realizar un análisis en el ámbito simbólico, concerniente a las funciones. En lo imaginario, observando construcciones de identidad y modelos. En lo real, las condiciones que se imponen a la mujer y que obligan a una elaboración psíquica que antaño no fue necesaria.

A partir de esto, nos permitimos concluir algunos puntos que quedarán abiertos en virtud de la necesidad de continuar su investigación, pero que consideramos relevantes en el objetivo que nos propusimos, vale decir, articular cierto ejercicio de contraposición entre la feminidad y la histeria. El primero de ellos, lo más general, es el lugar que toma la sexualidad para el psicoanálisis, respecto al cual observamos que cuesta integrar y elaborar el hecho de que la sexualidad no esté remitida a lo corporal y lo genital con exclusividad. La sexualidad desde el psicoanálisis parece estar referida al sustrato psíquico de toda la vida emocional y afectiva, de los lazos que unen las

relaciones intersubjetivas, mucho más allá de la vida genital y la excitación somática. Implica una globalidad que encierra tanto lo uno como lo otro, expresiones imaginarias de la vida pulsional.

Un segundo aspecto a destacar como conclusión, es nuestra manera de entender la feminidad luego del recorrido teórico realizado. En este sentido, vemos una suerte de orden, que desde lo más general se articula como una pregunta humana, en torno a la aceptación de la no posesión del falo, entendiendo que esta pregunta debe cursar para mujeres y hombres. Esta problemática general, se expresa de modo diferenciado en las estructuras clínicas, desde la perspectiva lacaniana, y otorga por tanto cierta particularidad a la pregunta. Ahora bien. Si la estructura es la primera diferenciación, dentro de las neurosis tenemos otra subdivisión, que hemos enunciado: la estructura histérica u obsesiva. ¿Qué es entonces, la diferencia sexual?. En este contexto, la diferencia sexual podría aludir a un fenómeno bastante superficial, y por ello, parece ser que la feminidad no alude a una posición estructural. La posición estructural situará un lugar a la falta, que podrá expresarse de un modo femenino o masculino. Por tanto, la feminidad parece ser una expresión imaginaria dentro de una posición estructural y simbólica; siendo un elemento de la identidad que refiere a una posición del yo imaginario del sujeto, y no implica necesariamente una ubicación distinta a la falta y al deseo. Es decir, si hombre y mujer están castrados, ambos buscan el falo, ambos lo donan, la posición sexual es una respuesta posible a la pregunta por dónde encontrarlo. Si nos remitimos a lo simbólico, la posición sexual es indiferente en tanto parte de lo imaginario. Esto no le quita relevancia, sino que a nuestro modo de ver, le otorga un lugar en la psiquis que nosotras, al comenzar nuestro estudio, no podíamos tener claro. Es esta nuestra postura actual, aún cuando estamos conscientes que es muy discutible y requiere seguir investigándola.

Sin embargo, esto nos lleva a tomar algunas posiciones respecto a lo que se ha llamado el goce otro, como particularidad femenina. Pensamos que tal vez la necesidad de conceptualizar este goce otro responda al hecho de que tanto libido, como goce y falo son conceptos que refieren a lo masculino; desde aquí, el goce finalmente es una manera de tramitar la relación al falo. Entonces quizás toda participación de los intercambios simbólicos, del goce, de la emergencia de la libido, estén referidas a lo masculino, lo que podría hacer necesario articular un nuevo concepto frente a la visión de una mujer gozando, pues para el psicoanálisis desde su tradición, esto se hace difícil de comprender.

Otra idea con la que nos quedamos desde el estudio realizado, es la visión de la feminidad como una consecuencia de la sentencia masculina, es decir, parece ser que se es mujer a través de los hombres. Pues para participar del intercambio simbólico debemos entrar en el juego del don, un juego fundamentalmente fálico, lo que de alguna manera obliga a la mujer a crear algo para donar. Desde este punto de vista, la feminidad podría ser un camino para crear algo que donar, para lo cual necesita de un hombre y de la atribución fálica.

Ahora bien, también podemos concluir que existe la posibilidad teórica que la feminidad, en cuanto condición de privación, pueda constituirse como teniendo un valor fálico, que es lo que se deja entrever en la sospecha de que la madre sea amada por el padre justamente en su no ser fálica. Tanto esta condición, como la acción de velarlo, pueden tener significación fálica, lo que nos podría dar cuenta de otro aspecto que puede ser eminentemente femenino, además del goce otro.

Finalmente, quisiéramos enfatizar nuestra manera de entender la castración en torno a la problemática de la sexuación. A modo de conclusión, advertimos que la castración parece estar referida a la imposibilidad de volver al útero, de regresar a la completud con la madre. Es esto lo que el agente castrador sanciona. Y desde este punto de vista queda bastante claro que va más allá de un agente real, pues aún cuando no exista ¿Cómo negar que todo sujeto se encuentra tajantemente separado de la madre? ¿Cómo tapar esto que hemos llamado inadecuación estructural? Lo que se vislumbra en este desarrollo teórico es que en el recorrido del deseo se intenta tapar esta falta, pero otra cosa es que efectivamente se logre.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alizalde, A. (1991), “El masoquismo femenino: erotismo y condición humana”. *Imago*. N° 14, Diciembre 1991. Editorial Letra Viva. Buenos Aires. Argentina.
- Bustos, M. (1994), “Palabra de Mujer”. *Objetos Caídos*. Universidad Diego Portales. Santiago. Chile.
- Calligaris, C. (1990), “La Sexualidad Femenina” (conferencia). *El Discurso Psicoanalítico*. Año 2, N° 1, Abril 1990. Ediciones Documentas. Santiago. Chile.
- Chemama, R. (1995), “Diccionario de Psicoanálisis”. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Dörr, J. (1991), *Estructuras Clínicas y Psicoanálisis*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, Argentina.
- Evans, D. (1997), *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Freud, S. (1888), “Histeria”. *Obras Completas Vol. I*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1950 {1892-99}), “Fragmentos de la Correspondencia con Fliess. Manuscrito K”. *Obras Completas Vol. I*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1895), “Estudios Sobre la Histeria”. *Obras Completas Vol. II*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1898), “La Sexualidad en la Etiología de las Neurosis”. *Obras Completas Vol. III*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1905 {1901}), “Fragmento de Análisis de un Caso de Histeria”. *Obras Completas Vol. VII*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1907), “El Esclarecimiento Sexual del Niño”. *Obras Completas Vol. IX*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1908), “Sobre las Teorías Sexuales Infantiles”. *Obras Completas Vol. IX*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1908), “Las Fantasías Históricas y su Relación con la Bisexualidad”. *Obras Completas Vol. IX*. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.

- Freud, S. (1909 {1908}), “Apreciaciones Generales Sobre el Ataque Histórico”. Obras Completas Vol. IX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1912), “Sobre la Dinámica de la Transferencia”. Obras Completas Vol. XII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1915), “Un Caso de Paranoia que Contradice la Teoría Psicoanalítica”. Obras Completas Vol. XIV. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1916-7 {1915-7}), “Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. 21ª Conferencia: Desarrollo Libidinal y Organizaciones Sexuales”. Obras Completas Vol. XV y XVI. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1923), “La Organización Genital Infantil”. Obras Completas Vol. XIX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1924), “El Sepultamiento del Complejo de Edipo”. Obras Completas Vol. XIX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1925), “Algunas Consecuencias Psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”. Obras Completas Vol. XIX. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1931), “Sobre la Sexualidad Femenina”. Obras Completas Vol. XXI. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1933 {1932}), “Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis. 33ª Conferencia: La Femenidad”. Obras Completas Vol. XXII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Hidalgo, G.; Thibaut, M. (1996), “Trayecto del Psicoanálisis de Freud a Lacan”. Universidad Diego Portales. Chile.
- Israel, L. (1979), “La Histeria, el sexo y el médico”. Editorial toray-masson. Barcelona. España.
- Lacôte, C. (1992), “A propósito de lo femenino”. El Discurso Psicoanalítico. Año 4 N° 1/2. Ediciones Documentas. Santiago. Chile.
- Lacan, J. (1956-57 [1994] ), “El Seminario, Libro 4: Las Relaciones de Objeto y Las Estructuras Freudianas”. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.
- Laplanche, J. (2000), “Diccionario de Psicoanálisis”. Editorial Paidós. Buenos Aires, Argentina.

- Nasio, J.D. (1998 [1990] ) “El Dolor de la Histeria”. Editorial Paidos. Buenos Aires. Argentina.

### **Bibliografía No Citada:**

- Freud, S. (1920), “Sobre la Psicogénesis de un caso de Homosexualidad Femenina” Obras Completas Vol. XVIII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Freud, S. (1905), “Tres Ensayos de Teoría Sexual” Obras Completas Vol. VII. Editorial Amorrortu. Buenos Aires. Argentina.
- Lacan, J. (1955-56 [1994] ), “El Seminario, Libro 3: Las Psicosis. Capítulos: XII La pregunta Histórica; XIII La pregunta histórica (II): “¿Qué es una mujer?””. Editorial Paidos. Buenos Aires, Argentina.
- Lacan, J. (1957-58 [1994] ), “El Seminario, Libro 5: Las Formaciones del Inconsciente”. Editorial Paidos. Buenos Aires. Argentina.
- Laplanche, J. (1970 [2001] ), “La Sexualidad”. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, Argentina.
- Moreira, E. (2002), “Revisión teórica de la Histeria desde los escritos de Freud”. Seminario para optar al grado de Licenciado en Psicología. Universidad de Chile. Chile.
- Reyes, M. (1992), “La Histeria”, Tesis para optar al Título de Psicólogo. Universidad Diego Portales. Santiago. Chile.





Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quiénes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).

© CEME web productions 2003 -2007 